
LA MISMA
Tu
ADRI BORROTO

La Misma Tu

SEGUNDAS OPORTUNIDADES (LIBRO 1)

ADRI BORROTO

Copyright © 2023 by Adri Borroto

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Creado con Vellum

Para L.

Índice

Prefacio

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Sigues siendo tu (Próximante)
Agradecimientos

Prefacio

El pasado ha regresado en forma de unos ojos grises que te atrapan en una burbuja que silencia el mundo, de una sonrisa contagiosa que te hace rodar los ojos pero que aun así devuelves porque es más bien un reflejo, como respirar o existir. Él causa que tus muros caigan hasta que te vuelves tú misma: traviesa, libre, sencilla, como una margarita salvaje al viento. El que te hace bailar viejos vinilos por toda la habitación, sin que importen tus dos pies izquierdos…

CAPÍTULO
Uno

JUNIO, ***2016***

Cristina

—Dormilona.

Su voz era lo primero que escuchaba todos los días al despertar desde hacía tres años. Sonreí adormilada y, sin abrir los ojos, me volteé. Caí en sus brazos, mi mejilla reposando en su pecho.

Alejandro me rodeó con los brazos al instante, como una boa enreda a su presa. Con un brazo me envolvió el cuello y con una pierna la cadera.

—¿Qué pretendes? —Intenté zafarme de su abrazo, jugando. Me besó la frente y me apretó mucho más fuerte.

—Amarte hasta el cansancio.

Le respondí lanzándome del todo sobre él, mis senos escondidos en una de sus camisetas contra su pecho.

Me mordí el labio inferior cuando me dio la vuelta. Ahí íbamos otra vez: mi espalda contra el colchón, su cadera entre mis piernas abiertas; su rostro escondido en mi cuello, dejando besos que me quemaban la piel, la barbilla, la comisura de los labios. Nos miramos durante medio segundo.

—¿Eres mía?

—Siempre.

Sonrió pícaro a mi confesión y sus labios gruesos atacaron los míos, envolviéndolos. Sumió su lengua en mi boca; mientras me distraía, una de sus manos jugaba con mis pechos y la otra bajaba por mi cintura, haciéndome cosquillas con la punta de los dedos hasta llegar ahí, a mi centro. Un solo dedo fue lo que necesitó para que me arquease completa en un exorcismo sexual.

—Húmeda, siempre húmeda.

Su aliento en mi oído me hizo cosquillas. Mis caderas se movían en un exquisito ritmo contra la fricción de su dedo entrando y saliendo de mí, y sentí que no duraría mucho. Pronto me desparramaría. Casi casi perdía el control, envuelta en la lujuria de su dedo jugando con mi sexo. Casi llegaba a esa meta que prometían sus manos. Su boca bajaba por mi cuello al llano entre mis pechos. Cerró la lengua en uno de mis pezones y lo mordió juguetonamente para luego chuparlo. Un gemido alto escapó de mi boca y otro dedo se sumó al que jugaba en mi interior.

Le jalé del pelo en un movimiento desesperado. Nos conocíamos tan bien que sabía que necesitaba su boca. La que atrapé al instante, sus labios con los míos en un beso desesperado. Y es que, sea lo que sea, lo que más me excitaba era perder el control, gemir en su boca, con mis

labios entre sus labios gruesos y acolchados, su lengua adentrándose en mi boca y sus manos en mi sexo. Lo que más necesitaba era eso duro contra mi muslo.

—Si lo quieres, pídelo —me dijo.

Y ahí estaba mi problema: me es difícil vocalizar lo que quiero, lo que necesito.

—Cristi, ¿qué quieres?

—¿A ti?

Me besó otra vez; un beso suave, prometedor, de esos que comienzan inocentes y terminan robándote la respiración. Un simple boca a boca, oxígeno que ni sabes que necesitas respirar de la boca del otro.

—Me gustan tus labios. —Chupó solo mi labio inferior—. Este, que sobresale mucho más. —Lo mordió. Mi cuerpo me pedía que le gritase, que le rogase que me hiciese suya.

Su mano dejó mi sexo huérfano. Subió ambas palmas abiertas por mis caderas, mis costillas, a los lados de mis pechos. Volvió a bajar tomando mis manos entre las suyas y las subió sobre mi cabeza.

Mi necesidad era más palpable, mi centro caliente y húmedo contra el hierro de su entrepierna. Solo la punta, y fue como si tocase el cielo. Incliné las caderas hacia adelante, intentando así aliviar yo misma esa necesidad, ese volcán que habían tapado y moría por explotar.

—Ale, por favor.

—Solo tienes que decirlo.

—Te quiero ahí.

—¿Aquí? —Me besó el cuello. Deslicé una de mis manos, la llevé entre nosotros y tomé su hierro, pegándolo mucho más entre mis piernas.

—Oh, eres una niña traviesa, ¿es eso lo que quieres?

Asentí.

—Tendrás que decirlo… —Intenté hablar, pero no pude—. Pídemelo, Cristina —ordenó, tomando otra vez mi boca en un beso suave y lento, muy lento, una tortura que a la vez me mataba.

—Folla… —comencé a decir. No me dejó terminar la palabra. Su boca tapó la mía en un beso y su embestida me dejó sin aire, pero a la vez satisfecha, llena y estrecha. Poseída; mi cuerpo y el suyo, uno. No se movió, solo me miraba con esos ojos llenos de intimidad, de anhelo, de necesidad.

—No veo. —Comenzó a moverse, hundiéndome contra el colchón. Sus labios se restregaban contra los míos y una de sus manos fue ahí donde nos uníamos, opacando todos mis sentidos—. Verte. —Continuó moviéndose, más brusco, más necesitado, más violento. Mis caderas lo seguían, lo buscaban y lo encontraban de una manera exquisita—. Caminar vestida de blanco, solo mía, completamente mía, para siempre mía.

Ahí estallé en mil pedazos ante sus palabras, y me siguió con un rugido agudo y alto en mi oído.

Su peso cayó sobre mí y perdí el sentido del tiempo. No sé cuánto pasé dibujando en su espalda con las manos, ni noté que lloraba hasta que una lágrima escapó de mi ojo a mi oreja. Me aferré más a él, a su espalda. Me tomó el rostro con ambas manos, su pulgar limpiando mis lágrimas.

—¿Por qué lloras? No tienes que llorar. —Se elevó en su antebrazo, liberando mi cuerpo de su peso.

—No sé —respondí sincera.

—¿Me amas?

Ni tenía que preguntar.

—Por supuesto que te amo. —Sonrió relajado a mi declaración, como un niño contento. Nos dio la vuelta, mi peso encima del suyo

—Así está mejor, no quiero ahogarte.

—Me gusta tu peso sobre mí. —Era la verdad, me gustaba porque me hacía sentir pequeña, pero a la vez segura.

—Tengo algo para ti. —Se alzó aún conmigo encima hasta llegar a la mesita de noche—. Creo que no hay mejor momento que este: tú y yo, a solas, en lo único que entendemos; tú y yo, tú me amas, y yo te amo. Pensé hacerlo mucho más dramático, pero creí que te gustaría más así, solos tú y yo.

No sabía a qué se refería hasta que le vi sacar una cajita de terciopelo negra, ¿era eso lo que yo creía que era?

—Oh, Ale.

El anillo era una maravilla, ni muy pequeño ni muy grande, con banda de oro rosa y un solo diamante que era luz porque brillaba incluso en la poca iluminación de la habitación.

Mis ojos reflejaban la laguna en los suyos.

—Cristina, te encontré y me salvaste la vida, literalmente. Te has convertido en lo único en lo que pienso día y noche. Sin ti la vida es gris, no podría respirar ni un solo día sin ti. No creo que exista otra mujer más adecuada para mí. Muchas veces me enfurias, me vuelves loco, pero te amo y no quisiera que fueras diferente. ¿Te casarías conmigo?

A puro llanto, respondí:

—Sí. Sí.

Alejandro deslizó el anillo en mi dedo. No podía creerme tan feliz. Me iba a casar con el hombre que amaba, acabábamos de terminar la escuela de medicina, ¿qué más se podía pedir?

—No me tomes a mal, pero esto no te quita de las tareas de la mañana. —Le rodeé el cuello —. Panqueques con fresas.

Ale cocinaba, esa era la dinámica, y es que yo y la cocina nos odiábamos a muerte. Hasta las tostadas en la tostadora se me quemaban.

—Lo que sea para mi prometida. —Me besó entre el cuello y la oreja, causándome mariposas en el estómago—. Me haces el hombre más feliz de la tierra.

Nos acomodamos otra vez, su pecho contra mi espalda, las mantas sobre nosotros, y poco a poco volví a dormirme. No escuché lo último que dijo, algo de John Hopkins en Baltimore. Necesitaba decirle lo antes posible que teníamos un pan en el horno, literalmente ahí donde su mano descansaba en mi panza.

CAPÍTULO
Dos

Cristina

—Vamos, levántate, dormilona.

—Estoy muy cómoda, de aquí no me muevo —me quejé. Estaba tan calentita en sus brazos, y tan cansada... Vamos, es que con él no necesitaba ir al gimnasio, trabajaba mi cuerpo mejor que cualquier máquina o pesas.

—Cristi, tengo que irme, tomé un turno voluntario en el hospital.

Resoplé. Joder, sí que no se puede ser feliz en esta puta vida. Suspiré. Nunca teníamos días enteros juntos, solo migajas. Ni porque ya habíamos terminado la escuela, y estábamos graduados y podíamos disfrutar estas últimas semanas antes de comenzar la vida real. Aun así, no soy la novia —bueno, ahora prometida— que se queja.

—Tú me prometiste algo.

Le escuché gruñir detrás de mí, frustrado. Aun así, la cama se movió y sentí frío; se había levantado, y creo que volví a dormirme. El olor a café y a sirope me despertó. Encontré qué ponerme rápido y fui a sentarme en las sillas altas de la barra. Tomé un sorbo del café que había servido para mí, aún tibio, y le observé cocinar. Llevaba un delantal y nada más. Sabía lo que hacía: me mostraba lo mucho que lo iba a echar de menos, a su espalda ancha, a esos hombros atléticos, a esos pectorales definidos, a ese estampado de vellos en su pecho oscuro... Suspiré recordando que Alejandro se iría para hacer una residencia de Cirugía en John Hopkins, y que varias veces me ha tirado el número de *y si me voy con él.* «No tiene que ser así, Cristi». Espero que decir que sí a casarme con él no le dé esperanzas, aunque... Me mordí el labio inferior. Suspiré, lo observé, porque iba a tirarle una bomba: creía que estaba embarazada y, sinceramente, no sabía ni cómo, siempre nos cuidábamos muchísimo.

Si lo estaba no sabía qué iba a hacer. Me quisiera quedar aquí, en Carolina del Sur; el hospital de Veteranos me ofreció un puesto y quería tomarlo. Yo no me adentré en el mundo de la medicina por dinero; quiero ayudar a los demás, no como ciertas personas, que ven a los pacientes como símbolo de dinero.

—Tostadas francesas con doble de sirope de arce, fresas, un jugo de naranja, ¿algo más?

—¿Tostadas? ¿En serio? —Su ceja arqueada me dijo que tomara lo que me daba, no tenía tiempo para hacer panqueques—. ¿Dónde está el tocino?

Se sentó a mi lado y le pegué en el hombro.

—En el horno, dale unos minutos más. ¿Satisfecha? —preguntó cuando di el primer bocado. Con la boca llena, respondí:

—Mucho...

—No me refería a la comida.

Sonreí mordiéndome el labio inferior.

—Muchísimo... Aunque no estoy en desacuerdo con que me ates a la cama y ser tu esclava sexual.

—No lo sugieras, que te tomo la palabra. Dios sabe que necesitaré algo que me libere del estrés el mes que viene…

Ahí íbamos otra vez. Mis ojos agarraron los suyos, que cayeron a mis labios. Su pulgar acarició mi labio inferior y se lo llevó a la boca.

—Te voy a echar mucho muchísimo de menos, Cristi, ¿me vas a echar de menos?

Le diría que sí, le diría que mi vida sin él sería un martirio. Y es que quién no, si a él lo habían hecho los ángeles, con sus ojos azules, ese pelo negro que caía casi sobre sus ojos, su barbilla puntiaguda y definida, y ese cuerpo que pondría celoso al mismo David. Menos por la pequeña salchicha, porque nada había pequeño en él, más bien era el antónimo de pequeño: desde sus manazas grandes pero delicadas, casi de pianista, a su pecho ancho, no muy peludo ni tampoco lampiño, sus pectorales definidos, las venas de sus brazos, su altura de casi dos metros.

Y yo aquí llenándome de calorías y grasa. Viré la cabeza, miré a mi trasero y arqueé las cejas.

—No me vas a echar de menos cuando me ponga gorda.

Claro que sí, le echaría muchísimo menos. No quería pensar en eso, ni hablarlo; quería disfrutar de la mañana con él, seguir en la burbuja pensando que él era mío, solo mío, porque en realidad éramos tres en la relación: él, yo y su ambición. Bajé los ojos a mi anillo y jugué con él dándole vueltas en mi dedo. Tomó mi barbilla, su mirada directa, sus ojos queriendo fundirse en mi cerebro.

—Tus curvas son lo que más me gusta de ti.

Bajó ambas manazas abiertas a mis muslos, sus dedos queriendo dejar marcas en mi piel. Subieron primero por mis caderas, mis costillas, hasta llegar a los lados de mis pechos. Su pulgar jugó con mis pezones mientras su manos sostenían el peso de mis pechos y sus labios pegajosos subían por mi clavícula. Se me escapó un gemido bajo.

—Hmm… Voy a echar de menos cómo respondes a mí, a mis besos, a mis manos, a mi toque. Coño, Cristi, la distancia separa; por favor, ven conmigo.

«No nos va a separar a nosotros», quise decir, pero me quedé sin voz cuando su boca continuó bajando por mi pecho. Me chantajeaba. Movió el tirante de mi camiseta a un lado y sus labios se cerraron en uno de mis pechos.

—Te gusta esto… Imagina no tenerlo.

No esperé más, acorté la distancia entre nosotros, tomé su barbilla y pegué sus labios a los míos, saboreando del melado y las fresas de su boca.

—¿Por qué no continuamos esto en la ducha? —Guiñó—. Creo que puedo sobrepasar aún más tus expectativas.

—¿No tienes turno en el hospital?

—Es voluntario.

—No puedo —dije de veras triste. No había nada mejor que él, yo y nuestros cuerpos rodeados del agua caliente.

—¿Cómo que no puedes?

Evité sus ojos. No quería que supiese que tenía una sorpresa, una gran sorpresa.

—Tengo que ir al hospital por un chequeo. —Suspiré.

—¿Un chequeo? ¿No te hiciste uno hace dos meses? —Arrugó la sien, su mirada confundida —. ¿Te sientes mal?

—No, no…, pero tengo que ir.

Joder, Cristina, dile que crees que estás embarazada.

—… Vas a ir a recoger los resultados de la prueba de embarazo, te has hecho tres esta semana.

Pestañeé con la boca abierta y le miré confusa, ¿cómo lo sabía?

—Yo boto la basura en esta casa, ¿verdad? Solo estás tarde, como siempre, no te preocupes. Es el estrés de estos últimos meses. —Tenía razón, acabábamos de terminar la escuela de medicina—. Nos cuidamos muchísimo y además tienes el dispositivo, un embarazo es casi imposible —continuó justificando—. Menos mal, no es el momento.

Sus ojos me rogaban que le diera la razón, pero no estaba cien por cien segura y quería confirmarlo con un examen de sangre antes.

Lo siguiente que dijo cambiaría nuestras vidas:

—Si da positivo... Joder, no será positivo, bueno, si lo es, quizás es mejor terminarlo.

Nuestra relación pasó ante mis ojos como una película, los mil y un planes de futuro hechos humo en un instante.

No. Debí haber escuchado mal. El amor de mi vida me estaba pidiendo que abortara. No podía ser, pero me miraba esperando una afirmación que no podía darle. Me disculpé, fui al cuarto de baño y vomité el desayuno.

Doblada sobre el inodoro, el anillo que llevaba en la mano no parecía más que un grillete. Ahí estuvo claro por qué no quería irme con él a Baltimore.

¿Cómo podía pedirme eso...?

—¿Estás bien? —Ni había notado que me recogía todo el pelo en una coleta y con la otra mano me estrujaba el hombro con cariño.

—Algo debe de haberme caído mal —mentí. Sabía exactamente lo que pasaba.

—¿Quieres que vaya contigo?

Negué.

—Algo me cayó mal, seguro que mañana me viene el periodo.

Me levanté a lavarme los dientes y le observé por el espejo.

—Si me necesitas, llámame, ¿sí?

Asentí y esperé escucharle salir para dejar que las lágrimas corriesen.

CAPÍTULO
Tres

Cristina

Tres horas más tarde, la Cristina que entró por la puerta no era la misma de la mañana. El apartamento vacío y silencioso. La verdad en mi bolsillo. Amy, mi mejor amiga, venía conmigo.

Nos conocimos en bachillerato, en Florida, y seguimos juntas en la escuela de Medicina, en Carolina del Sur. Amy era una chica nacida y criada en el sur de Georgia; una *southern belle*, como las llaman. Al principio me intimidó con sus ojazos azules; hicieron que confundiera su personalidad con la de una chica fría y regia, casi al estilo de una Scarlett O'Hara, pero me ganó con su ternura y su sonrisa amplia y sincera. Una luz la rodeaba, un aura que hacía que en su presencia me sintiese tranquila y en calma, al estilo de Serena van der Woodsen. Ayudaba que se parecieran mucho, con los mismos ojos azules y la melena dorada que le caía en cascadas de satén sobre la espalda.

Entablamos amistad muy rápido. Teníamos muchas cosas en común, adorábamos la medicina y ayudar a los más necesitados. Nos encantaban los dulces de chocolate con nueces, y ver Friends. Un mes fue suficiente para volvernos mejores amigas.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer? —preguntó ella, y solo suspiré.

Le había contado lo que pasó por la mañana y mi plan. Como mi mejor amiga, me apoyaba en todo; sin embargo, esto que iba a hacer era una locura, hasta yo misma lo admitía. Pero ¿qué otro camino me quedaba?

Tocaron a la puerta y agradecí la distracción. Era el cartero con la correspondencia. Tomé las cartas de su mano y le agradecí. La mayoría eran para Alejandro.

Se las pasé a Amy y ella solo rodó los ojos. Las cartas venían de Harvard, Princeton, Yale, del MIT, y nada más y nada menos que de la universidad John Hopkins.

Amy vino a mí. La cautela en su mirada no quería que las abriera. Inhalé todo el aire de la habitación; aun así, mis pulmones se sentían vacíos.

—¿Las vas a abrir? —preguntó ella, extendiendo una mano para quitármelas.

—Solo una — dije, abriendo la de Harvard.

«Querido señor Cortez:

Espero que al recibo de esta carta se encuentre usted bien.

Al departamento de cirugía de Harvard le encantaría que considerase usted realizar un programa de subespecialización con nosotros terminada su residencia en John Hopkins.

Harvard University tiene el orgullo de ser una de las instituciones más prestigiosas del país, y tenemos la última tecnología...».

No leí más, no lo necesitaba.

—¿Y si quiere ver la prueba de que fue negativo?

—No lo hará. Es muy egoísta, no lo hará. —Me sequé una lágrima que había escapado de mis ojos con el meñique. Ella solo negaba con la cabeza, mordiéndose el labio inferior—. Esta situación no es nada ideal —comenté, sentándome en el brazo del sofá.

—¿Ideal? Es una pura pesadilla.

Sí que lo era. ¿Qué se puede hacer cuando tu novio de casi cuatro años te pide que abortes? ¿Qué se puede hacer cuando ese mismo novio pretende irse de viaje? ¿Qué se puede hacer cuando te duele tanto que no le quieres ver nunca más?

—¿Qué tal si se lo dices? Le das la oportunidad de decidir. Si le mientes no le darás esa oportunidad, nunca te lo perdonará.

—Nunca volveré a verlo.

Tenía el presentimiento de que, si no hacía lo que Alejandro me pedía, si no dejaba mi vida en Carolina del Sur y me iba con él, y él terminaba marchándose solo, nunca más lo vería. Él terminaría de cardiólogo cirujano jefe en algún prestigioso hospital de los Estados Unidos; seguro que en una ciudad grande, una vida grande para un ego grande. No para mí. Yo quería la vida tranquila, la casa de dos pisos estilo colonial con rejas blancas, los hijos, las noches de invierno al fuego con chocolate caliente. Él no quería nada de eso.

—Cristi, tienes que pensar bien lo que vas a hacer. Una cosa es que me pidas a mí que mienta por ti, otra es que le pidas a Andrew que mienta por ti, ¿qué crees que pasará cuando te vea con la panza? —No le respondí, no quería pensar—. Es tu vida, tú decides —terminó con un gesto de dedos al aire.

—Amy, él no quiere a este bebé que llevo dentro, ¿qué es lo que no entiendes?

—¿Qué le dirás a ese bebé cuando crezca?

—No sé, ya se me ocurrirá algo.

La pregunta no se me había pasado por la cabeza. ¿Qué le diré? No había pensado tan lejos. Lo único que pensaba era que no quería que en veinte años Alejandro me echase en cara que su carrera se había truncado por culpa de un capricho mío.

Lo llamaría capricho. A él solo le importaba una cosa: el poder y el prestigio en el mundo de la medicina. Yo no podía ser egoísta, no podía atarlo a mí, tenía que dejarlo libre; un hombre como él haría muchas cosas buenas y salvaría muchas vidas.

Me dolía el no pensarlo conmigo, y me aterraba un embarazo sola, pero no existía otra opción. Era eso o que me odiase por siempre. Él no regresaría a Carolina del Sur, este estado se le quedaba pequeño. No debería haberme tomado por sorpresa. Carolina del Sur solo había sido un escalón en el gran ascenso a lo que sería el gran doctor Alejandro Cortez.

Y me había regalado lo más bello que jamás imaginé. Acuné mi estómago y sonreí.

Vamos a estar bien, frijol, ya verás. Mami te quiere mucho.

Sentí las lágrimas caer, luego los brazos tiernos de Amy que me rodeaban. Me ayudó a sentarme y lloré un mar.

¿Me sentía yo lista para ser madre? No, claro que no, el embarazo era algo que tendría que enfrentar con la cabeza bien alta. Además, nunca se está listo al cien por cien.

—No estás sola, pero sigo diciendo que Alejandro tiene que saber tu decisión y respetarla.

Asentí.

Apreté contra mi pecho el pequeño papel donde decía en letras en negrita «positivo». Los ojos me ardían de tanto llorar; de ver nuestra vida compartida, sus zapatos en medio del pasillo, la manta sobre el sofá con la que nos arropábamos cuando veíamos la tele, la alfombra donde habíamos hecho el amor mil y una veces. Las millonadas de recuerdos que no cabían en el retrato digital.

Necesitaba salir de allí.

—¿Me ayudas a empacar?

Las dos caminamos a la habitación arrastrando los pies.

Lancé un último vistazo a nuestras vidas en conjunto, una foto en el retrato digital, yo en sus brazos riendo a la cámara, él sonriéndome a mí, nuestros pies descalzos y el mar con el sol poniente detrás. Nada de eso fue real.

Las llaves girando en la puerta principal me alertaron. Alejandro acababa de entrar. Amy y yo nos miramos, doblé el sobre y me lo metí dentro del pantalón, entre la piel y mi blusa.

¿Qué hacía aquí tan temprano? Él nunca rechazaba un turno voluntario extra en el hospital, era su mundo. Dejarlo para estar conmigo era un esfuerzo sobrehumano. Odiaba que le pidiera que se tomara un día libre.

Salí de la habitación, se veía... destruido.

—¿Qué haces aquí? —pregunté bajando los ojos al suelo. No podía mirarle. No cuando se veía así y lo que quería era reconfortarlo.

—No podía concentrarme.

Sus ojos grandes azul hielo iban de mí al pequeño vandalismo sobre la alfombra, a Amy y a la maleta abierta encima de la cama. Abrió mucho los ojos.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué haces?

No podía esperar más.

Me dolía. Ver sus ojos dolía; saber que nunca más estaría entre sus brazos me volvía inválida. Mi corazón no sería el mismo, y yo nunca más sería la misma. Tenía que hacerlo. Por él, porque le amaba con todo mi ser y quería que lograra sus sueños.

La mentira salió mucho más fácil de lo que pensé.

—Negativo —dije mirándole a los ojos. Le escuché soltar todo el aire de los pulmones, respirar relajado, aliviado. Sus hombros cayeron. Y no pude más, el llanto se apoderó de mí, porque una parte de mi quería que fuese mentira, quería que él lo quisiera también.

—Hey, hey..., ¿no te alivia? —intentó tomarme entre sus brazos. Dio un paso hacia mí, uno de sus brazos extendido, pero yo di tres hacia atrás. Su calor no sería nada para como me sentía —. ¿Qué te pasa? Cristina, me estás asustando. —No le respondí—. ¿Estás triste? —Su voz sonó incrédula.

Silencio. Le di la espalda, volví a la habitación y saqué lo necesario de las gavetas. Amy estaba a mi lado. No la miré, no quería ver su mirada de incomodidad. ¿Cómo iba yo a saber que él regresaría tan pronto?

—¿Acaso esperabas estar embarazada? No es el mejor momento, y lo sabes —continuó martillando mi corazón, apoyado contra el marco de la puerta—. Es solo el *shock*, luego te sentirás aliviada. Oportunidades de tener hijos tendremos miles.

—Entonces, ¿sí quieres hijos? —Ni sé por qué pregunté, por supuesto que sabía que él quería hijos.

—Claro que quiero hijos contigo, Cristina, ¿qué haces? —Vino a mí como un león. Tomó las prendas de mis manos. Estaba ciego, no veía que me iba.

Amy me dio un codazo y supe que no podía evitar una confrontación. Fui hacia él, le empujé con la palma abierta sobre el pecho. Cerré la puerta detrás de nosotros. Estábamos solos en la sala de estar.

—A ver, Alejandro, ¿qué soy para ti? —Mi pregunta lo tomó por sorpresa y pestañeó tres veces intentando buscar una respuesta que no me enfadase más de lo que ya estaba.

—Mi mujer. Tendrás mis hijos, y...

Lo interrumpí para completar la oración por él:

—... Y te esperaré en casa con la cena lista. ¿Y mi carrera qué? ¿Y mi vida qué?

—No necesitarás trabajar, podemos tener cinco hijos si quieres.

Reí, una risa alocada.

—No, yo me gradué de médico, no soy solo un objeto —susurré.

Amy regresó de la habitación con una pequeña maleta de mano.

Los ojos de Alejandro iban de ella a mí.

—¿Te vas?

—Lo siento, no puedo estar contigo así.

¿Qué crees que he hecho estos últimos cuatro años? ¿Qué creías que pasaría cuando yo acabara la escuela de medicina? Hoy muestras una parte de ti que quizás siempre estuvo ahí, pero te amaba tanto que la ignoré. Mejor tarde que nunca...

Bajé la mirada a mis manos. No podía decirle lo que le iba a decir si le miraba a los ojos, esos ojos azules casi inocentes, que casi mostraban que haría lo que fuese por tal de no verme ir. Y él necesitaba dejarme ir. Lo que hacía lo hacía por él. Aunque me dolía, todo era por su bien —. No te quiero tanto como creía.

—Mientes.

—No somos compatibles, Alejandro. Es lo mejor, lo siento mucho.

Nuestras miradas se engancharon, los sentimientos encontrados. Ninguno de los dos había previsto que este día terminara así.

No puedo ser lo que quieres, una esposa fiel y obediente que calla y solo asume el papel de ser eso, «tu mujer».

—Cristina, no me mates así. No nos hagas eso.

Amy se aclaró la garganta a mi lado y me giré hacia ella. Llevaba la maleta y se la notaba incómoda, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro. Evitaba mirarnos a Ale y a mí.

—Amy, ¿nos puedes dar un momento? —le ordenó él, sin apartar los ojos de mí. Estaba furioso, las pupilas dilatadas y la respiración jadeante. Ella, en cambio, esperaba mi aprobación. Moví la cabeza levemente, gesto que ella imitó.

—Nos vemos abajo, ¿sí? —Tomó la maleta. Antes de que pudiese dar un paso Alejandro se la arrancó de la mano.

Mi amiga se quedó esperando, pero suspiré y le dije que estaba bien:

—Yo bajo la maleta.

Tenía que terminarlo de raíz, sin dejar nada. Nos causaba un dolor a los dos del que no nos recuperaríamos. Más bien, me lo causaba a mí. Él se olvidaría de mí en un santiamén, de eso estaba segura.

—Cristi, no nos hagas eso —repitió.

Vino a mí y me rodeó con los brazos, pero mantuve los míos cruzados sobre el pecho. El olor de su colonia me recordaba lo que perdía. Quise relajarme, esconder mi nariz en su pecho y quedarme ahí, donde me sentía feliz. No podía, no podía ser, tenía que dejarle libre.

—Tengo que irme. Que tengas buen viaje, Alejandro, me hubiese encantado conocer al resto de tu familia.

Intenté zafarme de su abrazo, pero me tenía muy bien agarrada de la cintura. Su rostro estaba escondido en mi cuello y un llanto agudo escapó de lo más hondo de su garganta. Mis lágrimas no vieron un mejor momento para hacer su salida teatral.

Su olor me confundía. Mi cuerpo en el suyo me preguntaba si habría tiempo para despedirnos como esos casi cuatro años de pura pasión se merecían, sin embargo no, no podía. Si terminaba

en la cama con él, no saldría de allí, no tendría las espuelas para poder irme. Le diría la verdad, me obligaría a irme con él y arruinaría nuestros futuros. Necesitábamos que yo me fuese, aunque él no lo supiera. Yo me sacrificaba para que él fuese lo que siempre había soñado.

—Ya te lo he dicho, no tienes nada de qué preocuparte. El examen dio negativo...

Me empujó levemente hasta que mi espalda chocó con la pared, todo su peso contra mi cuerpo, pegados de cadera a cadera.

—¿Crees que es eso lo que me preocupa? ¿Si estás embarazada o no?

—No, claro. No te importa... — intenté pasar de él.

—Cristi, no me malinterpretes, quiero decir...

—No digas más, ¿me puedo ir?

Nuestras respiraciones jadeantes, mi rostro a milímetros de su rostro, sus ojos queriendo fundirse en mi mirada, su boca tan cerca, labios suaves. Me mordí el labio inferior, podía saborear su respiración en la punta de la lengua.

¿Por qué me lo pones tan difícil?

Vi la resignación en sus ojos. Sabía que era el final. Negó fervientemente, sus ojos húmedos y la sed en sus manos, que comenzaban a deslizarse por dentro de mi blusa.

Tiré de sus antebrazos para quitármelo de encima por el simple hecho de que podría descubrir el sobre que había escondido entre mi pantalón y mi piel.

Volvió a mí. Tomó mi nuca, desesperado, y su boca estalló contra la mía. Le devolví el beso como si su aliento fuese el único oxígeno que me era necesario. Llevé la mano a la parte más alta de su cuello, mis dedos jugando en su cabello. Lo atraje más hacia mí. Mi lengua se adentró en su boca buscando la suya, jugando, explorando, saboreando. Lo disfrutaría como si fuese el último beso de mi existencia.

Ese beso que te hace débil y te nubla la visión. Te aferras a él, a su espalda, a sus hombros anchos, a su calor; la droga que te hace daño, prohibida y a la vez tan dulce, que necesitas corriendo libre por tus venas.

Volvimos a la realidad ahogados. Susurró a mis labios:

—Sé mía una última vez. Sé mía.

—No.

Me soltó como si yo fuese un hierro encendido, dándonos distancia. Me quité el anillo que me había dado esa misma mañana y se lo devolví.

—Que te vaya bien en Maryland... O Boston... Lo que sea.

Abrí la puerta y me fui.

CAPÍTULO
Cuatro

ALEJANDRO

La vi salir de mi vida y sentí como si un elefante se me hubiese sentado en el pecho. No podía respirar y caí de rodillas al piso en el pasillo, delante de la puerta. *Cristina, por favor, regresa...*

Inhalé lo más hondo que pude.

No era un infarto, claro que no; a mi edad no podría ser. Pero eso habría sido mejor que saber que ella no estaba aquí conmigo. Me había sacado el corazón a sangre fría y lo torturaba a cada paso que se alejaba de mí.

La llamé; su número estaba desconectado. Maldije a los mil cielos, lancé el móvil lejos, rebotó y cayó sobre la alfombra de la sala.

Mis hermanos me llamarían débil y me dirían que viera el lado bueno: estaba soltero, y Aidan siempre había visto con recelo mi relación con Cristina. Era un eterno mujeriego que no creía que la monogamia pudiera hacer feliz a un hombre, pero a mí sí me hacía feliz, y mucho. Ver su rostro al otro lado de la cama al despertar todas las mañanas... ¿Cómo dormiría sin ella?

Ella era la única persona que quizás me conocía del todo, a quien me podía mostrar sin máscaras, sin falsedades; tanto, que no pensé que ser yo mismo nos separaría.

No había pasado ni media hora sin ella y comenzaba a extrañarla.

¿Qué quería ella, un hijo?

Le daría miles de hijos.

¿Qué quería, que dejase mi carrera para que ella fuese feliz?

Lo haría.

Sacrificaría todo por ella, y tal vez eso era lo que más me asustaba.

Saqué mi móvil y le escribí. Es un poco anticuado escribir e-mails en esta época, pero no me había dejado otra opción.

Yo: «Me equivoqué, por favor, perdóname... Lo dejo todo por ti, todo... No me voy. ¿Quieres quedarte en Carolina del Sur? Pues nos quedamos. ¿Quieres un hijo? Pues lo tenemos, comenzamos hoy... Por favor, regresa».

Caminaba de un lado a otro. Al momento, el móvil me vibró en el pantalón.

Ella: «Olvídame. Es mejor así, confía en mí».

¿Que confiara en ella? ¿Iba en serio? ¿A qué jugaba? Necesitaba hablar con ella, necesitaba verla. Me encontraba listo para entregarle el mundo, y así me lo pagaba.

Yo: «Vuelve inmediatamente».

Este último mensaje no fue enviado; me había bloqueado.

«A la primera que me asusto, a la primera que no estoy al cien por cien, me dejas», grité a

uno de sus retratos colgados en la pared. Sin pensarlo, lo tomé en la mano y lo lancé al suelo. Se hizo añicos sobre la madera.

No dormí aquella noche, no fui de voluntario al hospital al día siguiente. No valía la pena, ya habíamos terminado la escuela de medicina.

Un toque a la puerta, leve, sutil. No era ella; no necesitaba tocar, pues tenía llave.

—Ale, sé que estás ahí, abre.

Andrew. ¿En serio?

Abrí la puerta, me hice a un lado y le dejé pasar. Fue al sofá y se sentó. Mientras, yo fui al refrigerador en busca de unas *lagers*. Me senté a su lado, le entregué una y brindamos con la boca de la botella.

—Por ser médicos —dijo.

Él suspiró, quizás de alivio por ser médico al fin. Aunque el camino no acababa: él comenzaría su residencia en pediatría mientras yo me iba a la John Hopkins a por la de cirugía. No nos dijimos nada durante un largo rato, tomando de nuestras frías.

—Ella está igual que tú. Se están matando, ¿por qué pelearon? Es raro, ustedes nunca pelean.

Habíamos creado la fachada de ser la pareja perfecta, la que nunca peleaba, la que se mantendría junta a través de los tiempos. Hasta yo me lo había creído.

No respondí ni a su pregunta ni a su comentario. No podía decir la razón en voz alta sin que sonara como lo que era: una putada. ¿Cómo pude pedirle eso? Ella no querría perdonarme, yo mismo no me perdonaría.

—¿Cuándo empiezas en la John Hopkins?

—En dos semanas.

Di otro largo sorbo de la cerveza; agradecía que Andrew se saliese de los temas personales, no soy de hablar de mis emociones.

—¿Serás cirujano general o te especializarás?

Ya habíamos hablado de esto. Inhalé. Mi sueño era ser cirujano cardiotorácico.

—Por ahora, la meta es ser cirujano cardiotorácico, pero no estaría mal quedarme como general.

A su audible mueca, me volví a mirarle.

—Lo siento, no te veo conformándote con ser un simple cirujano general.

Tenía razón, no me conformaría. Solo asentí.

—La vida dirá.

—¿Ya empacaste? ¿Necesitas ayuda moviendo…?

Echó un vistazo al pequeño apartamento y seguí su mirada. No había mucho: un sofá en forma de L, una mesa de centro y una de esquina y un estante que Cristina insistió en comprar con todos sus libros aún en él, casi todos de romance y de suspense.

—Contrataré una compañía de mudanzas, no te preocupes.

—¿Entonces sí que te vas? —Su reclamo me sonó a ella.

—Le ofrecí venir conmigo y lo rechazó. —No sé por qué, algo me decía que lo que dijera le sería pasado a ella.

—Es el final de una era, hombre. Te voy a echar de menos.

Asentí, porque muy en el fondo Andrew había sido un buen amigo y yo también lo echaría de menos, aunque no lo dije. Joder, sus palabras me cayeron como un balde de agua fría. Era el final. Ella no saldría por la puerta de la habitación con un «Hey, Andrew», su sonrisa toda para mí, sus ojos brillando enamorados por mí. Era en serio, Cristina no estaba ni estaría más.

No quería llorar enfrente de Andrew, pero una lágrima traicionera escapó por mejilla y la

retiré de inmediato.

Andrew me dio una palmada en el hombro sin decir nada.

—No queda más que seguir con la vida con la cabeza en alto. Te deseo lo mejor, hombre.

Continuamos hablando de todo y nada, casi más de medicina que de otra cosa, hasta que no tuvimos más temas y terminamos mirando la tele sin decirnos nada.

Se acabó su segunda cerveza, se levantó, me palmeó el brazo con mirada de pena y escuché la puerta cerrarse detrás de él. Me lancé del todo en el sofá, ignorando la tele y queriendo que los cojines me ahogasen.

Tres días, y esperé... Tres días en los que no me bañé, no comí, no dormí. El sonido del móvil me trajo de vuelta a la vida: era mi hermana menor, Arabela.

Ignoré la llamada, tres timbrazos más tarde no vi otra cosa que hacer que responderle.

—¿Cómo estás?

Al parecer, en mi familia la noticia de un corazón roto viajaba muy rápido. Me alegré que fuera Arabela; si hubiese sido Aidan, no le habría contestado. No estaba para consejos. Aidan me mandaría a un bar; según él, cuatro tragos de Pappy Van Winkle con una *stripper* y me sentiría como nuevo.

—¿Quién te dijo? —Me odié por ser tan cortante con mi hermana.

—No fue Aidan. Si me preguntas, Ale, eres el único cuerdo en esta familia. No te mereces eso, ven a casa.

Cómo decirle que me moría.

—¿Para qué? No quiero que Aidan me martillee el cerebro por ser estúpido, o me obligue a acostarme con una prostituta.

No somos una familia convencional. Si le afectó lo que había dicho, no lo hizo notar. Ella lo conocía bien. Arabela y yo somos los únicos con un poquito de cordura.

—Aidan tiene sus demonios personales —dijo como justificación.

Nuestros padres adoptaron a Aidan porque se habían cansado de esperar un hijo biológico; habían hecho lo imposible durante cinco años. Al año de tenerlo a él, nací yo. Dos años más tarde, Sebastián. No sé, tal vez, hacer el amor sin preocupaciones resultó en un milagro. Para terminar, adoptaron a una niña, Arabela. La familia que Cristina no conocería nunca.

—Sí, Aidan tendrá sus problemas, entonces, ¿cuáles son las razones de Sebastián?

—Lo que quiere decir que nuestra locura no es genética. —Su risa me hizo echar mucho de menos a mi familia. Cinco años era mucho tiempo, ellos me necesitaban cerca. Aidan necesitaba apoyo.

—He sido muy mal hermano. —No fue una pregunta, fue un hecho. En cuatro años solo había vuelto a casa una vez, en acción de gracias.

—No te digas eso.

—Sí, lo he sido...

Tal vez sea eso a lo que se refiere Aidan con la monogamia: te nubla el cerebro y lo único en lo que puedes pensar es en ella. No podía culpar a Cristina. Toda mi vida era la medicina.

—No, no lo has sido; ausente quizás, pero la escuela de medicina lo justifica, y lo puedes rectificar. Vuelve a casa. —Su voz sonaba esperanzada.

—Cristina está aquí, de aquí no me muevo.

—Ale, se ha terminado, entiéndelo. Vuelve a casa, ¿sí? Todos te echan de menos.

—¿Todos?

—Mami y papi están de vuelta en los Estados Unidos.

Al retirarse mi padre como CEO de una de las más grandes compañías farmacéuticas años

atrás, mi madre lo obligó a complir la promesa de enseñarle el mundo, y llevaban viajando desde entonces.

—¿Cuánto tiempo pasarán aquí?

—No sé, sabes que no les gusta pasarse más de un mes. Para serte sincera, prefiero que no lo estén; no sabes con lo que me han salido esta vez.

Mi madre suele ser muy sobreprotectora, principalmente con Arabela.

—¿Con qué? —Mi voz sonaba entretenida; mi hermana siempre solía hacer de una pequeñez algo grande.

—Un guardaespaldas, ¿te lo puedes creer? Yo con un tipo que me sigue a todos lados.

Reí, pero a la vez entendía a mis padres: mi hermana es un minion de pequeña.

—Me imagino que te rehusaste. —Una bronca que me alegró no ver; mi hermana casi siempre se salía con la suya contra mis padres.

—No. —Fruncí el ceño confundido, aunque ella no podía verme. Su silencio decía mucho, muchísimo más, y a la vez no decía nada. Pensé en llamarla por Facetime para ver su expresión, pero me contuve. Ese impulso solo decía lo mucho que les echaba de menos. Suspiré—. ¿Estás ahí? —me preguntó, y es que ni había notado que me había callado un rato. Por su voz, supe que se comía las uñas.

—Sí, aquí estoy —respondí—; y, por favor, deja de comerte las uñas, ya no eres una niña.

—Lo hago cuando me estreso, y me tienes muy preocupada. Por favor, vuelve a casa. No tienes nada que perder. Ven por unos días, no tienes que quedarte todo el tiempo.

Al final le dije que lo pensaría y terminamos la llamada dándonos los usuales «te quiero», pero no le prometí nada.

Si me iba, no volvería.

Minutos más tarde, mi móvil volvió a timbrar. Era Aidan esta vez, seguro que Arabela lo había llamado al segundo de colgarme. Su voz era juguetona, saltarina, y me preparé para su sermón.

—¿Vienen este fin de semana? Madre está muy contenta, al menos uno de nosotros le dará nietos. Casi cuatro años con esa chica, hombre, ¿cómo se siente? La monogamia, me refiero, no tenías que esconderla tanto tiempo.

Estaba fingiendo, lo supe por su tono sarcástico; lo sabía muy bien todo, pero le seguí el juego.

—No hay chica —resoplé cambiando los canales de la tele sin mirar.

—¿Cómo?

—Que hemos terminado, hombre, que la monogamia, como tú dices, no existe, el amor de dos no existe.

Silencio. No sé si le sorprendía que le lanzase sus palabras a la cara, o tal vez no respondió para no herirme más.

Al final terminó llamándome gruñón y diciéndome que levantase el ánimo, que existían muchas otras mujeres en el mundo, y con nuestro prestigio, dinero y cara de dioses griegos —«las palabras de ellas, no las mías», aclaró— las podíamos tener a todas. Sí, menos a la que yo quería. Terminé la llamada con la promesa de que lo pensaría, pero, otra vez, no prometí nada.

Si me iba, sería el final de veras.

Al quinto día, la misma historia: despertar en el sofá, jugar Mario Kart, ser comido a la tercera jugada, lanzarle cosas a la televisión que terminaban esparcidas por la alfombra. El apartamento comenzaba a oler; sumido en la depresión, incluso yo olía, no me importó.

Aidan y Arabela continuaron llamándome. No les contesté. Sebastián nunca llamó; de los

cuatro, es el menor, y al que menos le importa la vida de sus hermanos adultos.

No me encontraba listo para marcharme, todavía no. Hasta que no se callaron la boca y mi madre me llamó.

—Ale, mijo, ¿por qué no vuelves a casa?

Suspiré. La verdad es que regresar a casa era lo mejor que podía hacer. No tenía a nadie en Carolina del Sur; ya no.

—¿Quieres que te mande el avión privado?

—Odio esa ostentación —dije lo más rápido que pude—. Compraré un pasaje en primera clase.

Se había acabado, tenía que creérmelo y seguir con mi maravillosa y jodida vida.

Corté la llamada con mi madre prometiéndole que estaría en casa al final del día. Ella se merecía esas dos semanas conmigo antes de que me mudase a Baltimore a tiempo completo.

Me di un baño e hice las maletas. Lo que era de ella lo lancé en bolsas de basura, se las haría llegar o las quemaría como ella misma me había ordenado.

Me vestí con mi mejor vaquero, una playera blanca y mi cárdigan casual azul de Tom Ford.

Al abrir la puerta principal me encontré con unos ojos rojos y ensangrentados. Cristina. Su nariz roja, su piel desvestida de maquillaje, su tez bronceada más bien pálida y casi translúcida, y deshidratada. Se veía muy mal. ¿Había perdido peso?

Pestañeé confundido.

—No te escuché tocar.

—No lo hice, no pensé que tuviera el coraje de hacerlo.

Lo que quería decir que, quizás, si no hubiera abierto la puerta en ese mismo instante es posible que nunca más la hubiera visto.

Se la veía tan destruida como yo, y no sabía por qué me alegraba; sí, lo sabía: ella sentía lo mismo que yo. Lo nuestro había sido real; y hablo en pasado, porque no importaba lo que dijese, yo me iba.

Había esperado como un estúpido; llamadlo orgullo, o lo que sea. Ni así me rogase, se había acabado.

—¿Puedo pasar?

—Voy tarde. —Observé mi reloj de pulsera. Tenía tiempo, mi vuelo no salía hasta dentro de unas horas. Suspiré, la necesidad ganándome. Abrí la puerta lo suficiente para que pasara.

Nos quedamos en el pequeño pasillo frente a frente sin decirnos nada. Y quise decirle que había llegado tarde, quise romperla en mil pedazos, decir algo que la hiciese sentir peor de lo que yo me sentía, pero otra vez me lo guardé. Actué normal, cauteloso y frío. Su mirada iba de las maletas en el pasillo a mí.

—¿Ya te vas? —Las señaló con la barbilla.

—Sí, me necesitan en casa. De ahí volaré a Baltimore.

Mis ojos le mentían, le decían que no la necesitaba; que, aunque me había roto en dos, y aunque ella era la única que me podría arreglar, no quería. Tal vez todo aquello había sido para bien. Tenía veinticuatro y me sentía joven, viril.

Sí, tenía que vivir un poco más; mojar el pito, como decía mi hermano. Quizás para la próxima no me romperían el corazón.

—Sí que te ibas.

No me mires así, no me mires como si te doliese; eres una artista, si te doliese tomarías mi mano y me rogarías por tomar ese vuelo conmigo.

—He sido tonta al volver.

—Sí, tal vez —admití, retorciendo el cuchillo en la herida. *Me tenías, yo era tuyo, corazón y alma, pero ya no.*

Negó con un movimiento de cabeza y se tambaleó en su lugar, incrédula. «No me mereces», me decían sus ojos.

«Sí, no te merezco», le respondieron los míos.

—Odio Carolina del Sur, no voy a volver.

Asintió. Lágrimas traicioneras amenazaban con aparecer en sus ojos, que brillaban como dos lagunas. Ahora sí que no me perdonaría nunca.

Sostuve su mirada, pero mis ojos escaparon por su rostro hasta parar en sus labios acolchonados y perfectos, de un rosa carmín natural, delineados, tan suaves y a la vez tan firmes. Moría por besarlos y sentirlos una vez más contra los míos; su aliento fundiéndose con el mío, respirar de su oxígeno. Volví mis ojos a los suyos dejando escapar un suspiro frustrado.

¿Por qué? ¿Por qué nos has arruinado así? Éramos lo mejor que nos había pasado el uno al otro.

Pestañeó y una lágrima le corrió por la mejilla.

Nos necesitábamos. Nunca entendería el verdadero porqué de esta separación; juro que me moría por preguntar, pero tenía miedo. Miedo de que su respuesta fuese tan sincera que terminara besándola; o quizás lo sabía y me alejaba de la verdad porque me asustaba.

Ella no se atrevería a mentirme, ¿verdad? No la creía capaz de algo tan vil como mentirme sobre algo que crecía en su interior. Y es que, si no hay amor, la lujuria no es suficiente para mantenernos a flote a los dos; quizás tenía razón y no éramos compatibles.

No queríamos lo mismo; al final, descubrimos que no teníamos la misma visión de futuro. Ella era altruista y yo buscaba esa sensación de poder que solo se siente al estar en la cima y ser el mejor en algo. En cirugía, en mi caso.

Además, mi vida no me pertenecía; yo tenía responsabilidades, una fachada que mantener, y no era la del hombre de familia. Ella, en cambio, quería el verdadero sueño americano: el matrimonio infeliz, con una gran casa y una valla blanca, dos hijos o quizás tres (el tercero una sorpresa); menos los perros, les tiene pavor.

No, definitivamente yo no quería nada de eso.

Aun así...

Sí que los finales son estúpidos.

Mis labios nunca olvidarían la presión de los suyos, y mi lengua nunca olvidaría el sabor de la suya.

El calor de su cuerpo.

La curva de sus caderas.

El peso de sus pechos en mis manos.

Un bramido escapó de lo más hondo de mi garganta. Ella entreabrió los labios, y ese fue el único permiso que necesité.

Di dos pasos al frente, rogando al cielo que se moviese, que corriese, porque nos haría un gran favor a ambos si lo hacía. Ella no se movió. La tomé de la cintura contra la pared y no titubeé: mis labios se abrieron y se cerraron en los suyos, en un beso tan desesperado que hería.

Nos besamos sabiendo lo que venía, sabiendo que posiblemente nunca nos volveríamos a ver, dos masoquistas que se entregan a las presiones de la vida. Yo a mi orgullo y a lo que se esperaba de mí. Ella a sus sueños de una vida simple; sueños que yo no podía juzgar, tampoco compartir, porque no se lo merecía. No quería verla como a mi madre, veinte años después, una versión de lo que podría haber sido.

Saboreé sus lágrimas saladas en mi lengua. Quería decirle que fuese fuerte, pero ¿cómo decírmelo a mí mismo? ¿Cómo vivir mi vida sin ella?

Me limpié la cara, y su mejilla; aun así las lágrimas no cesaban. Tenía los ojos cerrados: no quería verme. Su respiración estaba entrecortada, el vaivén de sus senos subiendo y bajando contra mi pecho.

—Abre los ojos —ordené, y me agaché un poco, nuestras miradas a nivel.

Quise no haberle dicho que abriese los ojos. Sus pupilas coñac escondían ese deseo que yo conocía bien, su luz gritaba que me quería como nunca me querría nadie.

La abracé mucho más fuerte, su mejilla contra mi hombro, mi brazo rodeando su cintura, su pecho contra el mío, cadera contra cadera.

Dios, ¿cómo podía ser tan egoísta? No debería haber comenzado nada con ella. No debería haber hecho que se entregase a un tipo tan egoísta como yo. Sabía que tenía que irme más que nunca. Ella se merecía mucho más, un tipo que le ofreciera el mundo, del que ella fuese su todo, yo ya estaba comprometido con mi carrera, y mis metas.

Cristina es el tipo de mujer que lo entrega todo, tanto que corre el riesgo de perderse a sí misma al poner las necesidades de los otros sobre las suyas. Y yo no me merecía tal sacrificio.

—No te vayas —dijo, y me quise morir. Apreté mi frente contra la suya.

—No puedo, ya di mi palabra...

«Te llamo en cuanto aterrice», quise decir. Darle mi número de teléfono. Pero la decisión de cambiarlo se formó en mi mente. No podíamos volvernos a ver, porque serían unos meses difíciles sin ella y en cuanto me escribiese un «Hey» correría a su lado y arruinaría mi futuro. Si me iba, sería el final de nuestra historia, para siempre. Era mejor así.

Tomé mis maletas y abrí la puerta. Me siguió afuera y caminó a mi lado en silencio hasta el elevador.

—El alquiler y las facturas están pagados durante los próximos seis meses —comencé a hablar rápido. Tenía mucho que decirle antes de que se abriesen las puertas—. No tienes que preocuparte por nada, si quieres vivir aquí. —Su mirada de pánico me decía que no lo haría, había muchos recuerdos en ese lugar—. Todas tus cosas están ahí aún, múdate con calma, tienes tiempo.

—No —dijo, pero a la vez asintió resignada.

Mi corazón dio un brinco al oír el clic del elevador. Le entregué mi llave, así ya no tendría que hacérsela llegar luego.

—Alejandro, espera... Hay algo que tienes que saber.

—¿Qué? —Sostuve la puerta, esperando que entrase conmigo, que me dijese que venía conmigo, pero ninguna de esas dos cosas pasaron. Bajó la mirada a sus zapatos.

—Nada… Olvídalo.

A la mierda. Dejé la maleta. Con una mano forcé el elevador para que se mantuviera abierto, la otra la extendí buscando su cintura. La abracé contra mí, inhalé el olor de su pelo, le besé la frente y por unos segundos sentí mi mejilla contra la suya. Le dije al oído:

—Yo también te amo, Cristina. —Su nombre en mis labios como una promesa—. Recuerda siempre eso. Siempre. Te amé como creo que nunca amaré a nadie.

La solté despacio y caminé hacia atrás sin mirarla, sin esperar un «te amo» de vuelta. No elevé la mirada hasta que las puertas del elevador se cerraron por completo.

No reconocí el reflejo de mi rostro. Nunca volvería a ser yo mismo sin ella.

CAPÍTULO
Cinco

PRESENTE

Cristina

Intenté no prestar atención a mi reflejo en las puertas cerradas del elevador mientras esperaba; mis ojos avellana enrojecidos y rodeados de unas permanentes ojeras, mi cabello color caramelo más erizado que nunca, escondido desde el día anterior en un moño alto y despeinado.

Eché un vistazo a mi alrededor. Me encontraba sola en el pasillo. Levanté una axila: no olía nada bien, y la humedad comenzaba a notarse. Tenía que irme a casa, y pronto.

Sonreí, aunque no me sintiese con ganas, porque después de todo lo que ha pasado en mi vida aún tengo la filosofía de que al mal tiempo, buena cara. Además, mi turno en el hospital de unas quince horas acababa de terminar.

O lo haría, si el elevador no se demorase tanto. Necesitaba entrar y esconderme antes de que algún residente notara mi presencia y me llamase para alguna consulta.

«Nada de eso pasará», me dije internamente, señalando al desastre de persona que tenía enfrente. «Te irás a casa y te lanzarás a la tina, vino blanco en mano; bueno, si te dejan».

No veía la hora de ir a casa y acunarme con mis dos diablillos. La vida me había regalado una de esas promociones de dos por el precio de uno: una niña y un niño, Isabela y Alexei.

Dios, elevador, apúrate.

Oí el gong de mi móvil y lo saqué del bolsillo. Sonreí; era Michael.

«Aquí estoy, aburridísimo en casa, y no puedo dejar de pensar en usted, doctora».

No es mi novio; al menos, no todavía. No sé por qué, esa perspectiva me asusta. Debería sentirme cómoda con él, llevamos hablando un mes. No sé exactamente qué es lo que me detiene; por un lado, soy madre y la única responsable de dos hijos cuya existencia Michael desconoce. Por otro, cada vez que cierro los ojos aparece Alejandro.

Han pasado seis años, no debería sentirme así. Ese hombre me ha olvidado, eso está más claro que el agua. Aun así, todavía siento una cuerda invisible que me ata a él. ¿Tal vez sea porque mis hijos son suyos? Qué sé yo.

Michael no se merece que no me entregue por completo, y no sé cuánto tiempo esperará. Nos conocimos aquí, en el hospital, dónde si no. Lo único que hago estos días es ir del hospital a casa. Estuvo en observación una sola noche por un pequeño accidente de moto, nada muy grave.

Unas doce horas fueron suficientes para conocernos, aunque fuese un poquito; por ejemplo, los dos odiamos la comida del hospital, porque me rogó que le dejase encargar una *pizza*.

—Porfa, doctora, ¿cuándo fue la última vez que comió algo?

Sus ojos verdes sinceros y su sonrisa me convencieron, y se lo permití.

—Con tal de que no tenga piña...

Fue una noche muy interesante, el tiempo se nos fue entre risas y bocados. Los dos odiamos la piña en la *pizza*, y nos gustaba la cebolla y el peperoni. Adorábamos a Arjona, a Sanz y a Lana del Rey.

—La noto triste, doc —dijo. Pestañeé a su comentario y tragué en seco.

—Es el cansancio.

Él solo asintió y no presionó. No creí que fuera suficiente valiente para salir con él sí me lo pedía.

—¿Me permite llamarla? Me gustaría volver a escuchar su voz.

Me sentí cohibida, aun así le di el móvil. No podíamos hablar mucho debido a mis hijos y mi trabajo, pero sí nos mensajeábamos desde hacía ya un mes.

«Vamos, doctora, veamos a dónde nos lleva esto...».

Ayudaba que fuera un hombre hecho y derecho, exmilitar, con muy buen porte, ojos verdes y puro músculo. Yo no quería volver a caer en lo artificial. En mis años de soltera he aprendido que con mucho músculo, poco cerebro, aunque Alejandro es la excepción a la regla.

Y hablando de Ale, ha logrado cosas increíbles, como predije. Le hicieron una entrevista en GQ: «Los nombres más prestigiosos menores de treinta en la medicina». Se graduó de John Hopkins como cirujano torácico, fue a Harvard después, como predije, y tiene varias publicaciones científicas a su nombre. Reside en Washington D. C., y cuando le preguntaron sobre su vida personal, dijo: «no tengo ninguna (ríe), viajo mucho, no hay tiempo». Muy típico de él, no hablar de su vida privada.

Definitivamente, no estábamos destinados a vivir en el mismo mundo.

Yo vivo en Carolina del Sur; terminé tomando la posición de médico internista del hospital de veteranos, y años después aquí estoy. No tuve agallas para mudarme de vuelta a casa, a Miami. Aquí tengo una casita con patio. Los inviernos son un poco más fuertes de lo que me gustaría, pero no hemos tenido una nevada en cuatro años, lo que es bueno.

Y, lo mejor: a los pequeños les encanta esto.

Otro gong, y de inmediato otro mensaje:

«¿Qué va a hacer esta noche?».

Volví a mirarme, pero esta vez fue más bien para reflexionar. Definitivamente, con la pinta que traía no podía salir con nadie. No solo me veía mal, también me sentía anticuada, ¿cómo se hacía eso de tener citas hoy en día?

«Trabajar :(», respondí.

Me sentí mal por mentirle. Y quizás debería ser transparente y decirle de una vez que tenía dos hijos, pero mi experiencia con los hombres era que después de que revelas ese detalle, o se espantan o les intimida, o te creen una cualquiera. «Oh, ¿el padre no sabe que existen?». He recibido ese tipo de respuesta con miradas de desaprobación incluso en la tercera cita, cuando ya me conocen un poquito como para no creerme una cualquiera.

No, no debería decirle nada aún. Mis hijos son mi secreto, y solo mío, por ahora. Mi vida es un jodido problema, lo sé.

«Disculpe mi insistencia, doctora, pero me incendia pensar en usted, ¿cuándo tiene un día libre?».

Sus palabras no me causaron ni frío ni calor, lo que me decía que no había chispa entre nosotros, pero me debía a mí misma intentarlo. El elevador comenzaba a demorarse más de lo habitual; seguro que algún camillero lo había parado en uno de los pisos de abajo como siempre.

Es lo que pasaba por trabajar en un cuchitril de hospital.

Otro gong.

«Doctora, no me deje esperando, ¿el sábado? ¿Qué dice?».

Mis dedos jugaban nerviosos sobre mi móvil, como deshojando margaritas. «¿Sí o no? ¿Qué va a ser, Cristina?», me pregunté. Es solo una primera cita, ¿qué mal podría pasar?

Suspiré, elevé mi mirada y volví a ver al que una vez fue el amor de mi vida. ¿Cómo podía ser? Eché otro vistazo y no cabía duda; era como si el destino estuviera escuchando. Me sigue, me acosa, dejo de pensar en él un solo segundo de mi pésima existencia y el viento me empuja un tilín más al abismo. Sí que mi vida era un pésimo y jodido martirio. A alguien ahí arriba debía de joderle mi existencia, porque había decidido que mi día pasara de pésimo a miserable. Tenía que escoger el día que me veo de lo peor, a punto de tomar una decisión que puede que me cambie la vida, para que Alejandro Cortez reaparezca en mi vida.

«Sí».

Respondí como en piloto automático, guardé mi móvil y me olvidé de la secuencia de gongs que siguieron a mi anémico y simple sí.

¿Qué hacía Alejandro aquí? De todos los mundos, tenía que volver al mío.

Pestañeé. Rogaba por estar equivocada y que fuese solo un espejismo. Sí, claro, podía ser un episodio psicótico, claro... Claro, me veía al borde de otra relación, era normal que tuviese visiones de quien había sido el hombre que pensé que sería el único. El más grande amor de mi vida. No podía confiar en mi cerebro con lo cansada que me encontraba, así que volví a elevar la mirada esperando no verle. No, ahí seguía, Alejandro Cortez en carne y hueso, conversando con dos enfermeras que le miraban como si se lo fuesen a tragar de un solo bocado. Llevaba un traje gris de tres piezas bajo su bata blanca y zapatos que me jugaba mi sueldo de un año a que decían en cursiva «Salvatore Ferragamo, hechos en Italia».

Me escondí reclinada contra la pared, con las personas que ya esperaban por el elevador como yo como escudo.

No podía verme, pero yo a él sí.

Reía a lo que una de ellas decía con su sonrisa perfecta, esa que me volvía loca, una desquiciada por él, y me hacía querer besarle cada vez que sonreía así. Sentí un dolor en la boca del estómago, una ansiedad plena. Todo volvía a mí: los increíbles años que estuvimos juntos y la dolorosa separación. Se le veía libre, feliz, realizado, y me sentí mejor por decirle que sí a Michael; después de todo, ver a Alejandro de nuevo me mostraba que la vida seguía y yo tenía que seguir con ella. Salí de mi escondite y me encogí de hombros. Si me veía, ¿qué? Quizás ni me recordaba.

—¿Lo conoces? —preguntó una doctora a mi lado, Judit o algo así. No recordaba su nombre.

—No. —Viré el rostro al lado opuesto del pasillo.

—Parece que él sí te conoce a ti, no deja de mirarte —comentó ella.

Apreté los puños y me mordí la mejilla hasta que saboreé sangre. Ni quería ni debía mirarle, pero algo dentro de mí ganó. Al encontrarse nuestros ojos, fue como si estos últimos seis años no hubiesen pasado, como si hubiesen cortado la película en el momento en el que nos despedimos en su apartamento. Aún podía sentir el peso de sus labios contra los míos, el sabor de su lengua en mi boca y el olor de su colonia en mi nariz. Y fue como una explosión en mi interior; sentí ese mismo dolor, las lágrimas amenazaban con nublarme la vista y cerré los ojos. No lloraría; primero, porque era tonto e inmaduro; segundo, porque había pasado tanto tiempo que debería estar más que curada. ¿Por qué aún me sentía así? ¿Por qué aún me desmoronaba así en su presencia?

Le vi asentir, un movimiento de cabeza que no notarías si no lo conoces. Negué levemente, suplicándole que nos dejara ir, pero el sonido de sus zapatos contra el suelo me alertó. Venía hacia mí, era inevitable... Éramos dos imanes que, al encontrarse, no podrían estar separados ni un instante.

—¡Dios, qué hombre! —murmuró Judit, y no tuve que abrir los ojos para saber que lo medía de arriba abajo.

Y aun con los ojos cerrados sabía lo que veía: una mirada segura, ojos azules casi grises rodeados de pestañas espesas y largas, una barbilla pronunciada, una barba de unos tres días, arreglada y suave. Una media sonrisa juguetona. Un escaparate de hombre donde podrías refugiarte aferrada a su espalda ancha de nadador. El tipo de hombre con el que te ves increíble en un par de tacones altos, porque no importa lo alta que te veas, él siempre se verá más alto que tú. Piernas largas en unos pantalones Tom Ford, brazos con músculos definidos bajo el grueso de la chaqueta. Unas manos aseguradas en un millón de dólares, suaves y delicadas, con dedos que podrían hacerle la competencia a cualquier juguete sexual. El solo recordarlos dentro de mí me hacía un mar de agua en las bragas.

Su mirada me quemaba los párpados cerrados. Los abrí. Sus ojos azules atraparon el marrón de los míos, como queriendo embriagarse en ellos. Se encontraba muy cerca, mucho más cerca; podía oler su perfume. Qué digo, podía saborear en mi lengua el picante olor.

—Cristi —dijo él.

—Alejandro —respondí yo. Y, por fin, el sonido de las puertas del elevador al abrirse.

—Doctora Rojas, ¿va a entrar o no? —La voz de dentro del elevador se escuchaba irritada con mi lentitud.

—Entro.

Caminé hacia atrás sin retirar los ojos de los del hombre y sus labios se curvaron en una media sonrisa casi triste, resignada, necesitada. Había muchas cosas que teníamos que decirnos, y muy poco tiempo se la devolví, solo una invitación a algo que nunca sería. Él no era de este mundo, de seguro no lo volvería a ver.

Le continué mirando mientras las puertas se cerraban. Quería grabármelo en la memoria. Se veía casi igual físicamente, pero algo no encajaba; se le veía diferente, quizás por la edad. Ya no tenía veinticuatro, picaba los treinta y se le veía mucho más maduro. Pero lo conozco, y se veía cansado; aun así, no menos apetecible, con ese hoyuelo en la mejilla, el mentón sobresalido, las mejillas definidas y el pelo castaño casi negro alborotado. Su boca… Hmmm… Esos labios acolchados y rellenos como roscas de chocolate que un tiempo atrás fueron mi pasatiempo preferido. Y esa increíble sonrisa contagiosa suya.

Amy, mi mejor amiga y colega, me esperaba en la puerta de mi oficina con el rostro pálido: ella también lo sabía. Lo había visto. No teníamos que decirnos nada en voz alta para saber lo que la otra pensaba.

—Sin comentarios —dije abriendo mi oficina.

Fui directa a mi armario en busca de ropa para cambiarme; mi amiga, en cambio, se lanzó a mi sillón amarillo.

No suelo hacer compras compulsivas, a excepción de ese sillón, una adquisición carísima de Pottery Barn, ni más ni menos. Era el sillón perfecto para escapar de un mal día. Una lástima que ni mi trabajo ni mi vida personal ofrecieran tiempo suficiente para escapar.

—Este sillón es la bomba. —En la mano derecha tenía una bolsa de bombones de chocolate —. ¿Quieres? —En su mirada, las mil y una preguntas que no se atrevía a hacer: ¿cómo te sientes?, ¿qué vas a hacer?, ¿le vas a decir?

Tomé uno de los bombones. Cacao puro. Nunca lograría entender cómo podía comer algo tan amargo. No lo escupí gracias a que haber vivido con ella dos años y haber sido su mejor amiga muchos más me había enseñado a apreciar el sabor; y es que, cuando te olvidas de la amargura y dejas que el chocolate se derrita en tu lengua, lo único que queda es el rico sabor dulzón del cacao.

Reí sin humor a su comentario sobre mi sillón.

—Cómprate uno y deja de venir todos los días a robarme el mío. —Extendí la mano y otro bombón apareció en mi palma. ¿Qué podía decir? Me había convertido.

—Regálamelo por mi cumpleaños.

—¿Mi sillón para tu cumpleaños?

—No tu sillón, mi sillón. —Puso cara de asco, arrugando la nariz—. Pero que no sea amarillo, este color no me gusta.

—Ya veo. Que fácil me lo pones, mejor te regalo una tarjeta regalo.

Extendió los brazos, dedos llenos de chocolate.

—¿En serio?

Asentí. Sabía lo mucho que le gustaba ese sillón. Ya tenía planeado regalarle una tarjeta regalo y que escogiese ella misma el suyo. Yo no me hacía responsable del color, porque según ella no tengo gusto para los colores. Y tenía razón; si me dejaran, pintaría la oficina de un rosa chillón. Me lancé a su lado sobre el ancho brazo del sillón, mi hombro contra el suyo. La empujé levemente. Nuestra conversación podría parecer superficial, pero ambas sabíamos que ninguna se atrevía a sacar el tema del que queríamos hablar de verdad.

—Voy a tomarme libre el resto de la semana, tengo suficientes PTO —dije de repente. Era miércoles, no tendría otro turno hasta el viernes y tenía ganas de un fin de semana largo. Alex e Isabela se merecían tenerme en casa.

—Lo sabes, ¿verdad? —Su pregunta me trajo de vuelta.

—Peor, lo he visto. —Comencé a cambiarme, no podía demorarme más—. ¿Por qué hacen estos vestidos imposibles de poner a solas? No podría estar a un costado... —Retorcí el labio.

—Para obligarte a tener un marido. —Rio, su voz opacada por el caramelo. Se paró para ayudarme con la cremallera—. Lo vi de lejos en el pasillo, no me creía lo que veían mis ojos. No podía ser, se fue hace tanto tiempo que te juro que su rostro se ha vuelto convencional. Luego, cuando escuché a las enfermeras hablando de ese «bombón, con esos ojos hielo», volví a ignorarlo, porque ¿cuántos hombres no son bombones? Y más para ellas. Pero no hubo duda cuando...

—... Lo viste frente a frente —terminé por ella.

—Exacto.

—¿Qué hace aquí? ¿Lo sabes?

—No sé, corrí a buscarte en el mismísimo instante en que estuve segura.

—¿Y si se levantó esta mañana con instinto paternal? Legalmente no puedo negarle a sus hijos. ¿Y si me los quita? Moriría sin ellos.

—Cristi, nadie va a quitarte a tus hijos, descuida. Llamemos a Emma y planeemos algo, ella sabrá qué hacer.

Emma es la tercera mosquetera del grupo, y es abogada. Me relajé un poco al recordarlo.

—Todo estará bien, ya verás —insistió Amy. Aun así, la inseguridad colgaba en el aire como el peor mal olor. Amy me pasó un pañuelo de papel.

—No voy a llorar, Amy. —Mi voz decía otra cosa. Intenté tragar, pero el nudo de mi garganta solo crecía.

—Respira hondo. Eres una luchadora, vas a pelear fuerte si tienes que hacerlo. Y no llores, ni se te ocurra, eres la madre y nadie te los va a quitar. —Su tono era grave—. Han pasado seis años, entiendo que tengas miedo por tus pequeños, que son tu vida, pero, querida, el pañuelo no es para las lágrimas: tienes vómito en el pelo. —Con un gesto me hizo ver que cambiarme de ropa no había valido la pena.

—¿En el pelo?

—Sí, querida.

Tomé el pañuelo. Sí, ahí estaba. Tomó mucho, pero logré limpiarme lo mejor que pude. No sería suficiente.

—Hora de irnos, necesito una ducha urgente.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—La misma historia de siempre: las enfermeras, que no pueden con tantos pacientes...

—Y tú terminaste con vómito encima. No es tu trabajo.

Cambié de conversación, porque Amy es de los médicos que tienen muy claro lo que debe y no debe hacer; y ayudar a las enfermeras no es su deber. Mío tampoco, pero no puedo verlas pasar apuros y quedarme sentada.

Señaló el bello ramo de rosas blancas que yacían sobre mi buró.

—Veo que tu trabajo también te quiere a ti, hasta los pacientes te mandan flores.

—Oh, es solo Michael... Es insistente, eso es todo.

—Solo Michael, ¿estás segura?

—No es nada, es solo un amigo.

—Lo que tú digas. Cristina, por favor, ¿hasta cuándo? Me vas a perdonar, intento ser sutil y no meterme en tu vida privada, no hacer los mismos comentarios que todos hacen; pero, amiga, Alex es un niño de cinco años, ¿qué harás cuando comience a hacer preguntas? ¿Cuando vea a los padres de sus amigos ir con ellos a las prácticas de fútbol? ¿Cuando Isabela comience a salir con chicos? ¿Quién la defenderá? No puedes ser madre y padre por siempre, necesitas a alguien, necesitas compañía y apoyo.

Mi amiga todo este tiempo había intentado mantenerse al margen y ayudarme sin juzgar, pero todos tienen un límite y, al parecer, el regreso de Alejandro era el suyo. Su mirada me indicaba que me lo decía como amiga, no como jueza ni jurado; su voz no era acusatoria ni con autoridad, como solían atacarme otros, extraños a mi situación. Y tenía que admitir que tenía razón. Comenzaba a sentir la soledad y la presión de los años. La respuesta estaba en el miedo.

—No sé.

—Exacto, por eso te digo: tienes que abrirte al mundo, la vida no es solo ir de este hospital a casa, es un círculo vicioso.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que le ruegue a Alejandro que reconozca a sus hijos? Él lo sabe, sabe muy bien que existen.

—¿Cómo lo sabes? —Su pregunta me tomó desprevenida, no tenía respuesta.

—¿Que cómo? Le escribí, hasta le mandé una foto del ultrasonido; es médico, sabe leerlos.

—Aun así, ¿cómo sabes? El Alejandro que ambas conocemos, al momento de una noticia así, lo habría dejado todo por volver —chasqueó los dedos— al instante.

—Quería un aborto, Amy... —dije su nombre para hacer más énfasis.

—Se asustó. No es el primero. ¿Por eso lo vas a fusilar y a condenar de por vida? Tienes que decirle, y no puedes esperar. Quizás esta sea tu única oportunidad de volver a verlo. Y acepta salir con Michael. Quizás no es el hombre de tu vida, pero te ayudará a romper el hielo y a seguir con tu vida. Alejandro es solo el padre de tus hijos, te ayudará que empieces a verlo así.

Asentí. Ese era el problema: siempre sería él, el terremoto que destruía todos mis sentidos. Pero eso no podía decírselo a ella.

—¿Crees que soy tan patética que necesito salir con uno de mis pacientes?

Ya caminábamos por el pasillo hacia el elevador.

—No es ser patética, ¿qué tiene de malo que lo conocieras aquí, en el hospital?

—Muchísimo.

—Bobadas. Él te gusta, tú le gustas; no veo el problema.

Suspiré. Michael no estaba hecho para mí, como no lo habían estado los otros a quienes había conocido en estos años; sin embargo, ella tenía razón: tenía que intentarlo, alguien tendría que aparecer.

—Tal vez, no sé... El tiempo dirá —respondí.

—Llama a Michael ahora mismo, dale las gracias por las flores e invítalo a salir.

—Eso no será necesario... Metí la pata cuando vi a Alejandro. —Le expliqué cómo había dicho que sí a una cita con Michael el próximo sábado.

Su grito casi me lanzó hacia atrás y le chisté para que se callase porque atraíamos chismosos.

—Vaya, por fin me escuchas.

—Lo hice por impulso.

—No importa; lo hecho, hecho está. Sal con él y... —Movió las caderas, reí.

—Diooos, mujer...

Ella solo me ignoró.

—¿Dónde te llevará? ¿Cómo será en la cama?

—Calla, mujer, baja la voz —le regañé—. Amy, voy a salir con él, no a una cita amorosa.

—¿Y no es lo mismo?

Reí porque ¿ella qué sabía? Lleva con el mismo hombre casi una década. Toqué el botón del elevador y luego me limpié las manos con alcohol. Tal vez debíamos tomar las escaleras. Aunque eran solo tres pisos, Amy se rehusaba; tan entretenida estaba riendo a sus consejos de lo que debería hacer o no hacer que no noté su presencia hasta que di un brinco sobresaltada al escuchar mi nombre de sus labios.

—Cristi —repitió. No me di la vuelta. Reconocería su voz aun si estuviese muerta. Odiaba cómo mi cuerpo respondía a ella, renacía, me calentaba. Cerré los ojos brevemente y tragué en seco. No había dónde escapar. Miré sobre mi hombro y sus ojos me atraparon en esa burbuja de la que aún no había sabido escapar.

Ese cosquilleo en mi barriga no era solo a causa del nerviosismo de volverle a ver; tenía miedo, muchísimo miedo, porque sabía que no lo había superado. El tiempo solo había servido para hacer de mis fuerzas una pared de humo, fáciles de derrumbar. Le quería, y si sus ojos no mentían, algo me decía que él también, y eso me asustaba. No existían retos para Alejandro, solo conquistas.

—Tomemos las escaleras —le imploré a Amy. La miré por medio segundo, sus ojos me lo decían todo. Negó levemente, la desaprobación pintada en su rostro.

—Tendrás que enfrentarlo tarde o temprano —susurró lo suficiente bajo, solo para mis oídos —. Mejor aquí, en un lugar neutral.

Tenía razón, pero ningún lugar era lo suficiente neutral, eso no existía.

Inhalé. Mis pulmones se sentían tan vacíos que me ardían. Me di la vuelta, pinté mi mejor sonrisa y le encaré.

—Amy, ¿cómo estás? —Sus ojos solo se fijaban en mí. Bajé la cabeza para romper el contacto visual.

—Muy bien, gracias—respondió mi mejor amiga—. Te tomó... A ver... —hizo una pausa que usó para fusilarlo con una negación y sus ojazos azules abiertos tan grande que daban miedo—. ¿Seis años para hacer la pregunta?

—¡Amy! —Me tapé la boca al instante. Mi reprimenda salió más como un reflejo, a lo que ella solo negó. ¿Por qué le defendía, incluso después de tanto tiempo?

Los ojos de Alejandro se posaron en mí. De cerca se notaba lo cansado que estaba: los ojos rojos, las patas de gallo alrededor de ellos, la camisa arrugada.

—No. Me lo merezco —enunció cada palabra cabizbajo.

Mi amiga solo negó. Ella siempre había mantenido las esperanzas de que Alejandro volviera, siempre había dicho que él sí sabía que yo estaba encinta y aun así se fue.

—Yo mejor me voy... —dijo ella observándonos. Negó y puso los ojos en blanco. Amy no sabe esconder lo que piensa, la expresión de su rostro lo dice todo. Se volvió hacia el recién llegado—. Quisiera decir que ha sido un gusto verte otra vez, Alejandro, pero no se me da bien mentir. —Volvió a negar—. Hasta dentro de seis años.

Me rodeó con un brazo y murmuró solo para mis oídos:

—Hagas lo que hagas, no te rebajes a él, ¿sí?

Observé a mi amiga perderse por el ancho pasillo, asesinar el botón del elevador y entrar a este. Qué suerte que se abría cuando lo necesitaba. En un abrir y cerrar de ojos estábamos solos por primera vez en lo que parecían siglos. Si soy sincera, hubiese dado cualquier cosa por tener poderes celestiales y desaparecer.

Lo sentía mucho más cerca de lo necesario, su pecho a mi espalda, su olor llenándome la nariz de recuerdos y embriagándome. Escuchar su respiración entrecortada era la catálisis del volcán de una pasión que yo solo demostraba con él. Y es que siempre existe un hombre en tu vida con el que puedes ser tú misma, el que te vuelve traviesa, te hace perder la cabeza, con el que danzas con el corazón desnudo y ni lo notas. Al que te entregas en la lujuria y no lo puedes esconder. Una sola mirada y él sabrá lo que sientes porque te lee, te conoce, te sabe, te vive. No le puedes mentir.

Aun así, me di medio segundo. Inhalé y exhalé, puse mi mejor sonrisa falsa y me di la vuelta. Mejor fingir; sí, fingir que todo estaba bien, que este reencuentro no significaba nada, que sus ojos grises penetrantes no me hacían sentir nada, que el olor de su colonia no traía recuerdos, que no soñaba con tener sus manos andando libres por mi cuerpo. ¿Por qué tenía que seguir usando la misma maldita colonia italiana?

—Sí que perdí el tiempo —dijo—. Me fui buscando el mundo, cuando el mundo había estado debajo de mis narices todo este tiempo.

Cerré los ojos. Negué moviendo la cabeza fervientemente, como intentando espantar su comentario. Lo ignoraría. Tenía que ser fuerte. Eran solo palabras falsas, para él yo no era nada.

—Doctor Cortez, ¿le puedo ayudar en algo? —No podía correr el riesgo de que al decir su nombre mi voz se quebrase. Sí, mejor mantener un tono neutral. Sí, mejor mantenerse profesional; somos médicos, después de todo. Le sonreí otra vez; si la mía era fingida, la suya era de puro humor, entretenida. Mantenía las manos en los bolsillos, ya no llevaba la bata blanca, ni el saco del traje, solo una camisa blanca con los dos primeros botones abiertos. Se le veía jovial, como un niñito que había salido a jugar, y yo era su juguete predilecto... Reconocía mi farsa, ¿por qué me lo ponía tan difícil?

—Tú. —Su voz salió baja, en un suspiro. Miró a su alrededor. Estábamos solos. Se aclaró la garganta, dio dos pasos hacia mí y yo di dos atrás—. Necesitaba verte.

Puse los ojos en blanco ante su declaración.

—Pues ya me has visto: estoy bien, aún respiro. ¿Quieres chequear mi pulso también?

Mi tono era sarcástico. Le ofrecí mi muñeca, delgada y delicada. Qué error. Tomó mi mano y, al contacto de su piel con la mía, la electricidad pasó de su cuerpo al mío, mis ojos reos voluntarios de los suyos, olvidando por completo dónde me encontraba. Solo quedó la caricia, su pulgar cerrándose en mi muñeca y su dedo anular recorriendo la línea de mis venas hasta encontrar mi pulso.

—Lo noto elevado, doctora Rojas. —Sus labios estaban mucho más cerca de mi oído, tanto que su aliento acariciaba mi oreja y causaba escalofríos en todo mi cuerpo.

El sonido de una camilla a lo lejos me trajo de vuelta al presente: estábamos en medio de un pasillo, aún en el hospital. Retiré mi mano de la suya de manera rápida y casi violenta, di tres pasos atrás para darnos espacio. Él no se movió, y agradecí a los cielos, ¿cómo seguía perdiendo la cabeza así de rápido con él?

—Te ves radiante, llena de vida, me alegra ver que aún te sonrojas. —Se encogió de hombros y soltó un suspiro—. Al menos la vida ha tratado bien a uno de nosotros.

No soy de juzgar, pero quise reír ante ese comentario. El hombre tenía todo lo que había soñado: la carrera, el prestigio, seguro que hasta la mujer. Sus ojos me decían todo lo opuesto; se veía cansado, mucho más viejo, y tenía que admitir que no lo reconocía.

—Me alegra verte bien a ti también —dije—. Acabo de terminar mi turno, estoy cansada. —Le regalé una media sonrisa y caminé los pocos pasos hacia el elevador lo más rápido que pude. Él se mantuvo a mi lado sin problema. Mi paciencia tenía un límite. Me detuve en seco, volviéndome a él no sin antes presionar el botón del elevador—. A ver, Ale, ¿qué haces aquí?

—Con que al fin preguntas.

—Te conozco. —Un gesto y su mirada me decían lo contrario—. No estarías aquí si no quisieras algo... —justifiqué rechinando los dientes.

—Hay una conferencia en Charleston. —Se frotó la sien con ambas manos—. La curiosidad mató al gato y necesitaba verte, ¿cómo estás?

Charleston está como a dos horas de este pequeño pueblo donde vivo, pero no lo hice notar.

—Estoy bien. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme.

—Cena conmigo.

—No —me apresuré a decir, y ahora la que sonreía entretenida era yo. ¿Qué se pensaba?

—¿Tanto te aborrece pasar unas horas conmigo?

—Me alegra verte bien, Alejandro. —Le di la espalda, entrando al elevador al fin. Di la conversación por terminada, pero él impidió que la puerta se cerrase.

—¿Nunca te preguntas qué habría pasado?

Todos los putos días de mi vida. Reí ante la visión de una Cristina al estilo de los sesenta que cuida de sus hijos todo el día mientras su esposo salva vidas y en la noche espera a su marido con la comida lista, para que luego le diga «ya comí en la cafetería del hospital». Ignorada y sin apreciación.

—Cristina..., necesitamos hablar. —Busqué en su tono alguna indicación de que conocía la verdad, de que estaba allí por los pequeños, pero no encontré ninguna. Su voz se quebró y sus ojos me suplicaban—. Por favor.

Demasiado tarde.

—Hoy no puedo. —No le mentía, mi móvil había vibrado tres veces en mi bolso. Anita, seguro—. ¿Cuándo regresas a D. C.?

Bajó la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Tengo pasaje en el primer vuelo de la mañana.

Su respuesta no debería haberme dolido. Saber que se marchaba era como si me devolviesen el corazón para arrancármelo otra vez. Después de seis años, me creía curada, pero allí estaba: él regresaba y yo me desmoronaba como un castillo de naipes. Una voz en mi cabeza me decía que era hora de seguir con mi vida; él no venía por sus hijos ni por mí, era solo su ego, siempre su ego.

Ahí estaba su respuesta. No teníamos nada de qué hablar, era el mismo egoísta hijo de puta, ya había planificado su escape. Mis hijos se merecían mucho más que eso.

—Que tengas buen viaje, Alejandro. De corazón te deseo lo mejor. —Di gracias cuando se dio por vencido y dejó que las puertas se cerraran.

Vamos, sal con Michael, o con el siguiente, y olvida a este que siempre te mira como si fueras algo tan pequeño y fácil de aplastar como una cucaracha.

CAPÍTULO
Seis

Cristina

«Peter, enciende», rogué internamente a mi auto, dándole otra vuelta a la llave en la ignición. Esperaba la reacción usual de mi Honda Civic, la tos como si tuviese la peor bronconeumonía de la historia; sin embargo, nada se oyó, solo silencio.

«Joder, Peter, no me hagas esto». Sí, llamo Peter a mi auto. Se lo merece, ha estado conmigo en las buenas, en las malas y en las peores.

Inhalé y volví a darle la vuelta a la llave: otra vez, nada.

¿A quién podría escribirle para que me sacase de allí a esa hora? Pasaban de las nueve. Mi teléfono móvil vibró en mi pantalón: era mi madre, y yo me debatía entre si tomar o no la llamada.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Cómo están mis bebés, mis amores? —Mi madre adora a sus nietos. Sé que aún me quiere, pero ellos pasaron a llenar su corazón al nacer.

Había muchas maneras de responder a esa pregunta, entre ellas un «estoy jodida», «cansada», «con hambre»... Me conformé con un:

—Todos bien.

—Ummm, no suenas nada bien, ¿qué pasa?

—Ma, acabo de terminar unas casi quince horas de trabajo; estoy agotada, eso es todo.

—Creo que trabajas mucho. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones, mija? Ven por aquí y así llevamos a los niños a la playa, sabes lo mucho que les gusta el mar a esos dos.

«Ajá, ¿y cómo comemos?», quise decir. Es difícil cuando se está sola y todo depende de uno mismo; tenía que ahorrar hasta el último centavo, y más cuando mis hijos iban a una escuela privada. No podía decirle eso, se sentiría culpable y me mandaría veinte dólares que no ayudarían en nada. Sin embargo, tenía razón: debería pensar en unas vacaciones, nos vendría bien salir de la rutina aunque fuese solo unos días. Miami siempre es un buen lugar para escapar de la rutina.

—¿Has hablado con tu padre?

Ahí estaba la verdadera razón de su llamada. Mis padres se acababan de divorciar, noticia que me cayó como un balde de agua fría; si algo creía estable en mi vida, y de lo que me sentía orgullosa, era de decir que mis padres llevaban más de treinta años juntos. Al parecer, se aburrieron.

La decisión de la separación fue de mi madre. Creo que intentó darle un ultimátum a mi padre, al que de viejo solo le interesaba ir del trabajo al sofá. Pero el tiro le salió por la culata, porque él tomó la puerta. Ahora se hace el pepillo, como si tuviese una crisis existencial: ha empezado a ir al gimnasio, bajó unas libras, tiene cuenta en el *gram* y no quiero decirle esto a mi

madre, pero creo que se ha convertido en un casanova.

—No.

—¿En serio…? Mientes.

—Solo sé que se compró un piso en Brickler. —Uno de los mejores barrios de Miami.

—Coño, y hace años que le pedí mudarnos de este cuchitril… ¿Qué más sabes?

—Andaba de vacaciones de negocios en las Bahamas.

Lo que no sé es qué tan de negocios eran esas vacaciones, no lo parecía por las fotos con diferentes chicas, tan jóvenes como yo.

—¿Las Bahamas? ¿Qué hace el dueño de una pequeña bodega de viaje de negocios en las Bahamas?

Mis padres siempre tuvieron problemas, pero los sobrellevaban, o quizás yo los mantenía juntos. Qué sé yo, después de estudiar medicina decidí quedarme en Carolina del Sur, decisión que ninguno de los dos se tomó bien. No quería volver a jugar a ser la terapeuta, siempre en medio, la maldición del hijo único. Con mis problemas, lo que menos necesitaba era estar en medio. Le podría decir a ella la verdad y que usara este tiempo a solas para mejorarse a sí misma tanto físicamente como espiritualmente, que se buscase un trabajo por primera vez en su vida, que viajase por el mundo, qué sé yo. Quizás, si se dedicaba a vivir, las piezas de la vida caerían solas, pero eso no era lo que ella buscaba. Me llamaba solo para que confirmara lo que ella quería escuchar.

—¿Por qué no lo llamas tú y le preguntas?

—Le he llamado. No me responde las llamadas, el divorcio no está finalizado. Aún es mi esposo.

Oh, ahora te arrepientes.

—¿Te arrepientes?

—¿Qué insinúas? Yo para atrás ni para tomar impulso. No, yo con *él* no vuelvo.

¿Entonces por qué te interesa tanto?

—Lo que tú digas. —Volví a intentar encender mi auto, pero aún nada. Demonios, tremenda noche.

Ella continuó mintiéndose a sí misma.

—Estoy muy contenta, solo quería saber por saber, pura curiosidad. Te tengo una sorpresa.

Oh, no, las sorpresas de mi madre eran aparecer en mi casa sin avisar. ¿Cuánto tiempo se quedaría esta vez, sin un marido que atender?

—¿Qué es? —fingí entusiasmo.

—No te puedo decir, si no no es sorpresa. —La sonrisa era palpable en su voz—. ¿Crees que debería hacerme una cuenta del *gram,* como dicen?

Oh, madre, no es bueno caer en el acoso. De nuevo, eso no era lo que ella quería escuchar, así que fingí entusiasmo.

—¿Qué vas a poner?

—Fotos de mis bordados, plantas... Dicen que se hace plata con esas cosas.

—Podrías comprarte un gato, se ven muchos vídeos cómicos de gatos.

—Sabes que soy alérgica, Cristi.

Mi madre no es alérgica a ningún animal, es alérgica a cuidarlos, mantenerlos y todo eso. Mi fobia a los perros fue un increíble bonus para ella.

—Olvídalo... Ma, tengo que colgar, estoy aún en el aparcamiento del hospital.

—Nunca tienes tiempo para tu madre.

Inspiré y dejé salir el aire lentamente. A mi madre le encanta chantajearme emocionalmente.

Primero fue con problemas de salud («mira que tu madre está enferma»), pero ahora que soy médico y la conozco y sé que es todo puro teatro, la ignoro. Me despedí con el usual «te quiero, nos vemos pronto».

Demonios, la tendría en mi casa pronto, dándole azúcar a mis hijos y alborotándolos. No dormiría en los próximos meses.

No quise hacer la llamada, pero no podía evitarlo más.

—Cariño —respondió mi padre, su voz más empalagada de lo habitual. ¿Era eso *reggaeton* de fondo? ¿Bad Bunny?

—Me haces el favor —ni las buenas noches le di— y arreglas las cosas con mami.

Le escuché reír.

—Ya se te metió en la casa.

—No, aún no. Lo está planeando.

—Lo siento, cariño, no puedo, estoy viviendo mi mejor vida.

¿Y mi vida qué? ¿Y mi sosiego qué?

—Papi. —Mi voz era un ruego.

—Tengo que irme. Lo siento por tu madre, ella quería el divorcio y ahí lo tiene.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Me había colgado. Le di unos golpes fuertes al volante. Demonios. No quería admitir que había llegado la hora de reemplazar a Peter.

Un golpe en la ventanilla me sobresaltó y pestañeé para ajustar la vista a la poca luz. Era el doctor Carrera; o simplemente Sam, como había pedido que le llamara cuando se presentó hacía un mes como el nuevo director del hospital. Hizo señas para que bajara la ventanilla, y como mi auto estaba muerto tuve que abrir la puerta. Sentí el aire contra la cara mucho más frío que horas antes.

—Mi auto no anda.

—Eso deduje cuando te observé a oscuras de camino al mío. Comienza a hacerse tarde, ¿necesitas un aventón?

Lo debatí en mi cabeza. Su sonrisa se notaba sincera, aun así me dio vergüenza: no quería molestar, menos a alguien a quien recién conocía y que era mi superior.

—No es necesario, ya vienen a por mí —mentí. Tendría que llamar a Amy y aguantar su discurso de siempre: «con ese auto lo que necesitas es servicio de AAA».

Él movió la cabeza asintiendo, en sus ojos se notaba que no se había creído ni un poquitín mi mentira. Le vi hacer una mueca, quitarse el saco y remangarse la camisa.

Oh, no.

—Levanta el capó, a ver si lo podemos arreglar.

—¿Acaso... eres mecánico? —Mi voz sonaba tímida y se notaba la sorpresa, a lo que él sonrió y resopló en alto.

A la poca luz no podía ver sus facciones muy bien, aun así se notaba lo atractivo de su sonrisa, ancha y de dientes perfectos, tanto que me robó el respiro.

—Aunque lo dudes, mucho antes de la medicina hice otros trabajos, y entre ellos la mecánica.

Y con ese cuerpo, seguro que había trabajado hasta como s*tripper*… Dios, ¿de dónde había salido ese pensamiento?

—Si insistes —dije—, te advierto que está increíblemente sucio debajo del capó.

Entré a mi auto. Por más que mirase, no había ninguna indicación de que uno de esos botones abriese el capó. Estaba el de la gasolina, el del maletero... Juro que no veía ningún otro.

¿Y ahora por dónde mierda se abre eso?

Él, como leyendo mi mente, dijo:

—Está a tu izquierda, es un pequeño botoncito bien abajo, cerca de los pedales.

—Oh.

Al encontrarlo, lo presioné y se escuchó un pop. Él hizo el resto abriéndolo del todo, y lo perdí de vista. Solo podía escucharlo.

—Parece ser la batería, se descargó.

Oh, mierda, otra vez. A veces me pasa que estoy tan apurada que olvido apagar las luces, cosa que no dije.

—Es viejo.

Volvió del lado del pasajero y abrió la puerta. Se había remangado mucho más la camisa, hasta el codo, dejando ver unos antebrazos con músculos definidos, ni muy tupidos de vellos ni lampiños, solo la cantidad suficiente para hacerlo ver hombre, cien por cien hombre.

—Le puedo dar carga con mi auto. Dame unos segundos, ahora vuelvo.

No tuve tiempo de responder. Solo lo vi irse y traer su auto, aparcar frente al mío y regresar con el equipo necesario. No sé qué hizo, pero seguí sus instrucciones y mi auto volvió a la vida. Casi di un salto de alegría. Me bajé de un tirón y fui a él dando brincos.

—Gracias, gracias… Eres un ángel.

Él solo rio con una risa cómplice.

—Hice tu noche, ¿eh?

—Mi noche, la semana, el mes... —Suspiré aliviada.

—Aunque tendrás que comprar una batería, nada dice que mañana no amanezca descargada otra vez.

Me sentí como un globo que se desinfla.

—Pero —continuó— la tienda de repuestos aún está abierta, podríamos ir a comprar una nueva, ¿quieres? Te la instalo en cinco minutos y te quedas tranquila.

Miré mi reloj: las diez. ¿Podría arriesgarme? Quizás si no volvía a dejar las luces encendidas... Me dio mucha vergüenza; ya le había robado su tiempo, pero parece que leyó mi mente otra vez.

—No es ninguna molestia.

—Es un poco tarde… y…

—… Tienes que irte a casa por tus hijos.

No sabía que él supiese ese pequeño detalle de mi vida.

Si Anita seguía mis instrucciones, mis hijos deberían estar durmiendo; se me había pasado informarle de que iba de camino a casa porque la aparición de Alejandro me había distraído; luego Peter con su marasmo y mi madre con sus problemas. A la mierda, ¿cuándo tendría esta oportunidad otra vez?

—La niñera está acostumbrada a quedarse si no sabe de mí… Es lo que tiene ser médico internista y eso.

—Perfecto. Está a unas cuadras, hay que apurarse, que casi van a cerrar.

Una hora más tarde tenía una batería nueva en mi auto gracias a él.

No sé si era el complejo de damisela en apuros, o quizás que Amy tenía razón y había plantado esa semilla en mi mente, pero si el hombre me decía métete en el auto y bájate las bragas, quizás lo hiciera.

Así de atractivo era, con un pelo castaño que ahí, debajo de la luz fluorescente, se veía mucho más claro, casi rubio. Sus ojos eran como agua de café, transparentes y sinceros. Se notaba que su cuerpo era el de un hombre que pasa mucho tiempo bajo el sol y en trabajos

manuales. Inclinado dentro de mi auto, se le notaba un trasero firme e increíble.

Habían pasado años y nunca nadie (bueno, excepto Alejandro) me había provocado esta reacción, que hacía que me sintiera acalorada. ¿Por qué coño tenía que ser mi jefe?

¿Qué edad tendría? Se veía joven, ¿o era su espíritu jovial, que lo hacía ver joven?

—Ya está. A ver, enciéndelo. —Su voz me sobresaltó. Me preguntaba si me había pillado mirándolo, porque sus labios se curvaron en una mueca contenta.

Corrí a Peter avergonzada. Di una vuelta a la llave y mi auto volvió a la vida sin ningún problema.

—No sé cómo agradecértelo. —Él solo negó recostado contra la ventanilla. Sus ojos bajaron a mis labios para luego subir a mis ojos, un gesto tan rápido y efímero que casi no noté.

—No hay nada que agradecer. Es tarde, pero… —Evitó mi mirada—. ¿Estamos bien?

Pestañeé y arrugué la frente.

—¿A qué te refieres?

—Tus hijos… No sabía que eran un secreto.

Suspiré. Miré hacia adelante, luego me volví a encararle.

—No lo son…, pero no todos en el hospital saben que soy madre soltera. —Supe por su mirada que tenía más preguntas, aunque se las aguantaba.

—Me disculpo. Espero no haber sido un poco bruto, a veces no tengo filtro.

Joder, sí que era refrescante hablar de esto y poner todas las cartas sobre la mesa desde el principio.

—El padre no está en la película.

¿Cómo me era tan fácil decirle a él?

—Eso asumí. Sé que soy tu jefe, pero espero que podamos ser amigos, si me lo permites…

Su «si me lo permites» me llegó a las bragas, lo juro. Sus ojos no dejaban de jugar con la idea de algo más, ¿o era yo que me creía mucho?

Asentí. Le agradecí por arreglar mi carro, le pregunté cómo le pagaba y me dijo que le preparase una torta (en el hospital soy conocida por mis increíbles dulces). Se despidió con un saludo de manos y entró a su auto, pero no se fue hasta que no puse el mío en marcha y salí del aparcamiento donde nos encontrábamos.

Nunca se sabe cómo terminará el día: vi a mi ex, dije sí a una cita con Michael y tuve un encuentro un poco raro con el director del hospital. Había sido un día bien atareado.

Y Peter siempre ahí, de testigo.

CAPÍTULO
Siete

ALEJANDRO

Volver a verla solo restituyó esa pena de ausencia en mi pecho; esa sensación de que, a pesar de la fama, del prestigio, del poder, de ser el mejor, algo me faltaba.

Yo me creía feliz. Me sentía realizado, la vida iba como lo deseaba; salvaba vidas e inspiraba a otros, había logrado todas mis metas, GQ me había hecho una entrevista para su pieza «Los nombres más prestigiosos menores de treinta en la medicina». Pero en un momento dado, una de tus neuronas se rebela, y simplemente no hay más. No fue un cambio gradual —lo que hubiese agradecido—, nada me indicó que ocurriría, me tomó por sorpresa, una bomba de tiempo que había explotado en mi interior.

Tras terminar una *TED talk* en Chicago, me bajé de la tarima a conversar con los que allí se encontraban. Palmadas cariñosas a mi espalda, no era suficiente que les diese una increíble charla sobre cómo llegar a lograr el éxito. Ellos sabían que era mucho blablablá. No fue hasta mi última charla que me hicieron la pregunta que desestabilizó mi mundo: «¿Cuál es la primera palabra que viene a su mente, doctor Cortez, cuando le preguntan sobre su éxito?». Me ahogué, mi voz no salió, no supe qué decir porque la palabra que había venido a mi mente no era la que ellos querían escuchar: soledad.

Al quedarme a solas, tomé mi móvil y marqué ese número con código de área de Carolina del Sur. Es una rutina; cada vez que me siento ofuscado, que han sido millonadas de veces, pongo su número en mi teléfono, pero nunca le doy al botón de llamar. Ese día, lo hice.

—¡Hola! —Una pausa—. Le habla la doctora Rojas.

Colgué la llamada, acobardado. ¿Qué le iba a decir? Solo escuchar su voz de terciopelo, la dulzura emanando de sus labios, causó un terremoto de emociones en mí.

Me dije que necesitaba verla, aunque fuese de lejos. Si la veía feliz y con su vida rehecha, seguiría con la mía.

Le mentí. No existía tal conferencia en Charleston, volví solo por ella. Limpié mi agenda, cancelé todos mis compromisos, lancé toda mi ropa —sucia o limpia— en la maleta y compré (a sobreprecio) un boleto a Carolina del Sur.

Soy egoísta, porque al verla supe que no quería verla enamorada, no quería verla con la vida rehecha, ni con nadie.

Al verla, tuve que admitirme a mí mismo y al mundo que ella era el aire que me faltaba. El pequeño eslabón que le faltaba a mi cadena.

Morí al escuchar su voz fría, sin emoción, sin sentimiento, y al verla darme la espalda y entrar en el elevador.

Andrew se sentó en la barra a mi lado, trayéndome de vuelta al presente, al bar estudiantil

que nos rodeaba, a los patrones en sus mundos, bebiendo y viendo los juegos en las grandes pantallas.

—Amy —respondió a la pregunta implícita en mi mirada.

—Amy —repetí asintiendo, bebiendo un sorbo de mi Pilsner.

—Sírvame lo que él toma —pidió a la chica detrás de la barra, entretenida en la pantalla táctil del móvil.

—Si me agarra bebiendo cerveza me fusila; me da panza, según ella.

—Las tribulaciones del matrimonio. —Mi voz me supo amarga.

—Nah, me encanta estar casado. —Tomó la botella de las manos de la camarera.

Una sensación de *déjà vu* me invadió: el mismo bar, la misma compañía, el mismo ambiente, pero todo distinto. Aunque cerca, no podríamos estar más lejos.

—¿Por qué has venido? —pregunté, dándome la vuelta para encararlo.

—Eras mi mejor amigo, y aun así te fuiste un día sin decir adiós ni nada. Te llamé varias veces, pero me iba al buzón.

—Cambié mi número. —Sentí vergüenza. ¿Por qué alejé a todos de mi vida? ¿Tan en un agujero estaba?—. ¿Por qué has venido? —repetí.

—Aunque no sea tu mejor amigo, todavía me considero tu mejor amigo, y no puedes estar muy bien si has vuelto de repente. ¿Te estás muriendo? ¿Cáncer?

—No, no es cáncer —me apuré a decir.

—Entonces, ¿qué?

—No quiero hablar de ello. —Él solo asintió, tomando otro sorbo de su bebida. Bebimos en silencio por un tiempo, nuestras miradas en los grandes televisores.

—No tenías que venir, pero lo agradezco —ofrecí nervioso. Digamos que no soy bueno admitiendo mis sentimientos.

Andrew no tenía que venir a recoger los pedazos esta vez; es muy buena persona, y no me merezco su amistad. El día que rompí con Cristina (¿o fue ella quien rompió conmigo? La situación aún no está muy clara, quién rompió con quién primero) rompí también con todos y todo, no podía correr el riesgo que alguien o algo me recordara a lo que no podía tener.

—¿Cuánto tiempo estarás por aquí? —preguntó. Le miré directo a los ojos y no respondí, mi mirada lo decía todo.

Una de esas decisiones que se toman inconscientemente.

—No me digas que te quedas...

Me encogí de hombros. Le hice señas a la camarera y ella volvió con dos cervezas más.

—No sé —admití—. Tal vez. —Bajé la cabeza, el olor a roble llenándome las narices—. No sé-e —tartamudeé—. Tengo un vuelo exactamente en...

—... ¿Aún tienes ese reloj? —interrumpió—. Pensé que a estas alturas ya tendrías un Rolex.

—No funciona —comenté, y añadí—: Cristina me regaló este reloj.

Sus labios se curvaron en forma de o.

—No te hacía tan sentimental.

—Ni yo.

No era un Rolex, ni mucho menos, pero era lo único que me quedaba de ella, su presencia en espíritus.

—¿Vuelves o no?

Calculé la hora en el reloj de pared que tenía enfrente.

—Quizás, no sé, tengo la noche para decidirme. —Señalé la maleta a mi lado—. Casi toda la ropa está sucia...

—Oh, esto va a ser interesante —dijo, tomando de su bebida—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué por la tarde, no tengo ni dónde quedarme.

—Te podrías quedar conmigo y con Amy, pero Cristina me cortaría los huevos. Lo siento, amigo. ¿Necesitas dinero?

—No, claro que no necesito dinero, Andrew, ¿qué crees? —dije un poco más alto de lo necesario.

—Oh, olvidaba que nadas en plata.

Si él supiese... Todos piensan que el que tiene plata vive bien, pero no siempre. Sí, soy millonario gracias a haber nacido en una cuna de oro. ¿Qué tengo? Nada. Feliz no soy, y ya es hora de que me admita a mí mismo esa pequeña verdad: no soy feliz.

—Me quedaré en el Ritz o en algún otro lugar parecido.

—Siempre tan modesto... —dijo en tono sarcástico—. Recuerda: no hay Ritz en Carolina del Sur —rio, tomando un sorbo de su bebida.

—Olvidaba que este era el quinto infierno. Sin ofender.

El solo rio.

—No te veo quedándote mucho tiempo. Pueblo pequeño, gran ego. Sin ofender. Además..., tú odias este lugar.

—Cristina adora Carolina del Sur.

Se volvió hacia mí y me miró serio, severo, duro. Rechinó los dientes.

—¿No me digas que sigues detrás de esa piedra? Ni se te ocurra tocar esa tecla. —Sus ojos eran puro fuego, su voz cambió de advertencia a odio.

—¿Cómo está? —pregunté ignorando su advertencia. Quería admitirlo, decirle que irme había sido el gran puto error de mi vida, aun así no podía admitírmelo a mí mismo, mucho menos en voz alta.

—Digamos que el porvenir de Cristina no está en tus manos. Está muy bien, trabaja en el hospital de veteranos como médico internista.

No le podía decir que la había acosado como un perro casi toda la tarde; que le rogué que hablásemos y que me trató tan frío que me heló los huesos, que vi en sus ojos la chispa de la lujuria, que su cuerpo todavía reaccionaba al mío, que esa necesidad que la une a mí seguía viva. Solo por eso sigo aquí, pensando en mi siguiente movimiento.

—¿Has vuelto por ella? —La pregunta irrumpió en el aire como un cristal que se rompe. No me dio tiempo a que le respondiese—. Pierdes el tiempo, hermano —su voz se notaba segura, algo sabía.

—¿Tiene novio?

—Peor...

Morí. Recordé las rosas blancas que Cristina llevaba acunadas contra el pecho. Como ella es así de increíble, asumí que eran de algún paciente agradecido.

—¿Casada y con hijos...?

—No, muchísimo peor... Te odia.

Oh, con eso podía vivir.

—¿No está comprometida? ¿Novio...? ¿Esposo?

Hizo una pausa, y quise matarle.

—Casada no está, porque no hemos ido a su boda, en eso puedo ser sincero. Más no sé, Amy seguro que sí, pero esas cosas a mí no me las dice.

—Vamos, hombre, algo debes saber.

—Ya te lo he dicho, el bienestar de Cristina no está en tus manos. Te aconsejo que no pierdas

ese vuelo.

—¿Crees que no fue duro para mí también?

—No estoy invalidando lo que tú viviste, pero lo que vivimos con ella no queremos volver a pasarlo; así que, si no vas a ir en serio, si esto es solo una crisis existencial, mira… Mejor vete.

—Voy en serio.

Resopló, cuestionándome.

—Ver para creer.

Se lo demostraría. La verdad, había tomado la decisión sin pensar; al verla, me sentí vivo por primera vez en años.

Andrew se tomó el último sorbo de la botella.

—Tengo que irme —dijo, mostrándome la pantalla de su móvil. «Mi mujer» le llamaba.

Me alegraba que ellos dos estuviesen bien después de todo lo que habían pasado durante la carrera. Amy quedó encinta a mediados de tercero y perdió el bebé, y eso les afectó mucho; quizás el estrés hizo que Amy perdiese el bebé, y ese trauma casi los separó. Años después, con mi residencia en John Hopkins a la vuelta de la esquina, me asusté mucho cuando Cristi creyó estar encinta. Vi los mil y un escenarios en mi mente, y lo que más me aterraba era perderla. Aun así, eso fue lo que pasó.

Andrew me dio unas palmadas en la espalda, se levantó y dejó caer unos billetes en la barra, pero se los devolví.

—Oh, no, ni se te ocurra. La bebida va por mi... —No los regresó a su cartera, sino que los lanzó en la jarra de propinas.

—Si estás aquí en tres semanas, el último viernes de cada mes vamos a la bolera. Si sigues aquí mañana, siempre me tomo unas frías después del trabajo.

—¿En tu casa?

—No, claro que no. Además, dudo que Amy te quiera allí. ¿Nos vemos aquí…?

No le prometí nada. Suspiré, porque sabía lo que tenía que hacer: una llamada un poco difícil, pues existían vidas que dependían de mis manos dotadas, pero ¿quién arreglaba la mía?

Observé a Andrew salir, suspiré y llamé a Edel. Se lo escuchó contentísimo cuando le informé de que no regresaba a D. C.

—Entonces, ¿renuncias?

Suspiré.

—No, voy a tomarme un sabático.

—Coño, hombre, voy a echar de menos competir contigo.

Reí porque no existía tal competencia; soy mejor que él, da igual, que creyera lo que quisiera. Veníamos compitiendo por el puesto de cirujano jefe desde que empezamos la carrera en John Hopkins y ahora, sin mí, tendría el camino libre.

Al colgarle, mandé un correo electrónico donde solicitaba el sabático y luego llamé a la aerolínea para cancelar mi vuelo de regreso. Suspiré. Ojalá no me estuviese equivocando.

CAPÍTULO
Ocho

AGOSTO, **2011**

Alejandro

Conocí a Cristina el primer día de orientación, cuando se presentó como hicieron todos mis otros compañeros. Ni presté atención a lo que dijo; para mí era una voz más en el tumulto, una cara más en el grupo. En definitiva, pasé de ella.

Enamorarme era lo último que me pasaba por la cabeza. Tenía mucha presión en mi vida, muchas expectativas; tenía zapatos grandes que llenar: mi padre era médico, mi hermano también, y yo sería el mejor. Pero la duda me carcomía y me sentía una farsa. ¿Y si fracasaba?

En el descanso para el almuerzo, no lo pensé dos veces: si no tomaba una gran bocanada de aire puro no lograría subir al podio y dar el discurso del final del día (el presidente de la universidad conocía a mi padre y me imploró que lo hiciese). Siendo el hijo del gran doctor Cortez…, no se esperaba menos.

Salí corriendo, buscando la salida. Giré en el pasillo equivocado, y al final encontré una puerta con grandes letras en rojo neón que marcaban la salida. Sin importarme la advertencia de la alarma, la abrí; la alarma no sonó, y ahí la encontré a ella. Y otra vez no la vi.

Me incliné con ambas manos sobre mis rodillas, jadeando. No importaba lo mucho que lo intentara, mis pulmones parecían no funcionar. No me llegaba oxígeno. Estaba teniendo mi primer ataque de pánico.

—Respira… y aguanta… —Su voz melódica me sobresaltó; su mano abierta en mi espalda, su aliento cerca de mi oreja—. Lo que necesitas es una bolsa de papel, estás teniendo un ataque de pánico… No tengo una, pero tengo un poco de agua sin abrir —continuó, ofreciéndome una botella que colocó enfrente de mí.

Negué. ¿Qué se podía hacer para estar solo en esta escuela? Un minuto a solas, ¿era eso mucho pedir?

—¿Estás seguro? Te ves pálido, te suda la frente… —repitió la extraña.

—Solo necesito aire fresco, ha sido una mañana un poco… cargada. —Ella asintió y me dio espacio. Retiró su mano y eché de menos el calor en mi espalda. Me giré hacia ella; su mirada recelosa me decía que no me creía.

—¿Quieres estar solo? Solo dilo y me voy.

Agradecí su sugerencia, pero, por alguna razón, su voz melódica y sincera ayudaba a estabilizar mi respiración, me calmaba.

—No —dije—, estabas aquí primero… Si alguien tiene que irse, ese soy yo.

Con las manos en los bolsillos, caminé de un lado al otro en el pequeño pasillo de cemento, frente a nosotros solo pasto abierto y unos coches aparcados.

Si se me veía ofuscado era porque lo estaba. Mi vida entera, mis padres, me inculcaron que sería médico: «un día serás como papi», me decían. Luego, cuando mi hermano comenzó la carrera, «ya llegará tu día, Alejandro». ¿Y si yo no quería ser médico? ¿Y si no me iba bien como a mi hermano? Las mil y una dudas invadían mi mente.

Nos miramos y fue como si nos entendiéramos, porque ella, como yo, se escondía. Inspiró, asintió levemente y recostó la espalda contra la pared, sus manos detrás de su espalda, su cuerpo inclinado hacia adelante. Por primera vez, me di la oportunidad de verla. La noté, y algo dentro de mí la reconoció. Fue ese momento en que todo cambia; tu cerebro, tus ojos y tu corazón hacen un pacto, y el deseo nace. La miré de pies a cabeza y mi mundo cambió.

Olvidados mis miedos.

Olvidados mis problemas.

Solo ella.

Una visión que de repente se volvía clara. No era más una sombra, ni una más en el tumulto, ni un nombre más entre tantos, sino unas piernas largas que se perdían en una falda ancha a dos dedos sobre sus rodillas y acentuada en la cintura, un escote modesto y escondido. Un cuello largo y esbelto, mandíbula definida, pómulos prominentes manchados de un rosa pálido. Labios anchos que se notaban deliciosos, húmedos de un rojo como el carmín. Su pelo podría ser castaño o negro, la sombra no me dejaba determinar su color, y lo llevaba recogido en un moño alto y descuidado; el flequillo le caía sobre la frente, casi en sus pestañas.

A otros ojos quizás hubiese pasado por simple: la chica de al lado; un cliché, quizás, nada del otro mundo. Pero a los míos era extraordinaria, notable, fenomenal, una hechicera que en segundos me había robado el poco aliento que me quedaba.

Cerré las manos en un puño, ¿cómo se atrevía Dios a ponerme tal prueba? Yo no estaba allí para enamorarme, no podía darme ese lujo. No estaba en la escuela de Medicina para actuar de casanova.

Pero perdí del todo la razón cuando sonrió.

No fue una sonrisa completa, sino más bien tímida; sin dientes, casi una mueca, una mínima curva de sus labios, pero adorable a mis ojos.

Tragué. Por primera vez en mi vida, algo más que la medicina me interesaba.

Quise conocerla. ¿Sus mejillas rosas se debían a mis ojos curiosos o al maquillaje? Sentí ganas de despeinarle el flequillo, retirarlo para hundirme en su mirada y examinar sus ojos. ¿Serían tan negros que no podría definir su pupila? ¿Qué la hacía sonreír completa, reírse a carcajadas, o la hacía doblarse de la risa? ¿Qué la calentaba? ¿Qué le molestaba? ¿A qué le tenía miedo? ¿Qué la hacía feliz?

Podría empezar por lo primero: vi que iba descalza. Reí ante ese pequeño detalle, se la veía libre y viva, como una margarita salvaje.

—¿Dónde están tus zapatos?

Se miró por primera vez, quizás notando que estaba descalza como un detalle innecesario.

—Ah, odio los zapatos de tacón altos, me los quité.

Un poco confundido, pregunté:

—Entonces, ¿por qué te los pones?

—Se veían bien mis piernas con el vestido. Además, ¿no es lo convencional?

Si supiese que se veía bien sin zapatos o con vestido o sin vestido, y que a mí me daba igual. Quería ver más de ella, y mejor sin ropa. Asentí a lo que decía y continué caminando de un lado

a otro. Mi reloj daba las menos diez, pronto tendríamos que volver dentro y mi ansiedad regresaba, explosiva.

—¿A qué te refieres con «lo convencional»? Dame contexto. —Necesitaba que continuara hablando, su voz me calmaba.

—Lo de la mujer *femme fatale* y provocativa. Y, si se me permite decirlo —estiró una pierna al frente y la examinó—, mis piernas se ven mucho más sexis y largas en un par de *stilettos*.

Me bebí entera su pierna, y no podía dejar de imaginarla en otra posición; alrededor de mi cadera, quizás. ¿Sería de las que callan?, ¿o de las que gritan tu nombre en pura pasión?

Ella creía que se veía como una *femme fatale*, una mujer agresiva y dura. Yo lo que veía era lo contrario: muy de verano, delicada, sutil y dulce. ¿O era todo un papel? Las que son tranquilas, usualmente, en la cama se vuelven fieras.

—Disculpa… Eso sonó a coqueteo. Dios, qué vergüenza, el mismísimo Alejandro Cortez y yo haciendo el papelazo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Todos saben quién eres, eres toda una celebridad. ¿Es por eso que te escondes? ¿Tienes miedo?

Cinco minutos con esta extraña. Suspiré. Podría mentir, decir que no, pero ¿para qué?

—Quizás.

—Si yo fuese tú, no me preocuparía.

—¿Por qué?

—Lo llevas en la sangre.

—¿Y tú por qué te escondes?

—Por mis padres. Mi madre suele ser muy asfixiante…

La semana de orientación incluye eventos a los que se puede invitar a la familia para que disfruten de este «éxito» contigo. Al parecer, ella los invitó. Oh, lo que yo daría por una madre asfixiante.

—¿Por qué dices eso?

—Me vuelve un poco loca, intenta mimarme como si aún tuviese cinco años. —Rodó los ojos.

—Seguro que no tienes hermanos.

—No, ¿cómo lo has sabido?

—Lo he adivinado.

—Ser hijo único tiene sus ventajas, no me malinterpretes, pero me tuvieron viejos y me mimaron más de la cuenta. La bebé milagro. ¿Y tú, tienes hermanos?

Asentí.

—Tres. ¿Por qué quieres ser médico? —pregunté, cambiando el tema.

—Si te lo digo no me creerías.

—Pruébame.

—Quiero ayudar a las personas.

—¿Por qué no habría de creerte?

—Se dice que es la respuesta cliché que se da en las entrevistas de admisión, pero yo en serio me veo en el futuro ayudando a muchas personas.

Asentí.

—Yo quiero ser cirujano —admití.

—Así se ayuda a mucha gente —agregó.

—Probablemente tengas razón, pero no lo hago por ser noble, sino…

—Por mucho mucho dinero. —Noté la sonrisa en su voz.

—No es por dinero, eso no lo necesito… Quiero ser el mejor en algo, seré el mejor cirujano cardiotorácico de la costa este. —Mi voz sonaba orgullosa.

Sus labios formaron una O cuando entendió.

—Es tarde, mejor vuelvo —dijo—. Un gusto conocerte.

—Espera. —La tomé del brazo antes de que se perdiese dentro—. ¿Cómo te llamas?

Bajó la mirada al suelo y jugó con una piedrecita entre sus pies.

—Cristina. Y, de veras, tengo que volver.

—¿He dicho algo malo?

Nos miramos un momento. De cerca, sus ojos eran color coñac añejo. Se lamió los labios, se mordió el inferior y sentí el antojo de besarla, conocer su boca con la mía, aprendérmela, memorizarla. Sentir la textura de sus labios contra los míos.

—Somos diferentes, Alejandro, no es buena idea que seamos amigos. —Pestañeé y su confesión me pegó justo en el pecho.

—¿Qué tan segura estás de lo que acabas de decir?

—Tan segura que puedo ver el futuro y me aterra.

—¿Por qué? —Sus mejillas se pintaron de un rubor rosa exquisito, cada vez mucho más carmín bajo mi mirada curiosa—. ¿Por qué, Cristina?

—Me veo enamorándome de ti.

Sonreí a su confesión. Su mirada era clara, tímida y sin pizca de maldad, una mirada que no podría ser hipócrita ni insincera, aunque ensayase toda una vida. Se le escapó un suspiro audible y supe que se debatía entre lo mismo que yo. Se puso de puntillas y sus manos se posaron en mis hombros livianas y delicadas. Mis ojos se cerraron a la espera de sus labios, pero no llegaron. Abrí los ojos y la vi negar fervientemente, darme la espalda y salir corriendo pasillo arriba. Corrí tras ella por el pasillo a oscuras, la detuve y le di la vuelta.

—¿Y eso sería tan malo?

—¿El qué?

—Enamorarse.

—Tengo novio, Alejandro, y tú… no eres para mí.

La solté como si de un clavo ardiente se tratase. Era una excusa barata, si me preguntas. Di un paso adentro, mis manos en los bolsillos. La observé alejarse por el pasillo hacia la luz.

CAPÍTULO

Nueve

ALEJANDRO

Cristina me evitó los meses siguientes. El destino es gracioso y siempre encuentra un camino, así que en el segundo semestre terminó en mi grupo de disección en Anatomía. Se vio obligada a darme su número de móvil. Estaba suspendiendo y me necesitaba.

Yo: «Hola».

Ella: «…».

Yo: «¿Vas mañana al laboratorio? Si quieres te ayudo a identificar las estructuras».

Ella: «Hum, sí, está bien».

Yo: «… ¿Te puedo llamar?».

Ella: «… LOL, ¿qué pregunta es esa? No…».

Me la imaginaba recostada con él a su lado, él preguntando quién le escribía y ella mintiendo, diciendo que una amiga.

Ella: «No estoy sola».

Exactamente como creía.

Yo: «Bien, ¿nos vemos mañana?».

Ella: «Bien…».

El laboratorio de anatomía no era el mejor lugar para quitarle la novia a otro un sábado por la mañana, y no estábamos solos. Vino con su amiga, Amy, que no nos había dejado a solas ni un minuto.

—¿Dónde están los huesos? —Aproveché para mandarla al otro lado del laboratorio. Había unos especímenes más cerca, pero necesitaba conversar a solas con Cristina; lanzar mi ataque.

—¿Por qué no nos hablamos fuera de la clase? Andrew sale con Amy, es mi mejor amigo, deberíamos salir juntos los cuatro.

Cristina chasqueó los dientes y río. Sus ojos fueron a todas partes menos a mí: a su libreta, al corazón en su mano... Tragó saliva.

—Mírame —le exigí.

—Te olvidas de que tengo novio.

—Soy paciente, no te preocupes. Esperaré.

Y sí que podía ser paciente. La quería para mí. Esa relación suya no duraría mucho, más ahora que ya se escuchaban los rumores de las actividades extracurriculares del Ruso, y ella se merecía mucho más que eso. Pero no sería yo quien los hiciera romper, tampoco.

—No esperes, esto es… Digo… Fue un error —dijo, devolviendo el órgano a la mesa de metal—. Amy —llamó a su amiga.

—… Si él no estuviese en la foto... —la interrumpí—. Si él no estuviese, ¿saldrías conmigo?

Negó.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

La vi morderse el labio.

—Landon no es tu novio, ¿verdad?

—OMG, estamos hablando de Landon otra vez. —Amy se unió a la conversación—. Por cierto, esos especímenes no están completos.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—¿Juntos? —Amy pestañeó confundida—. No están oficialmente juntos…

—Amy —replicó Cristina, a lo que su amiga suspiró.

—Es un chico guapo, y mono, pero es un capullo. Se tira a todas las chicas de enfermería.

—Entonces ¿lo sabe? —le pregunté a Amy, señalando a Cristina.

—Por supuesto que lo sabe.

—Rompe con él.

—No hay nada que romper —intervino otra vez su amiga—. Landon es su novio imaginario, un *crush* de esos.

—Amy, si sigues hablando, no pienso volver a hablarte en la vida.

Su amiga hizo el gesto de cerrar el pico, me guiñó y se alejó para darnos espacio.

—Ya que ha quedado establecido que estás soltera, ¿saldrías conmigo? —Ella suspiró.

—No es una buena idea, Alejandro.

—Oh, se me olvidaba —gritó Amy desde el otro lado del inmenso salón—: un grupo se va a encontrar esta tarde para, ya sabes, olvidar que la medicina existe. Si quieres, puedes venir.

Cristina se tapó el rostro con las manos, negando.

—Amy… Amy.

—Parece que le caigo bien. —Arqueé las cejas. Cristina solo rodó los ojos—. ¿Quieres que no vaya?

—Es un país libre, puedes hacer lo que quieras.

Decidí tomarme eso como un sí.

CAPÍTULO
Diez

PRESENTE

Cristina

Peter se comportó durante todo el trayecto a mi casa. Vivo en un barrio cerca del hospital; un barrio, como dicen, de moda. Antes era un barrio malo, pero ahora es donde todos quieren comprar: las casas fueron construidas en los años veinte, todas de arquitectura diferente, sin aparcamiento adyacente sino detrás, si tienes suerte. La mía está en una calle sin salida, en la esquina, y no solo tiene aparcamiento sino también patio con pasto adyacente cercado, ideal para que los niños corran libres. El vecindario es buenísimo para caminar y admirar el otoño, y está cerca de las cafeterías, restaurantes y bares. Si se te antoja una cerveza o un café, puedes ir caminando.

La compré unos meses antes de que nacieran los pequeños, aprovechando el bajón que dio el mercado inmobiliario esos años. Necesitó muchos arreglos, como reparar los pisos y quitar alguna que otra pared para distribuir la luz y hacer el lugar más abierto y moderno. Me tomó tiempo arreglarla un poco, y aún falta muchísimo, pero es nuestra.

Mis padres me ayudaron a mudarme (aún estaban juntos y pasaron ese verano a mi lado) y Dios sabe lo mucho que se lo agradezco. La gran pregunta, quién era el padre, se evitó a petición mía, y después de esa incómoda conversación inicial no se habló más del tema.

Le dije a mi madre que estaba embarazada por teléfono un día después de saber que tendría mellizos. ¿Por qué espere? No sé, quizás por la vergüenza, porque ya era seguro que sería madre soltera. Ese hecho estaba más que solidificado, porque la carta donde informaba al padre quedó sin respuesta.

—¿Sabes quién es el padre? —me preguntó mi madre ese día después de una larga pausa.

Le dije que sí. La podía sentir asintiendo al otro lado de la línea, suspirando hondo.

—¿Estás cien por cien segura de que no va a estar involucrado?

—Tan segura como de que ya ha tomado un avión a otro estado.

No le dije que me había pedido un aborto, era mejor no entrar en detalles que hicieran que lo odiaran mas. Es, después de todo, el padre de mis hijos, y si en un futuro ellos lo buscan y él decide estar en sus vidas sería muy incómodo para todos.

—Hijo de la gran puta. —Un detalle: mi madre no maldice nunca—. Eres una mujer moderna, inteligente, médico, no dudo que este desafío...

—Ma —intenté interrumpirla, mi voz una advertencia.

—No, espera, tienes que escucharme. Confío en ti, pero espero que con el tiempo sepas qué

es lo mejor para tus hijos. Quizás por ahora sea suficiente ser solo madre soltera, en el futuro tendrás que pensar en ti. No puedes dejar de ser mujer por ser madre.

—¿A qué te refieres?

—A que tienes que seguir con tu vida, no transferir todo tu amor a tus hijos y quedarte vacía para no poder ser la mujer, la amante, la confidente de alguien. Sabes a lo que me refiero. Si alguien apareciese en tu vida, espero que por ser madre no pierdas la oportunidad de ser feliz.

No supe qué responder a lo que me decía porque en el futuro solo veía a mis hijos; lo menos que imaginaba en mi vida en aquellos días era un hombre.

Otro detalle: no le he dicho a mis padres que nunca informé al padre sobre sus hijos; menos, que me dio un momento para decírselo justo antes de marcharse. Me justifico en las noches que no puedo dormir, me digo que fue lo correcto. Si se lo hubiera dicho, quizás nada hubiese cambiado: él tenía su vida planeada y no cabíamos en sus planes.

Solo sé, y estoy convencida, que si lo hubiese obligado a quedarse, hoy sería el hombre más infeliz de la tierra. No quiero ni pensar en cómo es su vida en D. C.: me lo imagino en un gran apartamento con vistas a la ciudad, un carro último modelo, viajando por el mundo, feliz, quizás hasta casado con una mujer increíble, orgulloso de llevarla a su lado porque no solo es bellísima sino increíblemente ambiciosa, como él. Kent y Barbie, viviendo una vida perfecta en su casa de cristal.

Inspiré y me preparé psicológicamente antes de abrir la puerta. Sabía lo que me encontraría dentro, y a veces lo daría todo por volver a casa y encontrar una casa organizada, sin juguetes esparcidos por doquier, piezas de LEGO asesinas, libros cubriendo la madera y un rompecabezas a medias sobre la mesita de centro.

—A mí se me paga por cuidarlos, no para limpiar —respondió Anita la primera y única vez que me quejé.

Me arrodillé y comencé a recoger las piezas de los LEGO prestando atención a no mezclarlos. El rompecabezas ni lo toqué, no quería otra pelea con Isabela: he aprendido que si está a medias, así se queda. Los libros los acomodé en el pequeño estante de esquina con la tapa visible, y los otros juguetes los devolví al cajón que era para los juguetes y con el tiempo se había convertido en un cajón de sastre. Me sentí un poco mejor.

Miré la casa a mi alrededor: en cada esquina un recuerdo, un momento; daba sensación de amor, mucho amor. Nunca en estos años me sentí vacía, he amado a mis hijos infinitamente; aun así, volver a ver a Alejandro me hizo dudar. ¿Sería suficiente para los tres? ¿Son ellos lo bastante felices? ¿Lo soy yo?

—Ana —llamé, no respondió. Pasé por la cocina, tampoco estaba allí. Supe que la encontraría en la terraza adyacente por la luz encendida. Abrí la puerta y la vi dormida en el balancín, con una taza vacía en las manos, la cabeza casi desnucada y melena plateada y corta en un *pixie* despeinada. Tenía su manta favorita sobre los hombros. La toqué levemente.

—Ana —la llamé. Pestañeó un poco y me miró confundida, pero la luz en sus ojos me reconoció.

—Con que al fin llegas, ¿qué pasó?

—Peter. —Sabía que no tenía que decir más. Ella solo resopló las mil y una veces que me había dicho que tenía que cambiar ese carro, que es un accidente andante.

—Es increíble que lo que te demore sea un carro y no un hombre, y yo aquí esperando.

—Bueno...

Sus ojos se iluminaron; sí, lo que le encanta es el chisme.

—Dime que en esa pausa hay un hombre.

—Quizás.

Volví a la sala y me senté en el pequeño sofá, mis piernas alzadas sobre la mesa de centro. Ella se sentó a mi lado. No podía creer que ese día hubiera acabado.

—El padre de los chicos apareció de la nada.

—Alabado sea Dios… Ya era hora.

—Pero no le dije que tiene dos hijos.

—Muy mal hecho, porque justo esta tarde me llamó la directora de la escuela y me preguntó muy descaradamente cuál era la situación del padre de los niños.

—¿Cuál es el problema ahora?

Lo sabía, no debí ponerlos en esa escuela cuando, al conocerme, la primera pregunta que me hizo fue: «¿Usted, siendo madre soltera, no será ningún problema?». Si no fuese la mejor escuela privada de la ciudad, juro que los sacaba de allí.

—Aparentemente le están haciendo *bullying* a los chicos, les llaman los «sin padre».

Sentí ira, ira por ser tan tonta y no haber rehecho mi vida antes. Llevo muchísimo tiempo viviendo en el pasado, pero cómo no va a ser así si lo veo en los ojos azules de Alexei todos los días, y en las maneras de ser de Iza. He vivido en una burbuja, como Penélope, esperando a que mi amante regresase, que retomásemos nuestras vidas con nuestros hijos. Tonto, lo sé. El hombre no sabe ni dónde vivo, es como esperar que una estrella caiga del cielo o que las constelaciones cambien.

—No mates al mensajero, yo solo te informo. Y algo me dice que Iza aún está despierta, te espera. Yo me voy, que es un poco tarde.

Le agradecí por quedarse y le deseé las buenas noches. Cerré detrás de ella y subí escaleras arriba arrastrando los pies; esta vez no era de cansancio. No podía encarar a mis hijos, les había fallado enormemente. Debí protegerlos mejor. A la mañana siguiente lo primero que haría sería ir a la escuela y encarar a esa vieja de la directora.

Luz tenue escapaba por debajo de la puerta de Isabela, mi niña. Es una niña genio, igual que su padre: ya a los tres a los tres años podía leer oraciones, al cumplir el año ya tenía fascinación con el ABC. Es un orgullo para mí que sea tan inteligente, pero me preocupa, porque no es como los otros niños, no le interesa nada de lo que debería interesarle a su edad: ni las muñecas, ni las barbies, mucho menos los juegos de simular. A ella le gustan los retos, como los rompecabezas, mientras más grandes y complicados mejor. Además, es muy madura para su edad y se ha creado el papel de protectora a mi lado.

Abrí la puerta y, como esperaba, estaba bajo las sábanas leyendo con una linterna que le regaló el abuelo en su último viaje. Hizo el intento de apagar la luz y hacerse la dormida, pero el libro de tapa dura cayó al suelo.

—Iza, ¿otra vez leyendo pasada tu hora de dormir?

No me metí con ella en la cama porque aún estaba sucia del hospital. No importaba que me cambiase de ropa antes de venir a casa, siempre me sentiría sucia hasta que tomase una ducha. Se retiró las sábanas, rodó los ojos, me miró seria, su boca en un puchero, y me soltó sus leyes:

—Prometiste venir temprano, solo estaba esperando. ¿Puedo dormir en tu cama hoy?

Ya habíamos hablado de esto. Ambos tenían su cuarto, trabajaba durísimo para que tuviesen su independencia, pero entre esto y lo del *bullying* los necesitaba mucho más cerca a ambos, así que asentí. Ella salió corriendo a mi habitación —«No tardes», gritó— y estaba segura de que cuando volviese de la ducha tendría a Alexei también en mi cama, como si nos oliera.

CAPÍTULO
Once

Cristina

No soy una persona pueda considerarse «en forma» para nada. Cuenta la cantidad de cafeína que consumo a diario, un efecto secundario de mi trabajo, y súmale los dónuts que acompañan dicho café. Si no soy una pelota de grasa rodante es gracias a que corro algún que otro día por la mañana.

El ejercicio no fue nunca una rutina para mí. Fue Alejandro quien me inició en el deporte, otra de las tantas cosas que me quedan de él. No hay nada mejor que escuchar cómo tu corazón late fuerte a cada paso, controlar la respiración y sentir que el estrés sale de tu cuerpo.

«Los sin padre». ¿Es que no les enseñan biología a esos niños? Increíble. A primera hora de la mañana llamé a la escuela para ver a la directora y me dijo que, si era una urgencia, quizás me podría ver al día siguiente. «Tengo la agenda muy ocupada», me dijo. Allí estaré aunque tenga que acampar frente a su oficina todo el día. Nadie se mete con mis hijos y vive para contarlo.

La endemoniada de la directora no arruinaría mi buen humor. Tenía el resto de la semana libre, y solo era jueves. Corrí pisando fuerte contra el pavimento, y las hojas caídas crujiendo bajo mis pies eran el único sonido a mi alrededor. Me fascina dónde vivo: las colinas infinitas, la vista que cambiaba cada día gracias a las estaciones; los árboles que se visten de diferentes matices de fuego, con sus colores rojizos y amarillos, dándole la bienvenida a un nuevo año.

Continué hasta llegar a mi punto favorito, a mitad de la colina, desde donde se podía ver el lago, rodeado por las más bellas casas, que yo jamás podría comprar.

Allí estaba la casa de amarillo, separada de las otras, la más antigua y con sus tejas grises, reflejando lo mismo que sentía yo en mi interior.

Unos metros más adelante le vi y quise no haber ido al parque ese día, quedarme en casa. Dicen que hoy en día hay excelentes programas de televisión en internet, tonta.

Alejandro corría unos metros más adelante. Si me apuraba, le alcanzaría, pero ¿valía la pena?

El parque es un círculo de ocho kilómetros. Si me volvía, tendría que correr unos siete para llegar a mi auto. Tomé la decisión y le adelanté. Alejandro, por supuesto, no se amilanó.

Al descubrirse vencido, apuró el paso y me adelantó. Llegó un momento en que ambos terminamos rindiéndonos y ninguno intentó sobrepasar al otro.

Correr juntos se sentía natural, solo que esta vez no volveríamos al apartamento empapados en sudor y tras una ducha, un café e incontables orgasmos no habría más que pedir. Yo era feliz, o eso pensaba. Él, en cambio, no lo era. No sé si algún día lo fue, o si lo fingió todo. El pensamiento me molestó, porque mi vida comenzaba a sentirse normal, y él había decidido volver y nublarme el pensamiento.

Aunque me faltase el aire, aunque sintiese que me moría, no podía darle la satisfacción de

arruinarme la mañana. El parque era mi lugar de sosiego sin él, cómo se atrevía a mancharlo con otro recuerdo suyo.

—Co-o-orres bien —comentó. Ya nos habíamos detenido y solo caminábamos—. Lo... —Hizo una pausa y miró a su alrededor evitando mi mirada—. Y l-o haces...

—¿Todos los días? —terminé por él. Tomé de mi porrón de agua, él asintió—. No, de vez en cuando.

Inspiró elevando la caja torácica. Se le movió la camiseta, dejando ver la definida V de su cadera. Retiré la vista lo más rápido posible, no sin ver sus labios curvarse de forma traviesa. Sí, él sabía lo mucho que su cuerpo me afectaba.

Con una sonrisa pícara en sus labios, tomó el porrón de agua de mis manos y bebió de él.

—Hey, ¿quién te dio permiso? —le reclamé.

No. No me encontraba en tierra firme... Tenía que terminar ese encuentro, salir corriendo, esfumarme, qué sé yo, pero me quedé clavada a su lado.

—¿Y tú lo haces todos los días? —pregunté. Me alegraba que nuestra conversación se sintiese incómoda, casi forzada, así me protegería de él.

—¿Hago qué todos los días? —Guiñó.

No lo que tu mente sucia piensa.

—Correr —le aclaré.

—Oh, no... Para nada... —Por su mirada supe que quería agregar más, pero no sabía si era lo correcto—. Casi fallezco en esos últimos kilómetros.

—Pensé que te marchabas ayer por la noche, ¿cuándo te vas? —pregunté, quitándole el porrón del agua.

—¿Quieres que me marche? —Se acercó mucho más, su cadera casi tocando la mía, y yo di un paso al lado y me alejé.

—¿Te digo la verdad? —Asintió y respondí logrando por primera vez que no me temblase la voz—. No me importa.

Silencio.

Si mi respuesta le dolió, no lo hizo notar. Continuamos caminando. Podía ver a lo lejos mi libertad, mi coche.

Sentí su mano rozar la mía y no me aguanté más.

—¿A qué juegas? ¿Qué haces aquí?

—Corriendo —respondió en broma. Se encogió de hombros—. Y a jugar... aprendí de la mejor. —Sus ojos atraparon los míos; su mirada, tan ardiente, hizo que desviase la mía.

—Me voy. Ha sido un gusto verte, Alejandro. Si no nos volvemos a ver, que tengas muy buen viaje.

Troté hasta mi auto con esa voz en mi cabeza que me gritaba que le dijese, que me diese la vuelta y casualmente le dijese: «Por cierto, te mentí. ¿Recuerdas años atrás? Sí estaba encinta y resultaron ser mellizos, pero no te preocupes, solo te informo». Me imaginaba su rostro de puro espanto y pánico, y lo que más temía, su odio. Alejandro es de una familia prominente, y dinero tienen hasta para limpiarse el culo. Moriría si decidían vengarse de mí y me quitaban a mis hijos. Lo admito, tengo miedo, mucho miedo, de cómo la verdad pueda cambiar nuestras vidas.

Él se me atravesó y me devolvió al presente, a su brazo fuerte impidiéndome el paso. Me giré hacia él despacio, tan despacio que parecía a cámara lenta. Lo miré a los ojos. En ellos notaba un anhelo, una soledad y una tristeza que no se la desearía ni a mi peor enemigo, pues la conocía bien, tan bien que había aprendido a vivir con ella.

—Si no vas a responder, mejor déjame ir. —Él suspiró, ¿o fui yo?, ¿o fuimos ambos?—.

¿Qué haces aquí? —repetí.

—No sabía que Carolina del Sur te perteneciese. —Intentó sonreír, pero la sonrisa no iluminó sus ojos—. ¿Y dices que no te importa? Estás demostrando lo opuesto.

Me pertenece desde que me dejaste tirada. Es código de exes, idiota.

—A ver, Alejandro, hablemos clarito. ¿Qué quieres?

No entendía qué hacía aquí, no tenía familia ni nadie en el estado.

Él dio dos pasos hacia adelante y yo di tres atrás, hasta que mi espalda chocó con mi coche. Si me besaba, todo mi autocontrol se iría a la mierda. La agonía de los años no sería recuerdo suficiente para no devolverle el beso; más bien serían el motor impulsor para perderme en ellos.

—Es simple: te he echado de menos, muchísimo. —Sus palabras me golpearon justo en el pecho. Se me aceleró el corazón, se me aceleró la respiración. No tenía a dónde escapar entre mi auto y él. Su mano tomó mi barbilla, elevando mi rostro para que le mirase. Sentí la garganta seca, intenté pasar el bulto en ella. No pude.

—No soy el único ¿verdad? —preguntó—. Todavía sientes lo mismo que yo.

No le contesté. Mis ojos se iban en los suyos, en la sinceridad que vi en ellos, en esa laguna gris que amenazaba con brotar. Mi mano moría por acariciar su rostro, esa barba con alguna que otra cana que adornaba su mejilla. Se le veía muy diferente, mucho más hombre, mucho más apetecible.

—No dejes que tu orgullo nos arruine.

Fruncí los labios. Cómo quería que fuese verdad, pero no podía creerle, creer en él sería mi ruina.

—Sí, seguro. ¿Qué quieres, Alejandro? Y comienza por decirme la verdad.

Su mirada cayó a sus pies, y juro que pensé me hablaría de Iza y Alexei, de nuestros pequeños. Me diría que quería estar en sus vidas y mi mundo cambiaría. Sus próximas palabras indicaron que en realidad desconocía por completo de los hijos que teníamos. ¿Es que no recibió mi carta?

—¿No está claro? He vuelto por ti, Cristina, te necesito en mi vida. ¿Cenarías conmigo?

Me quedé muda, ¿cómo responder a eso?

—No, eso no es una buena idea.

—¿Por qué no?

—No funcionamos una vez, y fue por algo.

Eres como un par de zapatos que ves tan bonito en tu vestidor y te preguntas por qué no te los pones ya, y un día lo intentas y las llagas solo sirven para recordarte por qué no los usabas en primer lugar.

—Yo recuerdo que éramos un reloj de cuerda bien engrasado. ¿Vamos a por un café? Es tradición.

—En serio que no puedo.

—¿Te esperan en casa?

—Algo así.

—¿Novio?

Negué.

—¿Prometido?

Otra vez, no.

Suspiró, negando. Se tomó su tiempo, dio media vuelta en el sitio, volvió a mirarme, ambas manos sobre las caderas.

—¿Esposo?

Y juro que quise poder asentir, pero no se me da bien mentir y negué otra vez.

—Entonces ¿cuál es el problema? Es solo un café, Cristina, pongámonos al día.

Sus ojos de hielo, su mirada, me recordaron a mis hijos y la gran necesidad que tenían de su padre. Así, mi muralla cayó. No le mentía, ese día no podía: había reservado en un *spa* con las chicas.

—Estoy superocupadísima hoy, ¿cuándo te marchas? Quizás podamos hablar antes de irte…

Además, necesito tiempo para ensayar ese discurso de «por cierto, eres padre». Él necesitaba saberlo, escuchar de mi boca que tenía dos hijos. Lo que hiciese con esa información ya no sería problema mío.

—Cristina, ¿no lo entiendes? No voy a marcharme.

No me lo podía creer. Aunque una parte de mí se alegraba: la loca, obsesionada y adicta a él. La otra (la cuerda y sensata) sabía el dolor que se avecinaba y lo oscura que había sido la vida sin él. Él era como una droga o una adicción de la cual me encontraba en remisión y saberle lejos era lo único que me mantenía siguiendo hacia adelante. Tenerlo cerca era una tentación que lo cambiaba todo.

Amy tenía razón, necesitaba echar un polvo, así quizás no sintiese esa atracción hacia él.

El fuego en sus ojos y su media sonrisa me decían que me tenía exactamente donde me quería, seis años después y aún boba por él.

«No durará, Cristina». La voz en mi cabeza gritó alto y claro. «Sálvate».

La gran cuestión era cómo reaccionaría después de saber la verdad, y la parte cuerda de mí sabía cómo le caería la noticia: saldría corriendo como un gatito asustado. Alejandro no es un padre de familia; tarde o temprano volvería a marcharse.

—Alejandro, tú odias Carolina del Sur —comenté sin aliento. Sí que ponía a prueba mis límites.

Se llevó ambas manos a las caderas.

—Odiaba la escuela de medicina —fue su simple respuesta—. ¿Qué haces mañana?

—Mañana tampoco puedo.

—¿En serio, Cristi? ¿No tienes ni un pequeño hueco para una taza de café y una conversación? ¿Qué tal el sábado?

Sonreí apretando los dientes.

—Tengo una cita. —Sonrió a mi declaración. ¿Qué le hacía tanta gracia?

—¿Qué? Soy sincera. ¿Qué pretendes, que ahora que has vuelto lo deje todo por ti? —Aun así, no decía nada, solo continuaba riendo como un tonto—. ¿De qué coño te ríes? —pregunté frustrada.

—Estoy contento.

—¿Contento por que tenga una cita?

Asintió.

—Estás literalmente loco, eso es lo que te pasa. Te caíste y te volviste loco, o te dio amnesia o algo. No estamos juntos.

—Recuerdo que la que decidió terminarlo todo fuiste tú, y me alegra porque estás soltera.

Moví la cabeza a los lados, frustrada.

—¿Por qué ahora? —No me pude aguantar. ¿Por qué esa obsesión conmigo? Habían pasado ya muchos años.

—Joder, nos echo de menos. A nosotros, a cómo éramos, a lo que sentía cuando estaba contigo. Te quiero en mi vida.

—Han pasado seis años —le recordé.

—¿Recuerdas este reloj?

Elevó la muñeca y me enseñó un reloj de pulsera que ni había notado que aún tuviera puesto. Cerré los ojos, claro que lo recordaba: un reloj dorado de pila con pulsera de cuero marrón. Se lo regalé para su cumpleaños unos meses antes de separarnos.

—¿Qué hay con él?

—Se detuvo.

—¿Y?

Le miré confundida, pues no me respondía. Más bien, se alejaba a un coche a unos metros. Por supuesto, era un Bentley deportivo negro, último modelo. Con uno de esos podía pagarles el tratamiento de ortodoncia a mis hijos, y hasta la universidad quizás. Él y su obsesión por los juguetes caros.

Abrió la cajuela y sacó otra camisa. Se retiró la que llevaba mojada por el sudor, y algún tipo de ejercicio debía de haber estado haciendo todos estos años, porque su cuerpo se veía increíble. Ya no era el chico joven, delante de mí tenía a un hombre, un tronco de hombre, de espalda ancha y pectorales definidos. Me di la vuelta, pero fue demasiado tarde: un solo instante sirvió para memorizar esta nueva versión suya.

Sentí el calor de su pecho desnudo a mi espalda, su respiración. Nos encontrábamos completamente solos.

—Cristi, date la vuelta.

Su mano en mi hombro me volteó como si yo fuese su títere. Mantuve los ojos en el piso, su mano tomó mi barbilla y me obligó a ahogarme en sus ojos azules.

—No sabes lo que daría por tener el derecho de besarte.

«Hazlo», le decían mis ojos, que lo retaban observándolo descaradamente.

Se veía muy apetecible con las gotas de sudor corriendo por las grietas de sus increíbles músculos. Les tuve envidia: bajaban libres por su abdomen, donde mi lengua y mis manos se morían por estar, y terminaban en la V de su cadera, con los pantalones de correr colgando bajos.

Mis piernas eran mantequilla derretida. Me dije que era normal sentirse así, hacía tanto que no estaba con alguien del sexo opuesto que claro, claro, era normal que se me hiciese la boca agua. Joder, si parecía mármol tallado, ni esculpido por Miguel Ángel.

—¿Qué intentas probar, Alejandro?

—Que aún te afecto, que no estoy solo, que no estoy loco, que lo que veo en tus ojos sí es fuego, sí es deseo, y que existe quizás la más mínima oportunidad de que aún podamos ser algo, retomar donde nos quedamos.

Levantó los brazos y se puso una sudadera gris con las grandes letras en blanco de Hopkins en el pecho.

—Cree lo que quieras creer, yo me voy. —Caminé a mi auto, pero me detuvo. Me rodeó el hombro con el brazo, su olor invadiendo mi nariz. Cerré los ojos en un acto reflejo y suspiré. Sus manos viajaron deslizándose hasta sostener mi cadera para pegarme más a él.

—Retomar algo contigo —dije— es una muy pero que muy mala idea. —Aun así, inhalé descaradamente su olor, y mis manos se morían por adentrarse en su jersey, subir por su espalda y hundirme en su pecho—. Y lo que ves en mis ojos es solo cansancio. ¿Puedo irme ya?

—¿Qué hay de esa cita? —Caminó de espaldas, sin liberarme, hasta que chocó con su coche. Retiré sus manos de mis caderas, me situé a su lado e imité su posición, mi trasero contra el auto, nuestros cuerpos casi tocándose, ambos mirando al frente, los brazos cruzados. ¿Por qué siempre me relajaba a su alrededor?

—No es de tu incumbencia.

—Lo sé. ¿Aún anda? —Señaló con la barbilla a mi coche, me relajé.

—¿No lo ves? Claro que sí. ¿Por qué si no iba a tenerlo? Lo que no está roto, ¿para qué reemplazarlo?

No mencioné las mil veces que Peter me había dejado tirada en las últimas semanas.

—Nosotros no estábamos rotos. ¿Es esa una nueva filosofía de vida?

—No vayas por ahí, ni uses a Peter como entrada. —El sonido de las puertas de mi auto desbloqueándose fue la señal que daba por terminada la conversación.

—Te guste o no, tenemos que hablar.

Mi corazón dio un brinco. Si sabía sobre nuestros hijos, ¿por qué no ir al grano? Caminé a mi coche y él caminó a mi lado. Abrí las puertas, pero su pregunta me detuvo antes de entrar.

—¿Vas a ir a ver al chico de las flores?

—¿Qué flores?

—Coño, si ni se acuerda. —Resopló—. Las rosas que llevabas en brazos cuando te vi en el hospital ayer.

—Oh, esas.

Mierda, las había olvidado por completo en el fregadero de cemento que tenía en el patio.

—Alguien tiene que decirle al tipo ese que tus flores favoritas no son las rosas, sino las margaritas blancas, solo porque sí. Y, para enamorarte, los claveles rojos.

—Ale, por favor, ¿me puedo ir?

—No creo que debas ir a esa cita.

—¿Por qué? —pregunté indignada.

—Pierdes el tiempo, está más que claro que lo nuestro aún late.

—¿Tú y yo? Deja que me ría.

No vi venir su beso. Ambas manos tomaron mi rostro, sus labios cayendo en los míos con la misma familiaridad, volviendo mis piernas mantequilla una vez más. Le devolví el beso como por instinto; su lengua en mi boca jugaba con la mía, demostrándome que él era mi dueño, que aún nos prendíamos, que éramos una llama ni apagada ni ausente, que éramos cómo cometas que reaparecen. Yo sabía que me arrepentiría en cuanto subiésemos a la superficie, pero con sus labios en los míos no había pensamiento que me salvase.

—No vuelvas a hacer eso —le amenacé con la respiración entrecortada. Sonrió, rodeó mi cintura con un brazo y me atrajo a él, y sí que se sentía bien hundir la mejilla en su pecho, su cabeza apoyada en la mía.

—Shh, solo disfrútalo. No te hagas preguntas, solo disfrútalo.

—Alejandro, no. —Salí de su abrazo y al fin entré a mi auto.

—Tarde o temprano, Cristina. Tarde o temprano.

Agradecí que Peter arrancase de inmediato y me marché.

CAPÍTULO
Doce

Cristina

—Déjame ver si lo entiendo: tu exnovio, con el cual tienes dos hijos, ha vuelto, y él no sabe nada de ellos.

Emma, mi amiga y vecina, abrió los ojos como platos. Nos encontrábamos las tres (ella, Amy y yo) en una de las saunas después de disfrutar de un increíble masaje de cuerpo completo.

Y me quiere de vuelta. Mis labios aún vibran a causa de ese beso, pero eso último no lo dije; solo asentí. Acababa de darles a Amy y Emma una versión resumida de lo complicada que es mi vida, excluyendo el beso posesivo con Alejandro. Sí que les hablé de la breve visita con la directora por la mañana. La muy hija de puta me hizo esperarla una hora para luego decirme que no había nada que ella pudiera hacer, que la crianza de los niños comienza en casa. Se refería a los míos, a que el que no tuvieran padre no era culpa suya. Tendría que reunirme con los padres de los otros chicos, hablar con ellos o incluso retirar a mis hijos de esa escuela. Bien cara que me salía. No importaba que fuese increíble en términos académicos si acababa con ellos emocionalmente.

Le di un sorbo a la copa de agua fría con limón. Oh, sí que la necesitaba, las saunas suelen deshidratarme muy rápido.

—Y yo pensaba que mis relaciones eran complicadas.

—Esa directora es diabólica —comentó Amy.

—Estoy pensando en retirarlos de ahí.

—¿Y lo viste en el parque y no le dijiste absolutamente nada, y más con lo que pasa en la escuela de los niños?

Emma le lanzó una mirada con los ojos abiertos a Amy.

—No me mires así —se defendió Amy—, alguien tiene que decirle la verdad.

—Está bien —intervine, porque no me decía nada nuevo, yo sabía que la culpable de todo este enredo era a la que veía todas las mañanas en el espejo: yo.

—Lo siento, quizás no debí decirlo tan brusco, es mejor que se entere por ti —comenzó a disculparse Amy—. Ni sabía que él y Andrew se iban a involucrar tan rápido; el maldito fue corriendo cuando le conté que había vuelto. Que Alexei e Iza salgan a la luz de los labios de Andrew es cuestión de tiempo. —Hizo un gesto con los dedos y se cerró un poco más la toalla sobre los senos.

—Hombres —dijimos las tres a la vez.

—Pero, en serio —comentó Emma—, ¿no creen que los hombres son raros? Ellos se pueden matar a golpes y después son amigos como si nada; las mujeres nos miramos raro y ya somos enemigas a muerte.

—Es supervivencia, algo medieval, como escribió Darwin. —Emma bostezó a las palabras de Amy, a lo que esta se defendió dándole en la rodilla—. Escúchame, que es cierto. Es porque las mujeres estamos en eterna competencia unas con otras, los hombres no.

—¿Por qué los hombres no? —pregunté yo.

—Ellos también compiten por ver quién la tiene más grande y todo eso —agregó Emma.

—Un documental de la BBC dice que…

—Ahí vamos con otro documental —dijimos Emma y yo a la vez.

—Escúchenme… Que ustedes son profesionales, pero, como quien dice, iletradas.

—Y para colmo nos insulta. —Emma fingió estar molesta y yo sonreí.

—A ver, dime: ¿cuándo fue la última vez que viste un documental?

—El de Ana Sorokin —se defendió Emma.

—Yo lo menos que tengo es tiempo de sentarme a ver televisión.

—Ven… Así que escuchen —continuó Amy—: las mujeres solían necesitar de los hombres antes para sobrevivir y competían por el mejor partido…

—Pero ahora les hacemos la competencia —interrumpió Emma.

Amy la ignoró.

—Somos más pasionales, por eso nos es más difícil perdonar que a los hombres…

—Quizás —admitió Emma— solo necesitan que Nathaniel se les una, y así sí forman un maldito club.

A la mención de Nathaniel, el ex de Emma, se hizo el silencio. Ni Amy ni yo nos atrevíamos a hacer preguntas.

Las gotas de sudor corrían por mi rostro y mi cuello, caían por entre mis pechos. Me acosté del todo en el banco de madera, cerré los ojos y medité, pensando que quizás las mujeres ya no competimos con los hombres, pero sí con nosotras mismas, y si es porque los hombres buenos son tan pocos que a cualquier extraña la vemos como a una enemiga. A punto estaba de comentarlo cuando la voz de Emma interrumpió el silencio.

—¿Estás segura de que no sabe nada de sus hijos? Quizás solo disimula.

—No. Lo conozco. Alejandro no sería capaz —dije.

—¿Cómo puedes estar segura de que tu carta le llegó?

Me encogí de hombros, y el elefante en la habitación me observaba con el ceño fruncido. La verdad me miraba a la cara. Quizás al principio no quería que lo supiese, ya que una noticia así hubiese irrumpido en su vida como un meteorito. Quizás la carta se perdió por mi mal pensamiento, pero no se trata de mí, ya no; mis hijos merecen un padre, y es egoísta no decírselo

—¿Y si no quiero que se entere? —me atreví a decir—. Quizás se va y mi vida vuelve a la normalidad.

—¿Y tus hijos? —Amy me miraba como si yo estuviese loca.

—Disculpa que te pregunte —Emma dio tiempo a verme asentir —: ¿qué les has dicho a tus hijos sobre su padre?

Oh, odiaba esta pregunta.

—Nada, no hablamos sobre él. En la única conversación que tuvimos, les dije que su papá estaba muy muy lejos.

—¿Les has enseñado fotos?

—No, no me he atrevido —admití.

—Mira, te voy a hablar como abogada y no como amiga: tienes que hablar con él, al menos hacer un intento serio de decirle. Si Ale se entera por otros medios, enfrente de un juez eso no se verá nada bien.

Amy se preocupaba más por los pequeños. Ignoró el comentario de Emma.

—Alexei quiere comenzar a jugar deportes, ¿cómo lo harás?

La miré como diciendo «¿en serio?».

—Si mal no recuerdo, Andrew acordó llevar a Alexei a sus juegos.

Andrew adora a mis hijos como si fuesen sus sobrinos de sangre, y aún no sé si se tragó el cuento de que Alexei e Iza fueron producto de una noche después de la salida de Alejandro de mi vida.

—No es su hijo, Cristi. Los adora, no me tomes a mal, pero cualquier otro hombre que traigas a sus vidas no será un reemplazo de su padre biológico. Además, ¿no has pensado en cómo se sentirá Ale cuando se entere de que tiene dos criaturas y que no las ha visto crecer?

—¡No los quería!

¿Por qué todos insisten en crucificarme de repente?

—No estás acostumbrada a compartir el amor de tus niños con nadie. Si te soy sincera, eso es puro egoísmo —terminó Amy.

—Oh, ¿vas en serio?

Mi sangre hervía.

—Hey, hey, hey… Chicas, hey… No discutan, ¿sí…? —interrumpió Emma—. El punto es que están en una edad en la que necesitan una figura paterna, y tú necesitas rehacer tu vida. ¿No tienes una cita?

—Sí la tiene —interrumpió Amy por mí—. Por cierto, te tengo un regalo: ahorita vienen a buscarte, te reservé una depilación brasileña.

—Amy, no voy a acostarme con él en la primera cita.

—Ese es tu problema: buscas al ideal cuando lo que necesitas es follar para romper el hielo.

—Mira quién habla —dijo Emma—. No eres la más indicada para hablar del tema.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero —comenzó Emma, y vi una pelea venir— a que estás casada desde hace cuánto, ¿diez años? ¿Hace cuánto no tienes citas tú?

—Ocho —rectificó Amy—. Y sí tengo citas.

—Con el mismo hombre, eso no cuenta. Es un mundo difícil. Pensar que en seis años, fueron seis años, ¿verdad? —me preguntó, y asentí—, no apareciese nadie en tu vida... Cristi, el destino es un cabrón a veces.

—¿A qué te refieres con cabrón? —preguntó Amy, tomando un sorbo de su agua de limón.

—A que al parecer estaban destinados, almas gemelas y eso.

—No te rías —le decía Emma a Amy mientras pasaban mil cosas en mi cabeza—. El destino siempre busca una manera, y ustedes dos... Esa historia no ha llegado a su fin.

Almas gemelas, Alejandro y yo. Quizás, ese beso me hizo pensar. Muchos recuerdos en un simple beso; lo que con otros ha sido solo algo que *hay* hacer o que se espera al final de una cita, con él fue natural, espontáneo: irme en él, en su boca, en sus manos apretándome contra él como si no me quisiese dejar ir nunca. Quizás sí éramos almas gemelas, porque he salido con otros y nunca he llegado a pasar de una segunda cita. Siempre me dije que era por mis hijos, que ninguno me inspiraba entregarme, y es que quizás sea patético, pero siempre esperé, esperé que él volviese.

Sacudí la cabeza intentando espantar esos pensamientos.

—¿Qué hay de ti y el paralegal ese? —pregunté a Emma para cambiar la conversación.

—Oh, eso solo fue un lapsus. Divertido, pero un lapsus. Es mucho menor que yo.

—Ojalá pudiese yo tener uno de esos lapsus —interrumpió Amy.

—Oye, tu marido es un santo, ¿de qué hablas? —Emma le pegó en la pierna a Amy, que soltó un suspiro alto y agudo, como si dejara ir un secreto que llevaba escondiendo un tiempo.

—Vamos, no soy de piedra. A veces me imagino dejando a mi marido, comenzando con otro, teniendo sexo apasionado...

—La última vez que los vi estaban tan enamorados como la primera vez, ¿qué pasó? —pregunté yo.

—Andrew quiere volver a intentar la inseminación *in vitro*, y, sinceramente, yo no tengo ganas de que se me rompa el corazón otra vez con un palito de esos y sus doble rayas que no aparecen.

Le acaricié la espalda porque sabía de dónde venía su sentimiento: Amy quedó embarazada en la escuela de medicina, y quizás la tensión o el estrés o qué sé yo hicieron que perdiera el bebé. Años después lo intentaron, pero le ha sido difícil volver a quedarse encinta.

—No te culpes —sugirió Emma con ternura en su voz—, hacer un hijo es cosa de los dos, y necesitan tiempo…

—Quizás no debimos casarnos, éramos muy jóvenes.

—No digas eso, ustedes se aman y saldrán de esto —dije.

Ella solo asintió.

—Dejé que Nathaniel me follase sobre el escritorio hace dos semanas. —Emma soltó la bomba escondiendo el rostro en sus manos—. Y lo peor —pausa— es que fue el mejor polvo que he echado, ni cuando estábamos casados.

—¡No! —exclamamos Amy y yo al unísono.

—No sé cómo fue. Era tarde, y se veía muy bien con su camisa remangada, o quizás fue porque no había echado un polvo en meses. Solo sé que en un momento estaba ahí hablando de Lucas en mi oficina, y al siguiente tenía la mano entre mis muslos, mis bragas a un lado, y el resto es historia. Se nos olvidó el preservativo y tuve que comprar Plan B.

—¿No me digas que estás embarazada?

Silencio.

—Emma.

—No, no lo estoy; me bajó, gracias al santísimo, pero ¿se pueden imaginar? Debí saberlo, debí intuir que algo buscaba. «Lucas necesita un hermano…», me ha dicho en varias ocasiones.

—¿Volverías con él? —pregunté.

Suspiró hondo.

—No fue solo una vez, ¿verdad? —intuyo Amy.

A lo que ella negó levemente.

—¿Desde cuándo?

—No sé, ya perdí la cuenta.

—¿Por qué lo dejaste?

Ella suspiró. Se llevó las rodillas al pecho y se abrazó a sí misma.

—El fuego se apagó. El sexo puede llegar muy lejos, pero solo hasta un punto. Según mi psiquiatra, mi espíritu libre y sus traumas le hacían imposible abrirse conmigo. Yo digo que es solo un hijo de puta con un cuerpo increíble y unos dedos que... —Puso los ojos hacia atrás—. Vamos, que era un matrimonio construido en un *opps*. Adoro a mi niño, pero odio al padre.

—No tanto, al parecer —dijo Amy—. Mierda, si hubiese sabido no lo habría invitado a la cena de acción de gracias.

—Mierda, Amy, ¿en serio?

—Lo siento. Andrew y yo nos lo encontramos en el centro comercial el otro día y una cosa

llevó a la otra. Andrew terminó invitándolo, pero hace ya casi un mes, seguro que ni se acuerda y no viene —concluyó con un gesto de las manos, intentando disipar la situación.

—¿En el centro comercial? ¿En qué tienda?

—Ni me acuerdo, una de muebles.

—¿Amy?

—Está bien, una de lencería: Victoria's Secret.

Emma gruñó.

—Hace un mes, y a mí no me ha regalado nada. Lo juro, si no fuera por Lucas, juro que lo bloqueaba en mi móvil.

—Quizás está esperando a tu cumpleaños —sugerí yo.

—Mi cumpleaños no es hasta julio, Cristi. Bueno. Sea lo que sea, Emma —se señaló a sí misma—: no le vuelvas a abrir las piernas al hijo de perra ese.

Las dos asentimos a nuestra amiga sabiendo muy bien dónde terminaría esta historia. Nathaniel y Emma tenían una relación tóxica: cortan y vuelven, vuelven y cortan. Se casaron después de que ella descubriese que estaba embarazada de Lucas.

Después de un largo silencio suspiré y me resigné:

—Emma, ¿conoces a algún abogado de familia que pueda consultar?

Emma es abogada de profesión, aunque su especialidad son los inmuebles.

—Mi ex. Lo odio, pero es el mejor abogado de familia que conozco. ¿Quieres una consulta?

—Sí, necesito saber mis opciones. Alejandro sabrá pronto que tiene dos hijos, y no quiero que me tome desprevenida.

Amy me tomó de la mano y la apretó, dándome aliento. Emma solo asintió. Nos interrumpió una chica con el característico uniforme del *spa*, que me buscaba para mi cita de depilación.

—Oh, Amy, no puedo creer que vaya a hacer esto.

—Me lo agradeces luego. Anda, ve… —Rio mi amiga, elevando la copa de agua en forma de saludo.

Emma solo rio y me dio una nalgada.

«Mierda, esto me va a doler», pensé.

CAPÍTULO
Trece

Cristina

No sé cómo logré conducir a casa ese día después de la depilación brasileña; nunca más escucharía a Amy y sus locuras. Sentí como si me arrancasen la piel de los huesos; quizás exagero, pero así lo sentí. Tendría que olvidarme de ponerme ropa interior los próximos días.

—Mamá, mamá. —El hombre araña. Saltó de la mesa a la silla, otra vez a la mesa, de la mesa a la península, y de ahí a mis brazos. Me tambaleé, pero lo sujeté, piernas flamencas rodearon mi cintura, unos brazos largos mi cuello, y me dio un beso pegajoso en la mejilla.

—Alex, cariño, ¿qué te he dicho de saltar sobre los muebles? ¿Dónde está Anita? ¿Y tu hermana?

Su respuesta fue levantar el brazo, señalar al pasillo y abrir la mano como si fuese Spider-Man y su telaraña nos impulsara hacia adelante. Corrí con él como si así fuese.

—Pero, mami, soy el hombre araña.

Asentí sonriendo y le di un cariñoso mordisco en el cuello.

—Te voy a comer...

Las risas altas y agudas de mi hijo me llenaron de una alegría infinita. Mi niño está obsesionado con las películas de superhéroes; sus preferidos son Hulk, Iron Man y el hombre araña, en ese orden. Es por esta misma razón que he tenido que colocar casi todos los muebles de la casa a poca distancia unos de otros, como una serie de puentes. El primer día que saltó de la península de mármol a la silla del comedor casi se me salió el corazón. La casa parece una zona de batalla, por todos lados hay algo que le pertenece a mis hijos: sobre el mármol blanco, en la península, sobre la mesa del café, hasta en el pasillo que da al cuarto de baño en el primer piso.

—Mami, ¿estás triste? —La voz de mi hijo me trajo de vuelta, y al mirarlo vi el retrato de su padre: esos mismos ojos plateados, esa barbilla definida, el pelo negro azabache. Me dio otro beso pegajoso en la mejilla—. Te amo, mami.

—Yo también te amo, mi amor, busquemos a tu hermana.

Así lo hicimos. Dejé mi cartera en el piso —si mi madre me viera le daría un infarto; según ella, da mala suerte— y sin soltarlo, más bien abrazándolo mucho más, nos guié por la casa en busca de mi hija y la niñera.

Un ladrido hizo que me detuviese, ¿qué fue eso? Le siguió una algarabía. Otra vez otro ladrido, proveniente del pequeño baño en la planta baja. Alexei me miró con una sonrisa cómplice, se bajó de mis brazos y corrió.

—Fue idea de mi hermana.

—¿Iza? —Las baldosas húmedas en el baño, las burbujas de jabón esparcidas... Estaba resbaladizo y peligroso. Mi hija estaba de rodillas, su cuerpecito inclinado sobre un animal en la

bañera.

—No te muevas, perrito. —Lo intentaba agarrar, pero a este no le gustaba el agua. La manguera se resbaló y el chorro vino directo a mí, empapándome.

—Isabela —mi voz tomó un tono de advertencia—, ¿qué es esto?

—Un perrito…

Lo dijo tan calmada, como si encontrar un perro en mi casa fuera lo más natural del mundo. Detrás de mí, la voz de Anita:

—Alexei, no entres al baño que resb… —No terminó la palabra cuando mi hijo se deslizó de rodillas en el pequeño espacio, sonriente, y se unió a su hermana. Tomó la esponja de dentro de la bañera y la ayudó a lavar al animal.

¿Qué estaba pasando? Una y mil veces les he dicho a mis hijos que un perro es algo no negociable, y punto. ¿De dónde sacaron a esta criatura?

El animal me miró, y yo lo miré. Nuestras miradas se encontraron, sus ojazos marrones me suplicaban, me rogaban; se veía inofensivo y pequeño, una mezcla de labrador con sabrá Dios qué.

Los perros me ponen los pelos de punta, les tengo un pavor increíble. De niña fui testigo de un ataque de perro que me traumatizó de por vida: un dóberman que paseaba con su dueño por un pequeño parque cerca de casa, donde siempre iba con mi madre, atacó a una niña justo delante de mis ojos; aún lo recuerdo, escupiendo rabia por la boca. No llegó a pasar nada, solo se le tiró encima, lograron detenerlo antes de que la tocara, pero esa imagen de perro furioso nunca se va de mi mente. Mi peor miedo es que algo le pase a mis hijos.

—No encontré otra cosa. —Anita, evitando mi mirada, entró al fin al pequeño cuarto de baño con una de las toallas de playa que usábamos muy poco.

—¿De dónde sacaron ese perro, Ana? —Escuché toser a mi hija. Mi hijo se puso delante del perro como si se lo fuese a quitar, y Anita continuó evitándome sin responder.

—Que hable alguien: ¿qué hace un perro en mi casa? —Mi voz sonó mucho más alta de lo requerido por el pequeño espacio.

Mi hija por primera vez se dio la vuelta.

—Mateo, quédate… —le ordenó al perro, y este se acomodó en la bañadera con las patas debajo de la panza, bajó la cabeza e hizo exactamente lo que ella le ordenaba.

—Iza, quedamos en que le íbamos a llamar Hulk.

Ignorando a su hermano, mi hija se dirigió a mí. Se levantó del piso secándose las manos en una de las toallas, e hice nota mental de que tenía que lavarla.

—Lo encontramos en la calle. Si Anita no se detiene, lo atropella. Estaba muy sucio, tenía frío, tenía mucha hambre, ¿qué íbamos a hacer con él?

Suspiré, porque no soy inhumana, y mi hija había dado un buen argumento. Yo tendré mis razones para tenerle pavor a la especie, pero nunca dejaría a un animal indefenso morir, así que intenté calmarme. Seguro que el perro tenía dueño.

—¿Tiene microchip, Ana? —Ella al fin me miró a los ojos.

—Estaba muy sucio, yo no lo toqué…

—¿Qué es un microchip? —preguntó Alexei.

—A los perros, cuando tienen dueño, se les pone un pequeño microchip, ¿tiene uno?

Mi hijo se vio confundido.

—Tócale el pelaje y busca a ver si notas algo de plástico. Lo usan los dueños para rastrear a sus mascotas.

Hizo lo que le pedí, pero negó.

—No, mami, ¿quiere decir que no tiene dueño?

—Quizás, pero no te encariñes, puede que aún lo tenga.

—Lo dudo. Así de sucio, es un perro abandonado.

Abrí los ojos en grande a Anita para que por favor cerrase el pico. No quería que mis hijos se encariñaran con el animal más de lo que aparentemente ya estaban, pero parecía que no tendríamos opción.

—Ma, ¿nos lo podemos quedar? Porfa… Por fav… —preguntó Iza dando brincos con ambas manos en rezo, la esperanza brotaba en ella.

El animal, como si entendiese que de su futuro se trataba, soltó un ladrido. Inspiré, e inspiré, cerré las manos en el toallero volviendo mis nudillos blancos. ¿Podría luchar contra mi fobia por mis hijos? El animal se veía increíblemente inofensivo, y al exhalar ya había tomado mi decisión.

—Solo si se ponen de acuerdo en cómo llamarle —les dije sonriente, sintiéndome ganadora. Mis hijos nunca se pondrían de acuerdo.

Iza rodó los ojos y terminó asintiendo a su hermano.

—Tú ganas. Hulk Mateo, bienvenido a la familia.

El perro dio una vuelta en la bañera. Ayudé a Alexei a ponerlo en la toalla y este lo cargó en peso hasta la cocina, donde le hicimos una cama con unos almohadones viejos en la esquina de la chimenea.

—Ahora sí tendrán que ser obedientes. Vayan a bañarse, que huelen a perro.

CAPÍTULO

Catorce

ABRIL, ***2012***

Alejandro

Ver a un estudiante de nuestro año llorando en los pasillos se había vuelto una rutina. Siempre había alguien que perdía los nervios del todo. Anatomía solía tener ese efecto. El profesor ya nos había puesto sobre aviso, pero ver a Cristina llorar en los pasillos era otra historia. Al verme, corrió hacia mí; su pecho chocó contra el mío y me rodeó el cuello con los brazos. Tragué el nudo en mi garganta.

—¿Qué tan baja es tu media? —Me maldije internamente por ser tan pragmático. Cristina necesitaba un hombro sobre el que llorar, no alguien que le recordase que había suspendido—. Olvídalo, todo tiene arreglo.

—No, no, esto es catastrófico. —Actuaba histérica, temblaba, sus ojos rojos de tanto llorar. Las lágrimas aún rodaban por su mejilla.

Se la veía rota, destrozada. Lo que yo más quería era rehacerla. Se escuchaban voces: un grupo venía hacia nosotros y no quería que vieran a una Cristina destruida. No lo pensé; nos empujé rápido al pequeño baño, me senté en la tapa cerrada del inodoro y ella quedó de pie entre mis piernas. Los escuchamos pasar, se reían, era viernes, pasadas las cuatro de la tarde. Todos, yo incluido, nos marchábamos de ese infierno.

Nuestros ojos se encontraron, y no podía dejar de imaginarme cómo sería erigirme un poquito y tomar sus labios, pero no era ni el momento ni el lugar,. No podía aprovecharme de una Cristina hundida emocionalmente, aunque llevara tanto tiempo esperando que solo su mirada me encendía.

—Gracias.

La miré confundido, se secó las lágrimas.

—¿Por qué? No he hecho nada.

—Me escondiste cuando los escuchaste venir. Gracias.

Solo asentí.

—Quiero que brilles. Eres mi pequeño diamante, y me duele mucho verte así, pero más me duele que no confíes en mí. ¿Qué tan baja?

—Me da vergüenza, Ale. Solo necesitas saber que estoy bien jodida, quizás no me gradúe con todos ustedes.

El llanto profundo en su garganta se escuchó como un trueno, las lágrimas salieron otra vez y la escuché ahogarse.

—¿De qué hablas? —Extendí el brazo y abrí la pila del agua a mi lado, humedecí un pedazo de papel y le sequé las lágrimas.

—Es muy baja, solo podré pasar si saco una nota altísima en el examen final, y es acumulativo.

—La sacarás —afirmé, porque por mucho que confiara en que ella saldría de esta, confiaba en mí mismo para ayudarla.

Ella asintió y, como si pasase una página, el ambiente en el aire cambió. Miró a su alrededor, dio dos pasos al frente y quedó justo ahí sobre mí, sus manos posadas en mis hombros, mi nariz a milímetros de su pecho. De la nada, se sentó a horcajadas sobre mis piernas, sus rostro apoyado en mi hombro, sus brazos cerrados sobre mi espalda. Cerré los ojos y me dejé disfrutar como un mendigo de ese abrazo que me regalaba.

—Te has convertido en algo muy importante en mi vida, ¿te he dicho que te considero uno de mis más grandes amigos?

Oh, mierda, ¿en serio? Ya sabía yo que debía ser un poco más agresivo, demostrarle más que lo que quería con ella no era algo platónico, ni de amigos que se toman de la mano. Y, si lo pensaba, nunca estábamos solos: Amy o Andrew siempre la acompañaban, esta era quizás la primera vez que estábamos solos desde ese día que rompió con Landon. No, había escuchado mal, no podía ser.

—¿Es así como me ves? ¿Solo como tu amigo?

Ahora, la que tragó el bulto en su garganta fue ella.

—Vamos, Cristina, dime. Continuaré siendo tu amigo no importa qué, pero creo que es hora de que me dejes seguir si es solo eso lo que vamos a ser, porque aquí estás en mis piernas cuando me muero por...

Sus labios cayeron en los míos en un maremoto de sentimientos. Sonreí a su manera intensa de besarme y le devolví el beso como llevaba soñando casi un año. Fue mucho mejor de lo que soñé, sabía mucho mejor de lo que pensé: adictiva, el sabor salado de sus lágrimas pasadas, sus manos jugando en mi cabello, atrayéndome mucho más a ella. Mi lengua se adentró en su boca y ella la tomó, succionó, ambas jugaron como lo venía soñando, lanzando un millón de sensaciones por todo mi cuerpo. Mis manos se fueron por el suyo, explorando, y me gustaba lo que encontraban. Sabía que teníamos que parar, no podíamos hacer más allí, en un baño del primer piso de la escuela de medicina. Me mordió el labio inferior y el éxtasis que sentí fue de proporciones cósmicas.

—¿Tienes algo más esta tarde?

Respondió negando.

—Bueno, estudiar.

—Estudiaremos juntos. ¿Por qué no me dijiste que la pasabas tan mal? ¿Por qué te rehúsas a estudiar conmigo?

Le despeiné el flequillo como venía queriendo hacer desde hacía semanas, mis ojos emborrachándose mucho más en los suyos.

A mi pregunta su rostro se volvió rojo como un tomate.

—Por vergüenza. Eres una estrella, el más alto promedio de toda la clase. Además, Ale, me distraes.

Ignoré sus halagos porque, sinceramente, odiaba a veces ser así de perfecto.

—¿En serio? ¿Qué te distrae?

—Oh, dios, no pienses que voy a decírtelo. —Se levantó de súbito, abrió la puerta del baño con cautela, observó a ambos lados, salió y la seguí. Caminamos juntos en dirección al

aparcamiento. Caminé a su lado en silencio y de repente dijo:

—Voy a ser expulsada de la escuela.

—Eso no va a pasar, de eso me encargo yo. Estudiaremos juntos.

—Daría lo que fuese por ser tan positiva.

Rocé el dorso de su mano buscando sus dedos con los míos y los entrelacé descaradamente para sostenerla con fuerza. Era la primera vez que nos tomábamos de las manos y una electricidad pasó de su cuerpo al mío, tanto que elevó la mirada, primero a mis labios y luego a mis ojos.

—Sé que lo que te diga en este momento no ayudará mucho. Estás estresada, agobiada, y no es el momento, pero —aproveché para besar el dorso de su mano— necesito que confíes en mí, y confíes en ti. No eres tú, es la clase. Ven a mi casa y te cocino algo, ¿quieres?

Negó levemente mientras yo abría la puerta del aparcamiento con mi mano libre, guiándonos dentro. Miré a mi alrededor y estábamos solos; era viernes por la tarde y el campus universitario se vaciaba después de una semana de exámenes. Al entrar en el elevador, insistí:

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? No te vi en el almuerzo.

—No recuerdo. Esta mañana, supongo. ¿Quién tiene tiempo para eso?

—No te vi en el desayuno tampoco, y pasan de las cuatro de la tarde.

No me importó que sus ojos se agrandasen por la sorpresa. Sí, soy un demente acosador, mis ojos seguían sus movimientos día a día, y no me avergüenzo de ello.

La escuché soltar un suspiro, mordiendo su labio inferior, debatiendo consigo misma. Entonces su estómago bramó.

—Estoy vulnerable y no tengo cabeza para pensar, ir a tu casa no es una buena idea.

—Sabes que te respeto, ¿verdad? Y puedes confiar en mí. Si te pido ir a mi casa es porque quiero ayudarte, cocinar algo, que te relajes...

—Lo que menos necesito es relajarme, necesito comenzar a estudiar para el examen final con todo lo que recuerdo de este.

—Ya te dije que no tienes que preocuparte, estudiaremos juntos.

Las puertas del elevador se abrieron en el último piso.

—Mierda, olvidé que Amy y Andrew me trajeron hoy… Alejandro, pero con tu promedio no tienes que tomar el examen final. Y tú no estudias.

Ahí iba otro de los rumores sobre mí: que no duermo, no como, que no necesito estudiar, y que soy Superman. Reí a su comentario.

—¿Cómo llegarás a casa? Vamos, Cristi, no te creas todo lo que escuchas y déjate ayudar, ¿sí?

—Caminaré, son unas cuadras. —Ya iba de vuelta al elevador—. Pero mientes, tú no estudias...

—Estudio como todos, y también soy un excelente cocinero y sé que tienes muchísima hambre. No puedes estudiar con el estómago vacío.

—¿De veras me ayudarías a estudiar?

—Te ayudaría a conquistar la luna si me lo pides. —Ella rodó los ojos—. Mujer frustrante de mi vida, si lo que quieres es estudiar te hago preguntas mientras cocino, ¿vale?

—Vale.

CAPÍTULO

Quince

ALEJANDRO

No nos tomó mucho entrar a la comunidad privada donde tenía mi casa y a donde me escapaba casi todos los fines de semana. Todas eran grandes, modernas y con increíbles pastos verdes, una tras otra como casitas en un juego de Monopoly.

Llevábamos lo necesario para una pequeña cena y los chocolates que causaron quizás nuestra primera pelea, porque ella quería pagarlos y no la dejé.

Incluso íbamos preparados para cualquier problema meteorológico que se nos pudiese presentar, como un torbellino en mi habitación que nos dejase sin aliento y hambrientos.

Se la notaba confundida mientras observaba la gran casa.

—¿No vives en los apartamentos estudiantiles donde viven todos los chicos?

—Sí, pero solo entre semana. Los fines de semana vengo aquí; esta casa está muy lejos y odiaría conducir todos los días. Y no es mi casa, es la casa de mis padres; la compraron cuando empecé la escuela de medicina, según ellos para venir de visita, aunque nunca lo han hecho.

—¿Dónde naciste?

—A unas tres horas de aquí, más al sur, pero mis padres se mudaron a Boston cuando mi hermana nació. Mis abuelos maternos aún viven allí.

El hablar de mi familia me hacía sentirme cohibido de repente.

—¿Qué edad tenías cuando te mudaste? No tienes...

— ... Acento sureño, no manejo una F150 y no guardo una escopeta en el maletero —comenté juguetón.

Ay, amor, sí que no me conoces. La escopeta la guardo en otro lugar, pero ahí no quieres ir... todavía...

A mi respuesta, se volvió pequeña. Sonrió y se mordió el labio inferior.

—Lo siento, he caído en estereotipos.

Todos se sorprendían cuando les decía que había nacido en Carolina del Sur. Bajé del auto, abrí su puerta y me dispuse a sacar las bolsas de la compra.

—¿De dónde eres tú? —pregunté notando que ella tampoco hablaba con el exagerado acento sureño.

—Nací en Jersey, pero me crié en Florida.

—¿En qué parte de Florida? ¿Te gusta Carolina del Sur?

Ella tomó unas bolsas para ayudarme; no sé cómo llegué a comprar tanto para una pequeña cena.

—En Miami, pero me encanta Carolina del Sur. ¿Cómo no me iba a gustar? Las infinitas colinas, el otoño... Es bellísimo.

—¿Crees que te quedarás aquí a vivir? ¿O vuelves a Miami?

Evité su mirada con la excusa de abrir la puerta. No quería escuchar su respuesta porque, en fin, ambos éramos de dos puntos opuestos de los Estados Unidos. Y odiaba pensar que lo nuestro podría ser solo un efímero romance escolar.

—No sé...

Sé que iba a decir más, pero calló de súbito y miró alrededor con la boca abierta. Sabía lo que estaba viendo, y no era tanto la opulencia sino la ausencia de esta, lo elegante y minimalista de todo. La madera de listones anchos de un caoba claro, la gran escalera moderna con el pasamanos de cristal y los anchos listones flotantes. Una sala de estar con un juego de muebles blancos en forma de U sobre una alfombra inmensa también blanca; al final, otra sala parecida con una pantalla plana encima de la chimenea, una sola pieza de granito blanca; el mismo granito de la isla de la cocina, a un lado, a la cual la guié y donde solté las compras.

—¿Quieres un vaso de agua?

Salió de su trance ante mi pregunta.

—Lo siento, no debí observar todo con tanto asombro, nunca pensé...

Y vi la distancia entre nosotros crecer, vi los mil y un kilómetros que imponía en su mente entre nosotros. La tomé de la cintura y la aprisioné entre mi cuerpo y el mármol frío.

—Te mueres por decir algo —la invité a que me juzgase.

—¿Quién eres?

—No hagas como si no me conocieras, soy Alejandro Cortez.

Tu Alejandro Cortez, si me quieres.

—Cortez, eso me suena a narco, Ale... —Se mordió el labio inferior, y casi la beso, casi lo arruino para el otro tonto que en su mente ella creería que sería más capaz de darle todo.

—No sé por qué te asombra, ya sabes quién es mi padre.

—Por supuesto, pero no sabía que la medicina diese para tanto lujo.

—Mis abuelos paternos se hicieron multimillonarios, pero comenzaron de cero. Eran emigrantes y mi padre heredó muchísimo dinero. Tenemos suerte, te aseguro que es legal, aunque si quieres jugar a fingir... —Arqueé las cejas sugestivamente, tomándola de la cintura y atrayéndola a mí, su centro contra mi centro—. ¿Por qué creo que mi respuesta te decepciona?

—Si fuera algo ilegal tendría la excusa para alejarme de ti con el corazón intacto.

—¿Por qué? ¿Crees que te romperé el corazón? ¿Por qué insistes en esa idea?

—Solo mírate, mira a nuestro alrededor. La pregunta no es «¿y si?», sino «¿cuándo?».

Sonreí y quise pensar que conmigo su corazón estaría bien resguardado, pero aparentemente ella no me había dicho que era clarividente y que estaba segura de que ambos terminaríamos mutilando nuestros corazones mutuamente.

—Entonces ¿por qué aún estás aquí?

—Por Anatomía, y por la promesa de la mejor cena de mi vida.

—¿Solo eso? —Mis labios cayeron entre su cuello y su oreja, lo que hizo que se revolviese en mis brazos y lanzase una carcajada. No me detuve, besé la línea de su barbilla hasta llegar a la comisura de sus labios, y justo cuando iba a volver a probarlos...

—¿¡Alejandro!? —No era la voz ahogada de Cristina, sino de mi madre.

La chica en mis brazos dio un brinco y salió de ellos, su rostro rojo como un tomate.

Lo que menos me imaginaba era que mis padres fueran a visitarme precisamente el día que casi tengo a Cristina donde la he querido tener en casi un año de universidad. Sí que no tengo suerte. Juro que mi madre tiene poderes de bruja.

—Madre, ¿cuándo volvieron? —pregunté. Ella tomó mi rostro para besarme en la mejilla.

—Tu padre se cansó de tanto sol en Panamá, y te echaba de menos, mi corazón.

Se giró hacia una Cristina que podría pasar por una estatua.

—Martha Cortez, mucho gusto. —Cristina se comía las uñas. Teníamos que trabajar en ese asqueroso hábito suyo.

—Cristina Rojas, estudiamos medicina juntos. —Aunque su voz era firme, su lenguaje corporal lo decía todo: se la notaba rígida, tímida, mi madre la intimidaba.

—Oh —fue la simple respuesta de mi madre. Observó a Cristina con curiosidad en la mirada, iba de la chica a mí, y no había más que decir con la posición en la que nos encontró.

—Alexei, creo que deberíamos dormir esta noche en un hotel.

—Madre.

Y sé que Cristina quería decir algo, sus ojos abiertos como platos, se la veía mortificada.

—No, Ale, debí llamar, pero como no eres como Aidan, no pensé... Me disculpo... Alexei —gritó a mi padre—. Ven a conocer a la novia de Alejandro.

La mención de mi hermano y la palabra novia en la misma oración me causaron risa.

—No somos novios —se apresuró a decir la chica a mi lado, y yo casi me ahogo en mi propia saliva. No habíamos tenido esa conversación, y era aún muy temprano para poner nombre a nuestra relación, pero no creía que fuese a decirlo con tanta convicción, y menos que fuese a dolerme tanto.

¿A qué juegas, Cristina?

—Oh, querida, nunca son novios —respondió mi madre con un guiño—. Alexei, date prisa... —Mi madre gritaba como si Cristina se fuese a convertir en polvo en cualquier instante.

—¡Madre! —grité dándome en la frente, qué papelazo...—. La chica es mi compañera de estudio, y eso era lo que íbamos a hacer. —Mis palabras afectaron a Cristina; lo sé porque dio un paso atrás. Dos podían jugar a ese juego suyo.

Lo que esperaba que fuese una noche inolvidable entre copas de vino, la mejor parmigiana que he hecho en mi puta vida y terminar la noche envueltos en sábanas blancas compartiendo el tiramisú con Sanz de música de fondo se había convertido en mi peor pesadilla. Ni ganas de cocinar tenía ya, ¿cómo podía besarme así y luego decir que no éramos nada? Así, tan calmada.

Mi padre se nos unió con los pantalones cortos goteando agua. Y, ahora que lo notaba, estaba empapado, la camisa blanca pegada al increíble cuerpo que aún a su edad tenía y una sonrisa tímida. Oh, ellos no interrumpían nada, el que interrumpía era yo. A su edad y retozando en la piscina con la ropa puesta, Dios.

—Un gusto, Alexei Cortez. —Cristina tomó su mano y asintió.

—Cristina.

—Te quedas a cenar, ¿verdad? —le preguntó mi madre. Esa era la idea, ¿o estaba ciega? Todas las bolsas de víveres estaban sobre la isla de granito—. Mi hijo se desenvuelve en la cocina de una forma increíble, no sé a quién salió.

—Al padre, ¿a quién si no? —Mi padre destapó una corona y tomó asiento en la barra, sin importarle arruinar el cuero de las sillas.

—Vamos, Alexei, que hacer un arroz frito no te convierte en chef.

—Y hacer un espagueti tampoco —insistió mi padre—. Dime que no es espagueti lo que haces hoy.

—Ambos, paren. —Y quería decir que no estaban invitados, pero, sinceramente, no quería pasar más tiempo hundiéndome en el lodo de mis esperanzas cuando Cristina no era ni sería mi novia—. Berenjena a la parmesana.

—Oh.

—Bueno, eso es otra cosa. Voy a cambiarme y a buscar una botella de vino, ¿vienes, Martha? —Antes de que Cristina pudiese decir que teníamos vino, ya se había ido a buscar una de sus botellas de reserva. Volvió con un Malbec y un Montrachet—. ¿Blanco o tinto?

—Blanco —insistió mi madre—. No le hagas caso a Alexei, tu novio es un excelente chef.

—Ma, corta ya.

Ella hizo el gesto de cerrarse la cremallera en la boca mientras yo preparaba todo para la cena. Me sentí mal porque le robaba la noche; Cristina quería estudiar, después de todo.

No pasamos una mala velada. No estuvimos solos otra vez, excepto por ese momento en el que mis padres fueron a cambiarse la ropa mojada. Luego mi madre insistió en que Cristina se uniese a ellos en el gran sofá donde se lanzaron sin zapatos, y conversaron de todo un poco: mi padre habló de su trabajo, del cual estaba retirado; de las muchas historias de mi infancia; de sus viajes, del último viaje a Bahamas, a Puerto Rico y a Panamá. Mi madre no sacó mis fotos de pequeño (gracias a Dios), quizás porque las tiene en Boston, y no le hicieron un interrogatorio sino que tuvieron una conversación amena, incluso hasta nos reímos mucho. La comida me quedó exquisita, y la noche terminó con la promesa de volverlos a ver y una Cristina achispada con todo el vino que mi madre le servía.

—Me cayeron bien tus padres... —dijo Cristina ya cuando nos encontrábamos solos en mi auto; no habíamos dicho nada de su bomba de que no éramos nada.

—Me alegra. Son un par de *hippies*, pero los amo... Lo siento, la noche no terminó como querías, te robé tu tiempo...

—No, está bien —se apresuró a decir—. La pasé de maravilla, necesitaba la distracción.

—¿Estudiarás esta noche?

—Lo intentaré...

Habíamos llegado al aparcamiento del complejo de apartamentos donde ambos vivíamos, pero yo aún no apagaba el auto; la esperanza, aún viva, brillaba a través de mí como un candelabro.

—Cristi, necesitas dormir, ya pasan de las diez. Las calificaciones van y vienen, hay que vivir.

—Mira quién habla. Tú no estudias y siempre sacas cien; yo, en cambio, aunque estudie siempre cuelgo de un hilo.

—No es solo estudiar, es saber qué estudiar. Descuida, yo te ayudo.

Ella asintió, y al fin apagué el auto, dejándonos en completo silencio. Su mano estaba en la manija de la puerta y me incliné hacia ella, mi mano sobre la suya, sin permitirle abrirla. Se volvió a mirarme y en la poca luz sus ojos brillaban, sus labios entreabiertos eran una promesa a un deseo que ambos sentíamos.

—¿Ibas en serio en lo de que no somos novios?

—Ale.

—No, Ale nada. Necesito saberlo, Cristina, ¿qué somos? ¿Qué soy para ti? Esta espera no es justa. Te sigo como un perrito faldero, no me dejes en el «solo amigos», no es justo.

Ella exhaló.

—Hagamos esto —le propuse—: celebraremos juntos el final del curso, solos tú y yo. Conóceme, Cristina, no te arrepentirás.

Ella asintió, suspiró.

—No debería sentirme así, no es correcto.

— ... ¿Sentirte cómo?

—Como que me perteneces.

Sus palabras me causaron una alegría inmensa, porque así mismo me sentía yo, como si algo mucho más grande que nosotros dos nos uniera, algo cósmico y celestial.

—Siempre seré tuyo, siempre… Mientras quieras tenerme. —Acaricié su rostro con el dorso de mi mano—. Ve a dormir, que mañana paso a por ti, estudiamos y en dos semanas celebramos, ¿sí?

Movió la cabeza de arriba abajo, me dio un beso tímido y rápido en la mejilla, abrió la puerta de mi auto y la observé hasta que entró a su apartamento.

Di marcha atrás. Yo tenía que volver a casa y lidiar con mis padres borrachos.

CAPÍTULO

Dieciséis

PRESENTE

Cristina

Michael era... Y no quería decirlo, porque si lo admitía tendría que reconocer que había perdido el sábado y estaba otra vez donde comencé: sola y sin aspiraciones de nada. Era aburrido. Superaburrido, tan aburrido que ni si lo clonasen dejaría de ser aburrido.

No lo recordaba así de aburrido cuando lo conocí en el hospital, o sería que en aquel tiempo Alejandro aún no había puesto su dominio en mí, hijo de su… Ahora sabía por qué me había besado, sabía que no pararía de compararlo. Michael tenía los labios finos, mientras Ale tiene unos labios gruesos y rellenos; además, tres Michael caben en un solo Alejandro, de tan ancho que es su pecho y espalda. El pensarme con Michael no me causaba ni frío ni calor, mientras que pensarme con Ale hacía que apretase las piernas por debajo de la mesa.

—¿Algo va mal?

Pestañeé a su pregunta. Mierda, tendría que disimular mejor las expresiones de mi rostro.

—No…, todo bien. —Bajé la cabeza y jugué con el borde de la copa, casi vacía.

—Desconectaste un momento.

—Disculpa. —Hice el máximo esfuerzo para no inhalar todo el aire del lugar en un suspiro y no parecer de veras superaburrida. Sonreí. Si arruinaba esta cita, Amy me mataría—. Es cansancio, a veces me quedo dormida con los ojos abiertos. —Bueno, al menos le decía la verdad.

—¿Tan horrible es tu trabajo?

¿En serio?

—No, adoro mi trabajo, pero son muchas horas... —Sonreí bebiendo la última gota de la copa.

Y ahí iba otra vez con la misma cantinela que comenzaba con «el problema de...» y terminaba en algo tecnológico que no entendía.

Me dieron ganas de rodar los ojos, pero me contuve. Cinco minutos más de charla sobre seguridad informática y comenzaría a roncar, y no exagero.

Necesitaba una salida, u otra copa... Le hice señas al camarero, casi le rogué con los ojos «rellénemela, ¿sí, cariño?».

Ni con Alejandro y todo su amor a las ciencias me había sentido así, con ganas de matar a alguien.

A punto estuve de acortar la noche, fingir un dolor de cabeza o una llamada de emergencia,

cualquier cosa con tal de salir de allí. La noche, sin embargo, se tornó interesante: Alejandro entró en ese momento al restaurante. No fue una sorpresa: Michael había escogido el restaurante más caro de todo Carolina del Sur.

No venía solo. A su lado iba una mujer rubia, pequeña y con un gran escote... Típico. Iban sonrientes, él con la mano puesta en la parte más baja de su espalda.

No perdía el tiempo. No llevaba ni una semana aquí y ya tenía citas. Me bebí el resto de la bebida en menos de lo que se tarda en escupir «él te dejó, sigue con tu vida».

Quise prestar toda mi atención al chico que tenía delante, juro que lo intenté, pero mis ojos se iban solos.

—¿Qué hay con él? —preguntó Michael en tono molesto. Volvió la cabeza a donde mis ojos se encontraban clavados hacía ya unos veinte minutos.

¿Qué pensabas, Cristina?, ¿que él no lo notaría?

—Se parece a alguien que estudió conmigo —mentí—. ¿Decías?

Michael retomó su elaborada conferencia sobre tecnología informática y yo quise pegarme una y mil veces en la frente.

Diosito, ¿no podías mandarme a alguien un poquito más entretenido?

Mi mirada solo veía más allá de Michael; a tres mesas más atrás, para ser exacta. Como yo, él también había notado mi presencia y tenía la audacia de sonreír. Lancé la servilleta en mi plato con mucha más fuerza de la necesaria.

—Voy al baño —mi voz sonó tajante.

No debí haberlo dicho así, pero la cita ya estaba arruinada y me encontraba un poco molesta; no sé si con Alejandro, que parecía convertirse en una mosca en la pared, o con Michael, cuyas promesas de ser interesante habían terminado en una bonita cara sin cerebro, o conmigo misma, porque me moría por saber quién era la chica que sonreía con carisma a todo lo que él decía.

¿Por qué el discursito? ¿Y ese beso? Lo de «te extrañé» y todo eso. Me alegré de no haberme creído nada.

Me demoré más de lo necesario en el baño, mi reflejo en el espejo era irreconocible: mis labios rojos carmín, mi cabello alisado a la perfección amarrado en una coleta atada en lo más bajo de mi cuello, con rizos que caían sobre mi hombro y terminaban muriendo entre mis pechos. Me miré de arriba abajo: zapatos de tacón que no suelo ponerme, unas piernas largas que terminaban en un vestido corto escotado y negro.

Sonreí a mi figura en el espejo y salí del baño con paso firme. Me veía fabulosa, me sentía fabulosa, y terminaría la noche con Michael... O en la cama o en el ring de boxeo, pero con él.

Salí y mis piernas se volvieron de mantequilla, mis tacones rechinaron contra la madera al detenerme en seco. Ale era la mismísima visión de un ángel, tan perfecto que daba miedo, y estaba recostado en la pared frente a la puerta.

Intenté pasar de él, pero me lo impidió alzando el brazo.

¿Qué hay de tu resolución, Cristina? No le mires...

Señaló con la barbilla hacia donde yo acababa de salir.

—A punto estuve de entrar a ver qué ocurría, pasaste un siglo ahí dentro. ¿Estás bien?

No le contesté. Resoplé y volví a tratar de ignorarlo, no hablarle, no engancharme en sus ojos. Esta vez, él fue más allá: me tomó de la cintura, mis tacones resbalaron hasta que mi espalda tocó la pared, una de sus manos en mis caderas, la otra sobre mi cabeza, su cuerpo sobre el mío. Elevé la mirada y él se inclinó, sus labios a milímetros de los míos. Pensé que volvería a besarme, pero solo me observaba.

—Te ves radiante, increíblemente bella. Ese vestido que traes, esos Manolos... Vamos, no me

digas que no te vestiste pensando en mí.

Cerré los ojos. El olor de su colonia me traía recuerdos de las mil y una vez que fui suya, y sí que quería repetirlo, pero no podía, tenía que darme mi lugar.

—¿No te cansas? Déjame ir.

—Nunca. ¿Sabe él que tienes dueño? ¿Que eres mía? —Reí. Intenté quitármelo de encima con ambas palmas de las manos; era imposible moverlo.

—Déjame ir.

—¿Es el de las flores?

No le daba ni la más mínima pizca de vergüenza. No sé qué parecíamos, él encima de mí, yo con mis manos sobre su pecho, nuestras miradas cerradas una en la otra, el azul de los suyos ahogándose en el marrón de los míos. Los camareros pasaban y entraban en el pequeño espacio como si para ellos fuésemos invisibles.

—Lo sea o no, no es tu problema —dije entre dientes.

—Oh, sí que me importa —respondió contra mi boca, muy cerca, casi con sus labios en los míos, sin besarme. Podía saborear su aliento en mi lengua: picante, limón y sal, y un lejano toque a tequila.

—Ya te dije que no es tu problema con quién salgo. Vuelves y de repente quieres explicaciones de lo que hago o dejo de hacer. Seis años, recuérdalo: ya no es tu problema.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no me debe importar? Te pierdes en el baño casi una hora y el tipo con el que andas no va a ver qué pasa. Sí me tiene que importar, Cristina.

Él, como siempre, exagerándolo todo.

—Fueron diez minutos más o menos.

—¿Y quiere más?

—¿Y tu cita? ¿No crees que el imbécil eres tú por dejarla sola diez minutos?

—No era una cita, ya habíamos terminado… Esperé y esperé, y no regresabas, ¿qué querías que hiciera?

Pestañeé, confusa... No sabía si debía sentirme halagada o preocuparme por sus tendencias acosadoras. Quizás pensó que estaba celosa, porque añadió:

—Era una cena de negocios. Aileen es mi agente, estoy buscando casa.

Oh, fue como si me comiese la lengua el gato. Me mordí el labio inferior, le miré: sus ojos gris azulado se veían cansados, rojizos; la línea arrugada entre sus cejas, su nariz puntiaguda... Era muy fácil enterrar mis labios contra los suyos y otra vez sentir su suavidad, disfrutar del sabor fresco de su lengua, liberar mi deseo y hundirme en él. No sé cómo mi cerebro trabaja a veces, me di por vencida.

Uno de mis brazos rodeó su cuello, el otro su cintura, y me pegué más a él, mi mejilla contra su pecho. El calor de su cuerpo me llevaba de vuelta al pasado, a un tiempo menos complicado, a un tiempo donde solo con sus brazos hacía de un día malo uno mejor. Su brazo fue de encima de mi cabeza a sostener mi nuca, enredando sus largos dedos en mi pelo mientras el otro me pegaba a él de la cintura. Era el primer abrazo que nos dábamos en mucho tiempo y no sé quién apretaba más, si él o yo; solo sabía que lo necesitábamos, nos perdonábamos, y un mutuo suspiro se escapó. Alivio, quizás.

A nuestra izquierda, alguien se aclaró la garganta. Alejandro se separó de mí al instante, en su rostro el desconcierto.

—Pagué la cuenta... Me voy —dijo Michael. Nos miró a ambos brevemente y sentí mucha culpa, porque me había olvidado por completo de él. Dio media vuelta y le seguí, pero su paso era muy apresurado; corrí, pero fue difícil alcanzarlo.

—¡Lo siento! —grité. Qué más podría decirle; se veía a leguas qué pasaba entre Ale y yo.

Al llegar al aparcacoches, ya le estaban entregando su auto a Michael, y se montaba en él. Ignoré la sombra a mi lado que se notaba calmada, contenta y ligera con las manos en los bolsillos y una media sonrisa en los labios.

—¿Cómo consiguió su auto tan rápido? Parece que planeara su escape.

Fusilé a Alejandro con la mirada.

—¿Qué? —preguntó—. Fue una observación.

—¿Ves lo que lograste? Ahora no tengo cómo irme a casa. —Me giré hacia él.

—Ese tipo no te interesaba —comentó—. Se veía a un kilómetro que estabas aburrida.

—Pero tú... Olvídalo.

—Te daba lástima, admítelo... Ponías esa cara cuando yo leía artículos de medicina antes de dormir.

—Oh, qué bien te acuerdas de que también puedes ser aburridísimo.

—¿Acaso se te olvida lo que pasaba después? Los lanzabas al piso molesta y luego me seducías. Tremendas noches aquellas.

No podía con él. Le hice una mueca, pero sonreí; su sonrisa es contagiosa, se apodera de los músculos de tu cara tanto que sientes tus labios curvarse involuntariamente. No quería, pero terminé riendo con él.

—Además, no podía competir. Al verte tan cómoda ahí, en mis brazos, él mismo se quitó de en medio, cosa que me alegra. Cena conmigo.

Y ahí estaba mi oportunidad de decírselo todo, sentarnos frente a frente, poner las cartas sobre la mesa. Sabía que en el momento en que soltara esa bomba, en el momento en que le dijese, esto entre nosotros se terminaría, y aún no me sentía lista. Quería disfrutarlo un poquitín más, solo unos días más antes de hacerme a la idea de que se iría o sería solo el padre de mis hijos. Después de conocer una noticia así, no creo que quedara espacio para el romance entre Ale y yo. Me entró la cobardía y decidí que lo mejor era irme.

—Voy a llamar a un Lyft. Felicidades por tu casa, que la disfrutes.

—La disfrutaremos juntos. —Su voz sonó a promesa y se me quedó la boca seca; el nudo de mi garganta se volvió una pelota de tenis—. ¿Por qué un Lyft? ¿Y tu Honda?

—Michael pasó a por mí. —Su mirada fue de desaprobación, así que ni muerta le iba a decir que a Peter le había dado un ataque de tos y estaba en el taller ingresado desde ayer.

—¿Entrando a carros de hombres extraños, Cristina?

—Soy adulta, y no era un extraño. Lo conocí antes, por Dios.

—¿En internet?

No sé qué hacíamos allí parados discutiendo mis métodos para salir con el sexo opuesto. Le lancé una mirada asesina como diciendo «párale» y levantó las manos en señal de rendición.

—Mierda, el coche más cercano está a cuarenta minutos y son casi cien dólares.

—Comamos y luego te llevo a casa.

Suspiré, qué se podía hacer.

—No.

Los pagaría con tal de tener una excusa para escaparme.

—¿A cuál de las dos?

—A las dos. Ya comí, ¿no recuerdas que acabo de salir de una cita amorosa?

—Te conozco, estás hambrienta.

Mi estómago no había hecho ningún sonido, pero me moría de hambre. Había pedido solo una ensalada, me da vergüenza cuando los precios son tan altos y no me gusta ordenar un plato

caro. Nunca se sabe cómo está económicamente la otra persona, y es tradición que el hombre pague en la primera cita. Aunque, si quieren compartir el cheque, tampoco me molesta. No soy de esas.

—Ahí vamos otra vez —comenzó—. Nos peleamos, terminarás comiendo conmigo y terminaré llevándote a casa.

Me planté en la acera distraída con mi móvil. ¿Dónde estaba la aplicación de Uber cuando se necesitaba? La encontré y solicité un viaje. Bingo, veinte minutos y cien dólares, pero, joder, me iba. Le mostré en la pantalla que, sí, me iba.

—Que tengas muy buenas noches, Alejandro...

—¿Seguro que no quieres comer algo? Este restaurante tiene las mejores costillas de la ciudad... Comamos. —Me tomó de la mano, entrelazó los dedos con los míos y antes de que pudiese darme cuenta ya me arrastraba adentro con él.

—¿Qué parte de «me voy a casa» no entendiste? —murmuré. No quería hacer una escena—. Mi viaje está a dos minutos.

—¿Y dejarte ir con un extraño? Eso nunca. Cancélalo.

Rodé los ojos y suspiré derrotada. Él tenía razón, y por un momento sentí como si los años no hubiesen pasado; no porque actuara de manera sobreprotectora, sino porque me conocía, y odiaba darle la razón: me aterraba montarme en un auto con un extraño. Sé que en estos días está de moda usar esos servicios, pero a mí me aterra. Y él lo sabe.

—Babe, estoy hambriento, ¿sí?... Con el estómago lleno peleamos todo lo que tú quieras... Además —se atrevió a reír con esa mueca retorcida, se inclinó y me susurró al oído— te mueres por esas costillas...

Ya era Babe otra vez. Ni tres días en Carolina del Sur, y ya era Babe.

Íbamos corriendo, quizás sí; la vida es como un tren en movimiento: te mueves con él o te dejas arrastrar debajo, tú decides.

—¿Mesa para dos, doctor Cortez? —preguntó el mozo.

Ale asintió y le pasó un billete al chico, que discretamente lo guardó en su bolsillo.

—La mesa más privada que tengas.

CAPÍTULO
Diecisiete

Cristina

Las costillas ya no eran más que huesos, no quería saber cómo se veía mi rostro. No había sido lo más sutil ni lo más femenina al comer. Se le veía embobado. ¿A quién le importaban las sutilezas? Era Alejandro, no necesitaba fingir nada con él.

Mejor así, quizás le repugnaba y se iba volando, dejando mi corazón remendado sin más grietas.

—¿Qué? —pregunté limpiándome con la servilleta. No dijo nada, solo rio, se levantó y se sentó en la silla vacía a mi lado—. Creo que estabas mejor del otro lado de la mesa.

Me ignoró.

—Tienes un poco... justo aquí. —Me limpió los últimos restos de salsa de la comisura de los labios con el pulgar, se lo llevó a la boca y lo lamió.

—Cerdo... —Le pegué en el hombro de manera juguetona, sonriendo. ¿Por qué me sentía tan libre con él?—. Alejandro, si vamos a ser amigos tenemos que imponer reglas.

—¿Qué reglas? —Frunció el ceño—. ¿Amigos? Cristi, te quiero de vuelta como mi mujer, mi esposa, no quiero confusiones.

Tragué ante su confesión, mi garganta seca. Tomé agua, pero aun así no reconocí mi voz.

—¿Y si ya no siento nada por ti? ¿No has pensado en eso?

—Nah, no puede ser, no te creo. Ese beso y ese abrazo me dijeron lo contrario. —Se le escapó un suspiro y su respiración se volvió entrecortada—. Cristi, han sido unos años muy largos sin ti.

Mis ojos se iban a los suyos. Quería creer su mirada, sí que quería; quería ser su mujer, su esposa, pero estábamos perdidos antes de comenzar, lo sabía. El detalle de que había tenido a sus hijos nos separaría, lo sabía. Hijos que él no quiso tener. Quizás tomó mi silencio como un rechazo, porque preguntó:

—¿Es eso lo que quieres de veras? ¿Que solo seamos amigos y nada más?

Asentí. «Al menos por el momento», me dije a mí misma.

Su mirada no dejó ni un segundo de ser segura, confiada; su boca se curvó en una sonrisa juguetona. No, no me había creído en nada. Él había vuelto, y yo era suya, esa era la dinámica.

—Necesito tiempo —admití.

—Te lo doy. —Su pulgar acarició mi mejilla, sus ojos embriagándome tanto que bajé la mirada. Quería decirle que esa no era manera de darme tiempo, confundiéndome con sus caricias —. Pero ¿tú y yo, solo amigos? Imposible, no puedo, me rehúso...

—… Qué cliché, Ale —le interrumpí, retirando su mano de mi mejilla. Agarró la mía para sostenerla entre las suyas. Siempre tenía una excusa para tocarme—. No digas que donde fuego

hubo, cenizas quedan.

—¿De qué cenizas hablas…? El fuego aún vive, tan caliente que aún nos quema.

Necesitaba agua, necesitaba refrescarme.

—¿Te quedas en este hotel? —intenté cambiar la conversación a la vez que tomaba un largo sorbo. Nada me enfriaba y él tenía razón: nunca apagamos el fuego; quizás lo que quedaba era eso, sexualidad frustrada, y solo eso.

Me entretuve con todo, con el vaso de agua, con restos de las patatas fritas... Sé que me miraba, lo veía de perfil, y otra vez comenzaba a sentir mucho calor, más allí entre mis piernas. Su mano fue a mi mejilla y acunó mi rostro para que le mirara.

—Sí. ¿Pasa la noche conmigo? —Su pulgar me tocó justo en el labio inferior y me mordí la mejilla para evitar cerrar los ojos de placer.

—¿A eso le llamas darme tiempo? —dije cortante.

Por debajo de la mesa, un dedo índice subía por mi rodilla.

—Ale —le regañé.

—Cristi.

El dedo no se detuvo, sino que continuó por dentro de mi muslo, lento, sofocantemente lento. No pude evitar cerrar los ojos a la increíble sensación de sus dedos quemándome la piel, subiendo, su mano al detenerse, la palma abierta entera en la parte de adentro de mi muslo, sus dedos casi ahí, en el mismísimo volcán de mi centro.

—Pídeme que pare. —Su frente contra mi frente. Aunque quisiese, no podía, me había quedado sin voz, sin mente, me volvía loca. ¿Perder la oportunidad de sorprenderlo? Eso nunca. Tenía que mandarle un regalo a Amy y su idea del depilado.

Echó la cabeza hacia atrás, bramó y cerró los ojos, sus dedos descubriendo mi secreto.

—Mmm, no llevas bragas y estás depilada...

Su dedo encontró mi clítoris al instante, tal y como siempre lo había hecho, y un gemido —qué digo, más bien un quejido— escapó de mis labios. Él continuó el ataque, su dedo jugando con ese botón que me encendía, tan intenso que escondí mi rostro en su hombro y me mordí el labio inferior. Otra vez volvía a nacer esa necesidad que nada curaba excepto él.

—Pídeme que te deje terminar.

—No.

—Cristina… —Su dedo se detuvo de repente, pero su mano aun acunaba mi sexo. Su otra mano tomó mi barbilla, sus ojos buscaban los míos—. ¿Estás segura?

No, lo que más quería era rogarle, pedirle que nos fuésemos de allí y subir a su habitación, pero no podía ser. Decidí darme mi lugar y decir que no. Lentamente, y quemándome igual, sacó la mano de debajo de mi vestido, besó desde la comisura de mis labios a mi oído.

Suspiró. Nos dio espacio y aprovechó para tomar de su Pilsner; di gracias, porque yo necesitaba respirar.

—No puedo creer que no te pusieras bragas para el tipo ese.

Amy, te voy a matar.

—La depilación arde, y las bragas molestan. Además, las bragas se notaban con el vestido. En fin, que… —Me sonreía, entretenido, y movía las manos como diciendo «continúa»—. ¿Qué hago dándote explicaciones?

—Imagínate —su aliento en mi oído— abierta en mi cama, desnuda, mi lengua baja por tu ombligo hasta llegar a tu centro... Mientras mi lengua te lame mi dedo juega con ese botoncito que solo yo sé dónde está... Tú escribes esta historia, solo imagina… —Mi cuerpo traicionero lo que sentía era una inundación entre mis piernas—. ¿Subes conmigo?

—Ahora menos —dije y él se rio.

—¿Me tienes miedo?

No le respondí. Algo debió de ver en mi rostro, pues su sonrisa se apagó y me miró serio. Por supuesto que no temía por mi seguridad. Sí por mi salud mental, porque con él tenía cero autocontrol.

—Cristi.

Tragué en seco.

—No te tengo miedo, no en ese sentido, pero no, no subo.

Sus ojos me dijeron que aceptaban el reto y sus labios fueron a mi cuello, dejando una mezcla de besos y mordidas. Su mano subió por entre mis muslos.

—Si así es, entonces déjame sacarte de tu miseria.

En un instante me tenía otra vez entre la tierra y el cielo con su increíble manera de tocarme. Ni mi propio vibrador ni ningún hombre habían logrado hacerme sentir tanto tan rápido. Primero adentró un solo dedo mientras su pulgar jugaba con ese botón que hacía que cerrase los ojos y viese explotar las estrellas detrás de los párpados. A su dedo se le unió otro, dedos traviesos que me abrían como a una flor... Mi cuerpo me traicionaba poco a poco, y ahí vino el maremoto que me lanzó al otro lado del universo, al paraíso.

Sus labios cayeron suaves y sutiles contra los míos. Acuné su rostro trayéndolo más hacia mí, pero no me fue suficiente; me lancé por completo a él, mis manos entrelazándose en su nuca. Me perdí en su boca, en su labios, en un recuerdo de cuando antes solíamos ser uno. Y sentí un dolor inmenso, porque aún lo amaba y lo perdería otra vez.

Subimos a la superficie a regañadientes, con las respiraciones entrecortadas, nuestros pechos subiendo y bajando, escuchaba latir mi corazón en mi oído.

—Eso que hiciste se llama chantaje… —le dije, tragándome un suspiro—. Estoy cien... por cien... segura, chantaje. —Mi voz ahogada, mi garganta seca.

—Lo que sea para que pases la noche conmigo. —Se levantó y me ofreció la misma mano que había sido culpable del mejor orgasmo que he tenido en quizás años—. Pero no te preocupes, que te llevo a casa.

Tomé su mano, infeliz por su decisión.

—No te noto feliz. ¿Voy a necesitar el aparcacoches, Cristi? —preguntó, y negué.

Había decidido vivir.

(…)

CAPÍTULO
Dieciocho

Cristina

Besarle otra vez sin preámbulos, sin juegos, solo porque sí, era como si mi vida me hubiera sido devuelta. Yo era un reo al que le habían devuelto la libertad. Me había vuelto el alma al cuerpo y sentí una felicidad infinita. Cerré los ojos, mis manos en sus hombros viajando lento hasta su nuca; entrelacé los dedos ahí, despeinando su pelo mucho más de lo que ya estaba.

Me maravillaba lo increíble que era que mi cuerpo cupiera entre el suyo, lo delicada y pequeña que me hacía sentir, pero a la vez grande e infinita. Me elevaba a otro mundo donde todo desaparecía y solo quedaban sus fuertes brazos anclándome a ese universo donde solo existíamos nosotros dos.

Un bramido animal escapó de él y me levantó en peso de un golpe contra la pared del elevador, mis piernas rodeando su cintura al instante. Al separarnos nuestras miradas parecían drogadas, las respiraciones eran entrecortadas y mi cuerpo vibraba. ¿Cómo podía algo que estaba tan mal sentirse tan pero tan bien?

Nuestros pechos subían y bajaban, jadeantes. Volvió a apresar mis labios, besándome con mucha más hambre, más lujuria; sus labios más carnales, su lengua furiosa adentrándose en mi boca en una guerra del deseo que ninguno de los dos ganaría.

Nuestras bocas se separaron de mala gana ante el sonido del elevador abriéndose. Me podrían pegar con cola a él y lo tomaría como un reto, juro que podría besarle toda una vida.

Con mis piernas alrededor de su cintura, nos llevó a lo que asumí era su puerta. Se detuvo, su frente contra la mía, sus ojos quemando los míos, el gris de los suyos dos lagunas.

—Recuérdame: ¿por qué perdimos tanto tiempo? No sabes lo mucho que te he necesitado, lo mucho que te he echado de menos estos años. Tú eras la mujer; qué digo, tú eres la mujer, siempre has sido solo tú, Cristi, te amo… Lo sabes, ¿verdad? Te amé como nunca amaré a nadie en mi puta vida…

Dejé caer mi mejilla sobre su hombro y le giré la cara; no quería que me viese, porque mis ojos se aguaron. Quise decirle que yo lo necesité mucho más, que cada día me preguntaba qué podría haber sido, que pasé miles de noches sin dormir cuando los chicos eran solo bebés viendo la película de nuestro romance en mi memoria, de nuestra vida. Me imaginaba cómo podría haber sido tenerlo ahí cuando las cosas se tornaron difíciles, cuando las madrugadas se convertían en mañanas y yo aún no dormía. No había notado que mis lágrimas le mojaban la camisa. Cerré los ojos y me las sequé, sacudiendo la cabeza.

Supe que habíamos entrado a la habitación porque el aire frío me erizó la piel y el olor a limpio chocó con mi nariz. Ale me dejó caer en la esquina de la cama y mis brazos se sintieron huérfanos sin él. La habitación no era de estas modernas, donde todo es plástico y sin carácter.

Tenía toques del siglo XIX. La chimenea antigua de gas iba del piso al techo, y había un gran candelabro de cristal que colgaba sobre la gran cama de cuatro postes, cuyo cobertor era rojo sangre.

—¿Frío?

—Un poco. —Le observé caminar a un pequeño panel en la pared, tocar varios botones y detener el aire acondicionado. Sentí alivio.

Vino a mí y se arrodilló en la alfombra, mis piernas alrededor de su torso. Se me subió el vestido, mostrando mucho más mis muslos. Nuestros ojos estaban casi a nivel y me puso un mechón que no había notado que se me había salido del peinado detrás de la oreja.

—Si te toco mucho es porque a veces no me creo que estés aquí, no sabes las mil veces que soñé con momentos como estos.

Seguí mi instinto. Le puse las manos en los hombros, cerré los ojos y una lágrima se escapó.

—Yo creo que aún sueño —admití—. No tienes ni idea de lo mucho que te necesité…

Te necesitamos.

Me limpió la mejilla con el pulgar y no se detuvo: continuó por mi piel hasta acariciarme el labio inferior y me besó delicadamente, solo sus besos tocando los míos.

Si buscábamos un culpable para este dilema nuestro, creo que al final ambos teníamos la misma culpa, dos tontos que no supieron lo mucho que se querían y lo mucho que se necesitaban pensando que iban a estar bien, que otros podrían llenar ese vacío. Y aquí estábamos otra vez.

Le vi pararse y perderse en el baño. Volvió con unos pantalones de ejercicio y un jersey. Me los entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté tomando las prendas.

—Para que duermas. No creo que quieras que algo pase, y te conozco y dudo que quieras dormir en ese vestido, se ve incómodo. Aunque si prefieres dormir en cueros, no me opongo.

Hizo una pausa y lanzó la mirada al piso.

—Ale.

—¿Qué?

La indecisión comenzó a darme vueltas en la cabeza. Dormir a su lado era dejar la válvula del gas abierta para luego lanzarle un fósforo.

—No creo que vaya a quedarme.

—No digas eso. Sabes que te respeto, ¿verdad?

Moví la cabeza en un rápido sí.

—Babe, solo necesito tu compañía. Podríamos pedir postre a la habitación y ver una peli. Si al final de veras te quieres ir, a la hora que quieras te llevo a casa. No tienes que dormir aquí, solo quédate un ratito más.

—Hmm, solo si yo escojo la peli. Tú todo lo que ves son películas de guerra.

Le vi debatirse un momento.

—*El diario de Noa* tiene guerra.

—Pero no es toda la película, Alejandro.

—Oh, Dios, otra vez soy Alejandro, estoy en problemas. Ve, cámbiate ese vestido, se ve incómodo.

—¿O te incomoda a ti?

—Cristi, una cosa es que te respete, otra es que me provoques.

Asentí, sintiéndome culpable. Él solo negó, sacudiendo la cabeza; quizás intentando sacudir sus pensamientos ilícitos. Volvió al piso, se sentó a mis pies, tomó uno de ellos en sus manos y comenzó a desabrochar las hebillas de mis tacones.

—Estos deben de estarte asesinando, ¿verdad?

Sí, tenía que admitirlo: los zapatos me estaban matando. Le ofrecí el otro pie sin que me lo pidiera, a lo que él sonrió.

—Gracias. —Estiré todos los dedos de los pies, pintados de un rojo carmín, apreciando las fibras naturales de la alfombra tibia bajo ellos. Aumentó su sonrisa e hizo un pequeño gesto con la cabeza—. ¿Qué?

—Veo que no muchas cosas cambian: aún te pintas las uñas de rojo fuego…

—Siempre.

Me levanté, le lancé un beso al aire y él aprovechó para darme una nalgada cariñosa. Apresurada, tomé las prendas de ropa de la cama y corrí al baño a cambiarme. Noté la gran tina que no usaríamos… Y le escuché llamando por teléfono para hacer el pedido.

—¿Pistacho? —gritó detrás de la puerta, y grité que sí.

—El helado es y siempre ha sido mi talón de Aquiles.

—… Y el sushi, y la comida *tex-mex*, y las margaritas. —Reí, no había notado que hablé en voz alta, ni que podía escucharme—. No es solo el talón, querida, es un pie completo.

Me miré en el gran espejo y sonreí a mi reflejo sonrojado y nervioso. Escondí el rostro en mis manos. Retiré el vestido y me observé: no me veía nada mal. No era tan joven, pero no tenía los pechos muy caídos; tenía el vientre un poco plano, caderas anchas y unas piernas tonificadas y largas.

Me preguntaba qué podría pasar si salía desnuda. Me mordí el labio inferior. No pasaría nada, no estaba lista por muchas razones; más, por esa cicatriz bajo el vientre que él no podía ver, no aún.

CAPÍTULO
Diecinueve

Cristina

—¿Qué peli quieres ver? —Me entregó el mando de la televisión a la vez que nos acomodábamos debajo de las mantas.

—Qué honor, me está dando el mando. —Exageré mi emoción bailando con los hombros.

—Escoge algo rápido. —Sus ojos se fueron a mi boca—. Ver tu lengua salir a jugar y lamer ese helado es una pero muy mala idea.

—¿Por qué? ¿Te tortura? —Le di un elaborado lengüetazo al cono, llenándome la lengua de helado. Se me congeló el cerebro de lo rápido que lo tragué y él comenzó a reírse de mí. Le pegué en el muslo.

—Me alegro, eso te pasa por no jugar limpio. —Tocó su nariz con la mía y besó mi frente—. Escoge la peli, Cristi, por favor, antes de que termines debajo de mí haciendo lo que ahora mismo te debates.

Asentí y terminé escogiendo una comedia, *Cómo perder a un hombre en diez días*. Me la sabía de memoria y no habría momentos incómodos ni escenas subidas de tono, solo algo romántico y ligero.

—¿En serio, Cristina? ¿Otra vez? —Olvidaba las mil y una veces que lo obligué a verla conmigo—. Si te la sabes de memoria.

—Hace muchísimo que no la veo.

Él rodó los ojos, sin creerme.

Ya íbamos por la mitad de la película y me reía a carcajadas con lágrimas en los ojos: Andy, en la televisión, le soplaba los mocos a su novio, una escena que, no importaba cuántas veces veía, siempre me causaba risa. Con un brazo extendido en la almohada detrás de mí y su cuerpo al lado del mío me mantenía calentita, y nunca quise irme de allí. Le miré, pero él no veía la peli: se concentraba en mí, me estudiaba.

—¿Cómo es tu vida en D. C.? —pregunté, bajándole el volumen.

—¿Cómo es? Dirás cómo era, porque no existe vida en D. C. para mí. Ya no.

Resoplé porque no quería creerle, porque si le creía volvería a caer con mucha más fuerza que la primera vez, estrellándome contra el pavimento, y esta vez no sería yo sola la herida. Algo debió de ver en mi rostro, porque dijo:

—Aún no crees que me quedo, ¿verdad?

No le contesté.

—Mi vida era deprimente y solitaria —resumió.

—¿En serio? Me imaginaba algo distinto.

—¿Qué te imaginabas? Dame la imagen completa. —Tomó un sorbo de su bebida; después

del helado, había abierto una botella de Bourbon.

—Ibas de gala en gala, una gran casa o un apartamento con una excelente vista, una increíble vida social... —A esto resopló alto y claro, hice una pausa y tragué en seco—. Mujeres... —A esto le escuché reír. Me volví a mirarle otra vez con la media luz de la televisión. Parecía que tuviera una nube negra encima y quise apretarle fuerte, abrazarlo, pero me quedé inmóvil.

—No vivo nada de eso que dices; ni galas, ni un gran apartamento... Tengo un pequeño estudio en Chinatown, en el corazón de D. C., un colchón en el piso, y lo único caro que poseo es una cafetera Marzocco, es mi único placer.

—¿La compraste?… Qué envidia, siempre he querido una.

—Lo sé.

Recordaba que él se quejaba de mi pequeña cafetera, que «el café nada más es agua»; aun así, se lo tomaba.

Alejandro tenía dinero como para comprarse diez de esas, pero cuando estábamos juntos se ponía mucho a mi nivel y no tocábamos el tema del dinero. Él siempre ha sido una persona modesta, no importaban los ceros en su cuenta bancaria; bueno, excepto con los carros, que son su juguete favorito.

Me acercó su teléfono y me lo entregó con una fotografía abierta.

—Por si no me crees.

Era una foto de su cocina en D. C.; no tenía nada en la encimera de granito, solo una máquina poderosa de aluminio roja y plateada.

—¿Por qué roja?

—Algo me dice que todos tus electrodomésticos son rojos.

Reí ahogándome.

—Esperabas que te adoptáramos a ti y a tu máquina de café expreso, ¿verdad?

—Ese siempre fue el plan, amor; soy huérfano de alma y corazón, y tú la dueña.

Me besó la frente y quise que nos quedásemos así, en nuestra pequeña burbuja, pero sabía que nuestras horas estaban contadas. En cuanto supiese de sus hijos, se espantaría.

—¿Y no ha habido nadie lo suficiente interesante para sacarte de esa soledad? —pregunté.

—Nadie.

—Psicópata… —comenzó a hacerme cosquillas—. Es broma —me apuré a decir, pero no se detuvo y fui al ataque hasta que ambos nos quedamos sin aliento, y terminé rogándole tregua.

—No te voy a mentir —su respiración era entrecortada, jadeante—: las ha habido. Alguna que otra cita, algún que otro encuentro carnal... Pero todo estéril, nada que causara la emoción suficiente como para querer cambiar mi vida ni mi rutina.

Sentí unos celos increíbles al escucharle hablar de que otras mujeres lo habían tocado; mujeres que por un segundo creían que él era suyo; mujeres que sabían lo que se sentía al ser tocadas por él; mujeres que sabían lo poderoso de sus manos, de sus besos, que te atrapan y te hacen prisionera; porque él es de los que te arruina, al que compararás con todos los demás; en el que pensarás en esas noches en que no puedes dormir; ese que nunca olvidarás.

—¿Qué hay de ti? —Su pregunta me trajo de vuelta al momento, a nosotros en la cama, de lado, nuestros hombros casi tocándose.

—Igual. —No quise darle más detalles, no quería parecer más patética de lo que ya era: una tonta que se dedicó a perder el tiempo, a criar a sus hijos. Había perdido mi juventud y no podía decirle que después de él no había habido nadie más.

Me regaló su sonrisa.

—Nos hicimos tremendo número, ¿crees que necesitaremos terapia? —bromeó golpeándome

en el hombro, la luz iluminaba su mirada.

—He estado ahí y te digo que no te cura.

—¿Sabes qué sí cura? —Sus labios atraparon los míos en un beso simple, solo su boca pegada a la mía sin moverse, mis labios cerrados en los suyos—. Amarse, amarse cura.

Se me escapó un suspiro, los ojos se me aguaron y sentí que era mejor cambiar la conversación; íbamos por territorio minado.

—¿Qué harás en Carolina del Sur? ¿Ejercerás la cirugía?

—Por ahora estoy disfrutando de no trabajar.

—La cirugía es tu vida, Ale.

—No, ahí te equivocas: es un trabajo. Me metí en esto siguiendo a mi padre y a mi hermano, siempre queriendo ser mejor que ambos… Y mira a dónde me llevó: a perderte a ti, a una vida solitaria, a ser un egoísta.

Me sorprendió lo sincero y resuelto que sonaba.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—Darme un tiempo, pensar en lo *yo* quiero de verdad. Me refiero a mi vida profesional, porque en la personal sé cien por cien lo que quiero. —Me sostuvo la mirada—. A veces nos mantenemos tan enfocados en una meta, y luego en la siguiente, que nos vuelve adictos. Existe esa sensación de euforia y dopamina al terminar que se convierte en una adicción. Te creas una nueva meta, luego otra, hasta que un día despiertas y te ves solo entre cuatro paredes. Primero, graduarse con honores; después, comenzar la escuela de medicina... No es suficiente ser el número uno, que te escriban las mejores universidades, que te busquen, te halaguen, que todos quieran algo de ti. John Hopkins y Harvard fueron excelentes, adoro la cirugía y les doy las gracias porque soy quizás uno de los mejores cirujanos de la costa este, pero…

Bajé la mirada, pero tomó mi barbilla y sus ojos me atraparon. Casi pude terminar esa oración por él: *¿a qué costo?*

—Es una adicción —repitió—. Te nubla la mente y solo ves eso: soy el mejor, tengo dinero, siempre lo tuve, no tengo un préstamo estudiantil ni deudas… ¿Por qué coño tuve que irme?

—Ale…

—No, me culpo, totalmente, me culpo… Nunca debí dejarte.

—Mira, aquí estoy. —Sonreí. Debí decirle que no todo fue su culpa, pero pronto me lo soltaría cuando se enterase de sus hijos.

—Un suertudo de mierda que soy, Cristi. No soy el mismo, antes era un zombi en vida; la vida pasaba conmigo en el asiento del pasajero y ni lo noté, y que estemos aquí juntos, aún después de los años, es el más grande regalo. Un milagro.

Asentí y se me escapó un bostezo. Quería creerle, juro que quería creerle. Lanzó un brazo sobre mis hombros y me atrajo mucho más a él, acomodándome de costado, mi mejilla descansando en su cuerpo. Los latidos de su corazón eran una melodía que nunca pensé que escucharía otra vez. Cerré los ojos y otro bostezo se me escapó. Me dije que solo un segundo, solo un minuto…

CAPÍTULO
Veinte

Cristina

Nos despertamos al amanecer; mejor dicho, me desperté yo, acostumbrada a levantarme al alba. Si fuera por él aún estaríamos durmiendo. Insistió en llevarme a casa y no le discutí; era domingo por la mañana, muy temprano, y se han escuchado muchas historias de raptos y esas cosas.

—Me gusta. ¿De los años veinte? —Apagó el motor de su auto frente a mi casa justo cuando los primeros rayos del sol comenzaban a darle luz al día.

—Sí.

Seguí su mirada y observé mi casa: un poco pequeña, con techo a dos aguas, un portal, la puerta pintada de amarillo pollito y los ladrillos pintados de gris, en contraste con los techos de tejas rojas.

Solo pensar que me juzgaba en silencio me causaba vergüenza.

—Es muy tú. —Se volvió a mí—. ¿Me invitas a entrar?

—No.

—Seguro que es porque tienes que organizar el reguero que tienes dentro. —Rio y le pegué en el hombro.

No le invitaba porque ese era el único espacio donde él nunca había estado, donde no tenía que preocuparme por que su recuerdo volviese como un *déjà vu*.

—Te sorprenderá lo muy organizada que me he vuelto.

Y es verdad, el reguero me da urticaria gracias a él.

—Veo que el trastorno obsesivo compulsivo se pega.

—Quizás. —Rodé los ojos.

Recuerdo que Ale siempre iba por toda la casa recogiendo detrás de mí, y ahora yo voy recogiendo detrás de sus hijos, que tienen su inteligencia pero mi tendencia al desorden.

—¿De veras no me invitas? —Le dije que no con los dedos y aprovechó para tomar mi mano y besar mis nudillos—. ¿Nos vemos el fin de semana que viene? —Pestañeé a su pregunta—. Una cita, esta vez de verdad. Tú y yo. ¿Qué dices?

—No creo que eso sea una buena idea. —Abrí la puerta para salir.

Se inclinó a mí, acunó mi rostro y con su pulgar acarició mi mejilla.

—¿Puedes dormir a mi lado pero no puedes ir a cenar conmigo? ¿Quién te entiende?

—Ayer me emboscaste.

—Hmm... —Se lamió los labios, y el sonido que escapó de su garganta fue directo a mis bragas.

—Suena sucio cuando lo pones así, y no pasó nada —me defendí.

—Entonces —me miró de arriba abajo— quiero mi ropa de vuelta.

—Te la devolveré, por supuesto.

Sus ojos fueron a mis labios y se inclinó con intención, pero no me besó, y dijo contra ellos:

—Las quiero ahora.

—No seas tan infantil, te la devuelvo luego.

Viró la vista al lado de su ventanilla, y suspiró.

—No vas a ceder tan fácil, ¿verdad?

—Está bien, voy dentro, me cambio y te traigo tu ropa.

Volvió a mirarme.

—No hablo de la ropa, Cristina, es un eufemismo.

—Lo sé, pero no nací ayer. Llegaste el miércoles y hoy es domingo, nunca me buscaste en seis años y ya quieres ser mi prioridad, suerte que estaba soltera. —Esto último no sé ni por qué lo dije en voz alta, ¿por qué me rebajaba a él cada vez?

—Cristi.

—No me asfixies, ¿sí?

Se volvió del todo en su asiento y tomó mi barbilla obligándome a que le mirase.

—A ver, ¿por qué no? ¿Por qué estaría tan mal volver a intentarlo?

Le respondería que porque una vez no funcionamos, que no le creía nada, pero tenerlo tan cerca nublaba mi cerebro, y más cuando me tocaba, su dedo viajando de mi mejilla a mi cuello, terminando en mi nuca, atrayéndome a él, a sus labios, a su sabor, al pozo que me calmaba la sed, a su olor en el pequeño espacio, que me embriagaba, a sus ojos hipnotizándome. No jugaba limpio, podría pedirme entrar, pedirme que me desnudase, lanzarme en la cama y hacer su voluntad conmigo, y lo haría, me entregaría a él en bandeja de plata. Esa certeza me asustó, y en un movimiento brusco me separé de él.

—Vayamos lento.

Sé que quería discutirme, sus ojos eran fuego. Después de una pausa, asintió.

Mi móvil timbró por tercera vez esta mañana y lo saqué a ver quién era. Amy. Si no le contestaba llamaría a la policía. Me tomé dos segundos para mandarle un mensaje y decirle que estaba bien y ya en casa, a lo que respondió: «entonces te devuelvo a tus hijos».

—Tu móvil no deja de sonar, Cristina. ¿Quién te necesita con tanta insistencia?

—Amy.

—¿Qué quiere Amy tan temprano?

—Estaba en una cita, Ale, y no le he contestado en toda la noche. Está preocupada, y yo estoy cansada, mejor hablamos luego, ¿sí?

Abrí la puerta y de un solo golpe salí al aire frío. Me siguió al momento, y no sé cómo podía ser tan rápido, pero me interceptó. Su brazo me rodeó por la cintura y me atrapó entre el auto y él.

—Hey, hey… Espera… ¿Qué fue eso? ¿Te vas sin más? —Pegó la frente contra la mía, sus manos sosteniendo mi cintura, unidos de cadera a cadera—. Es un crimen no volver a intentarlo, Cristina.

El problema estaba en lo que no le decía, lo que me guardaba, pues lo nuestro era solo un castillo de arena a punto de ser destruido por la verdad. Dios sabe lo mucho que quería gritarle que tenía dos hijos, pero quería disfrutar un poquito más de esto entre nosotros, aunque fuese un espejismo, aunque no fuese real.

—Habla, mujer, por Dios, que me tienes al borde de un ataque cardíaco, di algo…

—Lento, Ale, por favor.

—Babe, ¿quieres la verdad? No somos de ir lento, vamos a cien mil millas por hora. Dormiste a mi lado serena y tranquila, y ha sido el mejor sueño que he tenido en putos años.

«Yo también —quise decirle—, pero sin niños revoltosos que se metan en tu cama en la madrugada y te desvelen cualquiera tiene el mejor sueño de su vida. Espera a conocerlos, no dormirás así de bien».

Negué. Las lágrimas querían salir en esta obra de teatro, en este drama sin fin que habíamos creado, a este lodo en el que nos hundíamos sin notar la rama sobre nuestras cabezas. Solo tenía que gritarle que le mentí, que había estado embarazada y que tenía dos hijos para que él se montase en su preciado Bentley y se marchara con humo en las llantas.

—¿Qué te detiene? Dímelo, al menos me merezco saberlo.

—No quieres hijos —murmuré, y ahí estaba. Tenía que decirlo, teníamos que hablar de esa mañana que lo cambió todo en mi vida, en nuestras vidas; la mañana que debió ser la más feliz de mi vida y no lo fue. No me atreví a mirarle a los ojos después de ver la confusión, el dolor y la furia en ellos. Corrí a la puerta, pero antes de que pudiese llegar a ella él me obstaculizó el paso.

—Claro que los quiero, ¿de qué hablas?

—¿Y si hubiese estado embarazada seis años atrás?

Un embarazo no cabía en tu plan de vida, Alejandro, admítelo.

—Pero no lo estabas. No sabes la presión que tenía hace seis años. Acabábamos de terminar, me habían aceptado en John Hopkins... Pero si hubieses estado embarazada… ¿A qué viene todo esto? ¿Por eso crees que no quiero tener hijos?

—¡Me pediste que abortara! —Tuve que restregarle esa verdad en la cara.

—¿Y te has preguntado por qué?

Por egoísta e hijo de puta.…

—Te diré… —Negó y suspiró—. Porque no quería que lo hicieses sola, Cristina. Yo no hubiese podido ayudarte con la residencia de cirugía y un hijo nos hubiese separado. No sabes las largas horas que trabajaba, no paraba en casa.

—Alejandro, me pediste que abortara —grité.

—A una criatura que no existía. —Él habló calmado, sus ojos me rogaban que le dijese que esa criatura no existía, o al menos eso interpretaba yo. Suspiró y volvió a mí—. Quizás me asusté. Sentí un miedo inmenso cuando me dijiste, pero la elección es y siempre sería tuya. Y si… hipotéticamente digamos que sí estabas embarazada y querías tenerlo; ¿crees que te iba a dejar sola?, ¿me crees tan vil?, ¿tan mal hombre que embarazaría a mi compañera y la dejaría sola?

Las lágrimas salieron solas de mis ojos porque nos había jodido la vida. Me tomó en sus brazos y me rodeó en un abrazo. Le abracé de vuelta, porque cuando supiese la verdad él no querría nada conmigo.

—Y te digo más —su aliento en mi oído—: si lo hubieses estado, en este momento te juro que estaríamos casados. Y no con uno, sino quizás tres, porque te amo y siempre quise una vida contigo; lo sabes muy bien. Y el día que nos quedemos embarazados, quiero estar ahí en cada cita médica, en cada antojo y cada malestar, en todo.

Rompí a llorar porque se lo prohibí; le prohibí la opción de elegir estar o no estar, y me odiaría cuando supiese la verdad. Ahí supe que nuestra relación había terminado al mismo tiempo que se reinició, ¿por qué aún le mentía? La verdad se quedaba ahogada en mi garganta cada vez que intentaba decirlo. Aquí la cobarde era yo, la que le tenía miedo a todo era yo. La mayor culpable de nuestra separación era yo.

—Todo esto solo muestra lo muy poco que me conoces. —El puñal de sus palabras

continuaba encajando más y más—. Reaccioné mal, pero al final la decisión era tuya, y yo hubiese estado ahí siempre. Algo me dice que no me conocías.

—No sé, será porque nunca sentí que me apoyarías si estuviese embarazada. Tengo este presentimiento de que lo que dices ahora es solo para convencerme de que vuelva contigo. Ya eres cirujano, ya tienes tus sueños y ahora tienes tiempo para mí, pero recuerdo bien tu voz cuando me lo pediste y no fue miedo, es solo que ahora te conviene mentir.

—Piensa lo que quieras pensar, yo sé lo que existe en mi corazón. Y sí, quizás lo dije; sí, quizás me enfadé, conmigo, nunca contigo. A través de los años te demostré que mi único propósito en esta vida es hacerte feliz, ¿cómo no sabías eso?

Chasqueé la lengua y rodé los ojos, separándome de él para leer un mensaje en mi móvil.

«Loca, ¿te llevo a tus mocosos? A no ser que prefieras descansar esta mañana, debes de estar exhausta, jajaja».

Mi sonrisa salió a manera de reflejo. Él lo tomó como respuesta a lo que había dicho.

—¿No eras feliz? ¡Contéstame!

Y tenía que darle eso. Los tres años que viví de novia con él fueron los mejores de mi vida y sí, fui muy feliz.

—Tengo miedo, está bien —admití—. Miedo a confiar, miedo a bajar la guardia y que te marches.

—Tú terminaste conmigo, yo me fui porque tú —me señaló— terminaste conmigo.

—Planeaste mi vida sin contar conmigo, querías que me mudara sin preguntarme lo que yo quería.

Suspiró alto y se rascó la cabeza. Íbamos en círculo, culpándonos el uno al otro.

—Mi error, lo reconozco: no debí asumir que me seguirías como un perrito faldero.

«No, no debiste», quise decir.

—No me arrepiento de eso. Aprendí a ser independiente sin ti, soy feliz, y a mi edad no tengo ganas de perder eso.

Nos miramos fijo por no sé cuánto tiempo. Al final, él asintió derrotado, se montó en su auto y se fue.

CAPÍTULO

Veintiuno

ALEJANDRO

Pasé toda la mañana con una sensación de *déjà vu*, un *je ne sais quoi*, quizás debido al abismo que de la nada se abrió a mis pies, no sé; un momento amanecía a mi lado con una sonrisa en los labios que iluminaba el mundo y al siguiente no éramos absolutamente nada y lo nuestro había quedado en el puto limbo.

La voz de Aileen me trajo de vuelta.

—No se ve mal. —Observó la casa con el ceño fruncido mucho más tiempo del necesario, quizás molesta porque la hacía trabajar un domingo por la tarde. Arrugó la nariz por enésima vez en cinco segundos—. Quiero decir, esta es... —Hizo una pausa, se volvió a mí—. Es el área más cara de la ciudad, lo entiendo, pero ¿puedo ser sincera?

Sin peros. No me interesaba su opinión, solo necesitaba que hiciese su trabajo y me consiguiese esa casa. Cristina necesitaba entender de inmediato que yo no jugaba, era todo o nada y no iba a perder el tiempo. La quería viviendo conmigo, la quería como mi esposa, y esta era su casa favorita, así que era mi boleto.

—Sin peros, esta es la casa que quiero.

—Si quieres una casa con acceso al lago, hay dos en venta mucho más modernas y remodeladas…

—Aileen —la corté—, haz tu trabajo. —Señalé la casa con ambas manos—. Esta. Es. La. Que. Quiero. —Se lo dije lento para ver si lo entendía.

—No creo que esté en venta, nos llevaría meses... ¿Estás seguro de que no quieres ver otras en el tiempo que nos tome?

—No.

—¿Te quedarás en el Mansión todo este tiempo?

¿Y… esta a qué juega?

—Haz tu trabajo —dije entre dientes. Me desquitaba la frustración con ella, quizás. No se lo merecía, pero estaba de un humor de perros.

Bajó la mirada y metió la mano en su cartera. Después de un largo minuto de buscar sin éxito, sacó su móvil. Mientras ella hacía varias llamadas, yo me alejé para observar el exterior de la casa que tenía enfrente. Sí que era hermosa, con su estilo neoclásico, pilares... Un porche rodeaba toda la casa, lleno de hojas caídas. Necesitaría mucha remodelación, mucho arreglo. El jardín de enfrente estaba descuidado, lleno de malas hierbas; las ventanas eran antiguas y algunas tenían los cristales rotos, y los ladrillos amarillentos estaban llenos de musgo. Era un diamante en bruto que yo mismo no había visto años atrás.

El primer día que fuimos a correr, Cristina me la enseñó y pasé de ella. Según ella, se veía

casi igual a la de la película esa de Noah; en aquel tiempo, ella estaba obsesionada con esa película. Correr se volvió una rutina, igual que la discusión sobre la casa. A mí me gustaba terminar mi trote en lo alto de la colina, tomar un descanso y observar la salida del sol.

En paz.

—Para, que me matas —se quejó mi novia ese día, años atrás. Jadeante, se detuvo a unos metros, inclinada hacia adelante con ambas manos en las rodillas. Una capa de sudor la cubría, tenía las mejillas enrojecidas y el cabello pegado a la cara, y se veía bellísima. No podía creerlo, la llamaba mi novia: Cristina era oficialmente mía.

—Vamos, muévete. —Corrí a donde estaba y la empujé, agarrándole el trasero con una mano y empujándola hacia adelante.

—¡Alejandro! Compórtate, hay niños. —Miró a todos lados, notando lo improbable de esa justificación. Estábamos solos, sus ojos brillaban, reía de oreja a oreja y tenía ese fuego y la intención pícara en la mirada que ya reconocía como su manera de abrirme las puertas.

—Si te sientes tan cansada, caminemos.

—Creo que es mejor dar la vuelta, desde aquí es todo subida. Solo a mí se me ocurre seguirte en esta locura... después de la noche que tuve...

—Olvidas que eras tú quien rogaba por más. ¿Quieres que te diga cómo decías anoche? Aaay, Alejandro, síííííí, Alejandro..., más, Alejandro...

Escondió el rostro entre ambas manos.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Cariño —retiré sus manos y acuné su rostro, sentí el calor tibio de su piel, sus ojos bebiéndome intensamente—, nadie muere por hacer el amor en exceso.

—¿En serio? Mi media sí va a sufrir si seguimos así.

—No si continúas estudiando conmigo... —Le guiñé.

—Si todo lo que hacemos es estudiar anatomía sin ropa...

—Y eso es solo el precalentamiento.

—Eso dices todos los días —dijo riendo y negando a la vez—. Hoy —su voz más ronca y seria— me quedo en mi apartamento, voy a estudiar...

—¿Me vas a dejar solo?

—Sí. —Apuró el paso. La tomé del antebrazo, le di la vuelta y su pecho chocó con el mío.

—¿Cómo voy a dormir sin ti? —Si soné baboso no me importo: sin Cristina no dormía y pasaba la noche en vela; ella era el Benadryl para mis nervios.

—Eso dices todos los días, y todos los días me mantienes despierta hasta la madrugada.

—Hoy no, lo prometo.

—Alejandro, en serio, necesito dormir —se quejó.

Ambos necesitábamos dormir. Sus ojeras comenzaban a verse tanto como las mías, sus ojos ensangrentados, todo le sobresaltaba por culpa de la mucha cafeína... Suspiré. La miré de arriba abajo: esos pequeños *shorts* de ejercicio dejaban ver sus increíbles piernas bronceadas. Me volvían loco. Me la grabaría en la mente para liberarme a mí mismo luego, porque no podía prometer que la dejaría dormir.

—Está bien, hoy duerme en tu apartamento.

Ella asintió, y quise creer que sus ojos se veían tristes.

Seguimos camino arriba. Caminaba a mi lado en silencio. Tomé su mano primero, comenzando con acariciar el dorso de la suya con el mío; luego entrelacé mi meñique en el suyo hasta que ya todos nuestros dedos estaban entrelazados. Apretó mi mano con fuerza, elevó la cabeza y me miró a los ojos.

—Te quiero tanto... —Su voz salió en un hilo, entre el murmullo y el silencio.

Nuestra relación estaba en pañales. Llevábamos siete meses; estudiábamos juntos, salíamos en citas y dormía en mi cama casi todas las noches, pero esa pequeña palabra, «te amo», no había salido ni de mis labios ni de los suyos, y es que ni ella ni yo nos atrevíamos a soltar esa palabrota con tanto peso, la que lo cambiaría todo. Me alegré de que hubiese sido ella, yo no me hubiese atrevido nunca. La necesitaba demasiado, necesitaba su rostro al despertar cada mañana, su cuerpecito desnudo en mis camisetas, sus manos acariciando mi espalda cuando me besaba, su aliento en mi cara... Incluso sus malos humores y sus ojos rodantes a todo lo que no le parecía bien. No, no querría perder todo eso y más después de soltar esas estúpidas palabras. «Te amo». Si ella no sentía lo mismo, sería mi fin.

La detuve, sosteniendo su cintura. Mis ojos radiaban felicidad y sonreí; ella me devolvió la sonrisa. Creando expectación, mis labios colapsaron en los suyos despacio, tortuosamente lento. Oh, sí que sabía más dulce cada día; sabía a macarons de vainilla, sus preferidos. Su boca había reemplazado por completo mi adicción al azúcar.

Intenté decirle lo mucho que la amaba apresando todo su cuerpo contra el mío, poseyendo su alma en un beso como nunca; quería contarle una historia, una historia solo de nosotros dos...

Mis palabras salieron sin forzarlas, como una mariposa que, al primer momento de libertad, vuela libre y contenta.

—Te amo tanto —le dije, mis labios a milímetros de su boca. Besé su sonrisa, bebí su aliento.

Nos vi desde fuera: yo inclinado dándome un banquete con sus labios, ella de puntillas, sus brazos cruzados en mi cuello, sus manos despeinando mi pelo; su senos apresados contra mi pecho, mis manos una acunando su trasero, la otra atrayéndola mucho más a mí.

Me sentía libre y contento... ¿Qué más se podía pedir? Tenía la mujer, la carrera y el prestigio... Joder, dormir solo iba a ser una tortura.

—No puedo creer que te ame incluso cuando me haces correr cinco kilómetros antes de tomar mi droga diaria.

Lancé una carcajada, sentirse así de liviano era increíble.

—¿Vamos por un café después?

No necesitaba preguntarlo, ya comenzaba a ser rutina. Todos los días lo mismo: Cristina se quejaba pero terminaba corriendo conmigo, observábamos la salida del sol, comprábamos un café en una pequeña cafetería en la esquina del parque y un dónut opcional; según ella, su recompensa. Luego caminábamos de regreso al coche café en mano para terminar con una ducha compartida.

Mi vida no podría ser mejor ni aunque la hubiese escrito yo mismo.

—Ya comienza a amanecer. —Su voz sonaba decepcionada, se perdería la salida del sol.

—Pues correeeee —le grité con euforia, dando los primeros pasos de un trote. Ella hizo lo mismo.

Minutos más tarde, amanecía, el sol volviendo su pelo de un color casi rojo y sus ojos más coñac. Vi los pelos erizados en su brazo y me situé detrás de ella, abrazándola. No había nada más increíble: ella en mis brazos, su espalda en mi pecho, mis brazos rodeando sus hombros, nuestras manos entrelazadas en su pecho. No me pude contener y le besé el cuello.

—Mira cómo le da la luz..., es mágica...

Chasqueé los dientes, ahí íbamos otra vez. «La historia de una casa», debería llamar a esa discusión que veía venir.

—Es la más linda de todas —justificó. Yo siempre tenía la misma reacción: fruncía la frente,

retorcía la nariz y negaba. No veía lo que ella veía.

—No lo veo.

—Sí, claro, ahora está vieja y destruida.

Cristina le había tomado afecto a una casa de lejos, en el vecindario más caro de toda la ciudad, al otro lado del lago; un objeto anacrónico rodeado de otras casas mucho más nuevas; se veía que necesitaría mucho trabajo y arreglos para poderla habitar.

—Prométeme que la compraremos.

—Vamos, que llegaremos tarde a clase. —Siempre me escabullía de hacer esa promesa.

—¿Por qué no?

—Yo no soy constructor, ni decorador, ni tengo ganas de...

Quise ver su expresión en mi mente, pero mi memoria no la recordaba porque, aunque le habían herido mis palabras, yo no podía verla. Nada en aquel entonces me importaba, yo era muy egoísta, mi palabra favorita era «yo» y planeé mi vida pensando solo en mí.

Ella tuvo mucha razón esta mañana. Mucha razón en no confiar; porque por entonces en ningún momento pensé en preguntarle qué quería ella. No sé por qué la vi como un pilar, un apoyo en mi vida, y no de otra manera; me creía más inteligente, más capaz, y no debí. Nunca nos vi como un equipo, y ese fue el más grande error que he cometido.

Si al menos no me hubiese creído un dios durante la escuela de medicina... Me pidió tiempo, y por primera vez he tenido miedo, mucho miedo de que ella no sienta esto que siento yo en el pecho, porque yo me siento igual que aquella mañana en la que por primera vez le dije que la amaba.

—Muchas gracias, sí... —La voz de Aileen me trajo de vuelta al presente. Hablaba por el móvil, yo rodé los ojos.

Terminó la llamada, inhaló y exhaló, creyéndose tal vez exitosa.

—Si te digo que soy la mejor, no pienses que soy una creída, ¿sí?

Sus palabras salieron coquetas y sus ojos jugaban con una idea que no me causó ni frío ni calor. No existía otra mujer en mi mente que no fuese mi esposa, porque así veía a Cristina.

—No indagues en cómo lo he hecho, pero por algo soy la mejor.

Se mordió el labio inferior y el dedo índice. Perdía el tiempo. Si me preguntaras si era atractiva, te diría que ni idea, porque es del tipo de mujeres tan común y corriente que ni una doble mirada inspiran.

—No tengo tiempo, ¿cuánto piden? ¿Cuántos pies cuadrados tiene? ¿Tiene acceso al lago? ¿Podemos entrar a verla? —Las cuestiones salían de mi boca más rápido de lo que ella podía responder.

—Tres millones, lo otro...

—¿No sabes? —la corté.

—Pensé que no te interesaban esas cosas, sonaste decidido.

—¿En serio…? Olvídalo, no respondas, me la quedo.

—¿No quieres saber primero…? Está bien, tendré el contrato de venta pronto para que lo firmes.

—Mañana por la mañana a más tardar.

Cerró los ojos brevemente, se recompuso y asintió.

—Decidí que no me importaba, pero tengo que preguntarte…

—… Entonces no lo hagas.

—Se te ve dolido. Alejandro, disculpa que te lo diga. Ojalá encuentres lo que buscas. Es bella, muy bella...

Ambos sabíamos que no se refería a la casa. La noche anterior, Aileen se había girado para ver qué miraba con tanto interés, y supe que se moría por saber quién era la extraña que robaba toda mi atención, pero se tragó la lengua. Mejor, porque le hubiese respondido con la verdad: mi futura esposa. Así de confiado me sentía anoche. ¿Ahora? Para nada.

CAPÍTULO
Veintidós

Cristina

La algarabía llenaba el silencio en el pequeño espacio de la heladería. Mis hijos discutían y Amy solo se reía sin ser de ninguna ayuda, como siempre. La dependienta de la heladería comenzaba a perder la paciencia.

—Alex, por favor, decídete: ¿qué helado quieres? Estás demorando la cola. —Isabela exageraba, como siempre. Eché un vistazo, pero no había nadie más, solo Amy, los chicos y yo —. Decídete..., quiero disfrutar de mi helado —rechinó entre dientes.

—Es que no sé. Si escojo fresas, entonces no puedo pedir el de chocolate, pero es que me gusta mucho la banana.

—Pues escoge los tres —exclamó mi hija con las manos en la cabeza. Solo faltaba él por pedir. Antes de que pudiese hablar para darle permiso, el sonido de otro cliente al entrar por la puerta me alertó.

—¿Cuál es la situación aquí? —dijo.

Amy olvidó por completo que estaba casada y abrió los ojos de par en par. Sí, lo admito, el hombre era un espécimen de esos que parecen irreales; vaqueros oscuros en unos muslos anchos, camiseta de mangas apretada... Se retiró las gafas de aviador y las dejó reposar en su cabello, revelando unos increíbles ojos verdes.

—Disculpe si mis hijos le están atrasando, puede hacer el pedido si lo desea. —Rodeé con los brazos a mis dos pequeños ratoncillos y los moví a un lado para dejar pedir al recién llegado —. No creo que se decidan en este siglo.

—¿Quiere probar algunas muestras? —preguntó la dependienta al recién llegado, feliz de tener una conversación con alguien que levantara tres palmos del suelo. Sin embargo, él no le hizo caso, se agachó y observó curioso a Isabela y a Alex.

—No —respondió a la camarera y, dirigiéndose a mis hijos, preguntó—: ¿qué pasa?

—Mi hermano no se decide y yo ya pedí, y quiero mi helado. —Isabela se cruzó de brazos, hizo un puchero y dio patadas en el piso.

—Iza. —Mi voz sonó baja, llena de advertencia—. Disculpe usted, haga su pedido, no hay problema —le repetí al recién llegado, este me ignoró.

—¿Cómo te llamas? —se dirigió a mi niño. Alex es tan tímido que se escondió detrás de mí.

—Isabela, pero me llaman Iza. Mi hermano es Alexei, y mi mami Cristina —respondió mi hija. A veces creo que es bipolar, porque el berrinche ya estaba olvidado y sonreía. Tan niña y ya tan coqueta, sin importarle que el hombre fuese un extraño... Debería tener una conversación con ella, y pronto.

—Y yo soy Amy —se entrometió mi amiga, a lo que el extraño sonrió ampliamente,

mostrando dientes de comercial.

—¿Así que Alexei? Qué casualidad, así se llama mi padre. —Por primera vez, el recién llegado elevó los ojos a mi. Noté extraña su expresión—. ¿Quién dice que tienes que escoger, pequeño? —preguntó a mi hijo.

Antes de que yo pudiese responder, Alex se adelantó.

—Mami no me deja...

El extraño me miró. Sabía que no tenía que explicarle nada, crío a mis hijos a mi manera y no me gusta llenarlos de azúcar. Si Alexei de por sí es hiperactivo, con azúcar en exceso sería peor.

—¿Sabes qué es el banana *split*?

—No… —respondieron mis dos hijos. Intenté imponerme, pero el extraño me lanzó una mirada y levantó un dedo.

—Soy médico, no se preocupen. Eso de que el azúcar causa hiperactividad es puro mito.

«¿Acaso eres padre?», quise decirle, y citarle los mil y un estudios de que no solo causaba hiperactividad sino diabetes. No sé por qué me quedé callada; por tonta, quizás.

—Me prepara dos banana *splits* —se dirigió a la vendedora—. Uno con las bolas pequeñas y sin nata, el otro con extra, y nueces. —Abrí la boca y con la misma la cerré cuando habló—. Tus niños no son alérgicos a las nueces… —Lo dijo como si ya lo supiese, lo que me sentó otra vez raro.

Al final, la dependienta, feliz por que al fin mis hijos se hubieran decidido, preparó los helados de todos y nos dio el total. Saqué mi cartera para pagar, pero el hombre fue mucho más rápido que nosotras. Me le atravesé con mi tarjeta.

—Oh, no, muy generoso de su parte.

—Insisto.

—¿Qué edad tienes? —se dirigió el extraño a Alex a la vez que nos seguía a una de las mesas. Mi hijo, con la boca llena de helado, elevó la mano para mostrar un cinco.

Isabela, tan coqueta como siempre, no dudó en entrometerse.

—Él es menor, somos mellizos… ¿Cuántos tienes tú?

A punto estuve de regañarla por su pregunta indiscreta, pero el extraño más bien parecía entretenido, con una sonrisa pícara. La miraba con cierto interés. Sentí miedo, ¿y si era un pedófilo? Al llegar a la mesa, senté a mis hijos uno a cada lado de mí, el extraño enfrente y Amy a su lado.

—No tienes que responderle. —Luego me dirigí a mi hija—: Hablaremos en casa.

La conversación viró y el extraño y mi hijo comenzaron a debatir temas de superhéroes, Isabela estaba entretenida y feliz con su helado, y a Amy se le iban los ojos.

—Estás casada —le dije, solo moviendo los labios sin que él lo notase.

Ella me hizo un gesto para que le pidiese sus datos.

—Es un extraño —volví a decirle sin voz—. ¿Cómo dijo que se llamaba? —pregunté, porque no podía más. Él se detuvo a media oración y me sentí mal por ser tan brusca, pero necesitaba saber qué quería.

—No lo dije. —Al dirigirse a mí su voz era áspera, pero sus ojos no dejaban los míos, como si me conociese—. Aidan.

Oh, no... Oh, no… El helado se quedó trabado en mi garganta y di gracias por tener un vaso de agua enfrente, porque me causó una tos seca e incómoda.

—¿No quieres saber mi apellido?

No, no necesitaba saberlo, no quería saberlo. Si antes no me ahogaba, ahora sí: no podía respirar.

—¿Estás bien? —Amy, preocupada, se levantó de la mesa para darme unas palmadas en la espalda.

—Estoy bien —dije al fin, encarando los ojos de Aidan Cortez. Los míos le suplicaban; ahora entendía por qué me sentía extraña: era nada más y nada menos que el hermano de Alejandro. Solo conocía a sus padres, a sus hermanos se suponía que iba a conocerlos cuando nos mudásemos a Baltimore juntos, pero eso nunca pasó.

—Me tengo que ir, pero fue un gusto conocerlos a todos. —Miró a cada uno de nosotros mientras lo decía—. Un gusto conocerlos.

Mi amiga ni notó la ausencia de Aidan, su mirada preocupada; y es que ella y yo tenemos casi telepatía y podía sentir que algo no estaba nada bien.

—¿Cristina?

—Te digo luego —continué comiendo de mi helado, fingiendo, manteniendo las apariencias delante de mis hijos. El helado ya me sabía amargo.

—Hasta la vista, Aidan —gritó Isabela al extraño, que ya salía por la puerta. Él se volvió, le sonrió como un tío sonreiría a su sobrina, le lanzó un beso y la miró como si ya la extrañase.

—¿Viste? Pagó con una tarjeta negra de American Express —comentó mi amiga.

—Es el hermano de Alejandro —murmuré aprovechando que mis hijos seguían entretenidos con sus postres.

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes? ¿Lo conocías?

Le negué.

—Se llama Aidan.

—Por Dios, Cristi, hay miles de Aidans por ahí.

—No, no. Algo no estaba bien en ese interés por mis hijos. No, algo no encaja. ¿No viste cuando dijo «¿quieres saber mi apellido?»?

—¿Nunca lo conociste?

—No, nunca tuve la oportunidad.

—Pero Ale ya sabe que tiene hijos...

Me quedé callada ante esa afirmación.

—Joder, Cristina, no me digas que aún no le has dicho.

—Ha pasado menos de una semana. Se lo diré, juro que se lo diré, me estoy preparando.

—¿Qué esperas, pasar un curso de cómo decirle a tu ex que tiene dos hijos?

—Baja la voz. Pero tienes razón, no va a haber una manera fácil de decirlo.

—Cristi, estás pisando una mina que va a explotar quieras o no.

Asentí a su manera de exponerlo. Suspiré y observé a mis hijos: Isabela me sonrió feliz, Alexei tenía embarrada de helado hasta la nariz. El corazón se me llenó tanto, pero tanto... Nuestra rutina pronto cambiaría, vendrían exámenes de ADN, preguntas, quizás hasta abogados. Por mucho que quisiese no interrumpir sus vidas calmadas, iba a ocurrir, y aparentemente no había nada que yo pudiese hacer.

CAPÍTULO
Veintitrés

Cristina

—¿Qué es lo mejor para quitarse a un tipo de la cabeza? —me preguntó Emma del otro lado de la línea.

Cerré la puerta de mi habitación lentamente. Acababa de convencer a mis hijos de que tomasen una siesta y pensé en dormir yo también, pero el sueño no llegó. Lo que me pedía el cuerpo era lanzarme en la tina con el agua bien caliente.

—¿Es muy temprano para una copa de vino? —pregunté observando la botella que había abierto hacía dos semanas y aún estaba casi entera.

—Son las nueve de la noche en Europa.

Esa fue la única respuesta que necesité para sacar una copa y llenarla casi hasta el tope.

—Oye, no me respondiste.

Yo no era la mejor para contestarle, porque después de seis años aún no lo sabía. No se lo dije, solo suspiré.

—El tiempo. Dale tiempo al tiempo, y date tu lugar.

Mira quién habla. Dormiste con Alejandro en menos de una semana.

—Necesito —sé que hacía pucheros— algo más rápido y efectivo.

—¿Qué hay de malo en volverlo a intentar?

Quizás debería darme yo misma esa respuesta, porque eso fue lo que me preguntó Alejandro. En mi caso, me aterra confiar y caer, enamorarme perdidamente de él y que me rompa el corazón en mil pedazos. No solo a mí, sino a sus hijos. Aunque yo no cuento; si lo superé una vez lo superaría otra, pero lo que sería casi imposible de vivir sería el rechazo a sus hijos. Ese es mi mayor miedo, que Alejandro rechace a sus hijos, y es quizás por lo que me he demorado en decirle.

—Me puso los putos cuernos —la voz enfurecida de Emma me trajo de vuelta— con su secretaria, Cristi, y yo como una estúpida voy y tropiezo otra vez con la misma piedra. Aunque, ¿sabes?, me regaló un conjunto un poco descarado, pero no era de Victoria's Secret.

—Entonces sí eran para ti. Quizás fue a otra tienda, Victoria's Secret no es la única y, si quieres mi opinión, ha perdido muchísima calidad.

—Pudo haber comprado dos. Y sí, tienes razón, hace mucho que no voy a esa tienda; si te soy sincera, me hubiese ofendido un poco.

—¿De qué marca te compró? —Tomé un sorbo de mi vino y abrí el grifo de la bañera del primer piso. Las orejas de Hulk se levantaron al escuchar el agua y le miré como diciendo «no te preocupes, no te toca».

—No sé, déjame ver. —La escuché caminando y abriendo gavetas—. La perla.

—Esa marca es carísima, unas bragas cuestan mi sueldo de un mes. ¿Tienes pruebas de que de veras te fue infiel?

—No, la verdad es que no —admitió.

—Emma, ¿te estás escuchando?

—Lo sé, me estoy saboteando a mí misma.

—¿Qué es lo que él quiere?

—Bueno… Mudarse otra vez aquí, con Lucas y conmigo.

—… Ya lo hizo, ¿verdad?

—Bueno, vino el viernes por la noche, se fue el sábado por la mañana... Es nuestra rutina: follamos y qué sé yo, él se va, no nos vemos en unos días... Pero esta vez me volví a dormir y al poco rato lo sentí en la cocina, y no lo boté porque hace unos desayunos increíbles.

—¿Y Lucas?

—Mis papás lo tienen este fin de semana.

—¿Y habéis hablado de tus expectativas y las suyas?

—No, hemos estado... un poco ocupados.

Asentí, lanzándome en la tina. No podía esperar a que se llenara por completo; así se vive cuando se tienen hijos: el tiempo a solas puede ser nada, y tenía que aprovecharlo.

—Cristi, ¿desde cuándo no echas un polvo? —Casi escupí el vino a su pregunta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Solo tengo curiosidad.

—Desde hace bastante —admití.

—¿Y tu ex? ¿No te causa cosquilleos ahí donde tú sabes? —Reí a su eufemismo.

—No, nada —intenté que mi voz saliese lo más inocente posible.

—Mentirosa, algo pasó…

—No le digas a Amy, ella… Ya sabes cómo es.

—Joder, al fin me llevo la exclusiva. Cuenta, cuenta. —La sentí dar brincos detrás de la línea.

—Dormimos juntos.

—O. M. G.

—Solo dormir, nada más.

—Ay, pero qué aburridos ustedes. ¿Dormir y nada más? Na, no te creo.

—Nos abrazamos, pero nada más.

Bueno, me quedé dormida en sus brazos usando su pecho como almohada, pero ese detalle no se lo dije.

—Coño, dime que al menos se besuquearon y se manosearon un poco.

—Algo.

—¿Solo algo? —Su voz sonaba desconfiada—. Dios, mujer, dime más.

—Vale, sí, nos calentamos, pero no pasó nada más. No me sentí lista, solo lleva aquí unos días.

—¿Le dijiste sobre sus hijos, al menos?

No respondí.

—¿Cristi? —A mi silencio, añadió—: ¿Ya tienes tu cita con Nathaniel?

—No, aún no; primero pienso decirle al padre y luego buscarme un abogado si es necesario.

—Oh, eso es que aún no le has dicho.

—Acaba de llegar, de pronto dice que me echa de menos y que se quedará en Carolina del Sur. Creo que es todo mentira.

—Yo creo que... ¿Quieres mi más sincera opinión?

—Dime.

—Creo que primero quieres disfrutar de él sin ellos de por medio. Y no está mal, te entiendo, porque tienes miedo de que en el momento en que él sepa que tiene dos hijos haga así, chas, y se marche.

—Quizás. —Mi voz temblaba porque lo había descrito exactamente como yo lo sentía.

Al fin la tina terminó de llenarse con las más apetecibles burbujas. Cerré el grifo, me relajé y encendí el televisor con mi serie favorita de toda la vida; no importa cuántas veces la vea, siempre me causa risa y me ayuda a relajarme.

—Oh, no me digas que ves *Friends* otra vez.

Sé que lo dijo para cambiar la conversación, a ella también le encanta esa serie.

Puse el móvil en altavoz, el agua caliente relajando todos mis músculos.

—¿Qué episodio es ese? —preguntó.

—El del sofá y la escalera.

Ella soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Es el mejor —comentó. Yo reí.

—Tú también tienes esa misma obsesión.

—Me identifico mucho con Rachel.

Y estuve muy de acuerdo con ella: su relación con Nathaniel era muy parecida a la de Rachel y Ross.

—¿Cuándo se cura? —pregunté para mí; sabía que ni ella ni nadie tenía la respuesta a esa pregunta.

—No sé, porque mírame a mí, mírate a ti, aún cogidas por los fantasmas de amores pasados.

Me reí cuando ella lo puso así.

—Es igualito a una adicción —continuó—, el adicto decide que tiene un problema cuando ya no puede más, así que la decisión es nuestra. Lo difícil es decir basta, eso es lo difícil.

Asentí a sus palabras casi un poco ida; tanto, que el toque a la puerta me sobresaltó, primero tímido, luego más impetuoso, un golpe tipo «abre en este instante».

¿Quién se atrevía?

—Mujer, te tumban la puerta.

—Es lo que te digo, no se puede, te digo que no se puede, logro que se duerman una siesta y ahí viene alguien a joderme el día.

Salí de la tina chorreando agua, me sequé un poco, pero no lo suficiente, me vestí en tiempo récord y salí a abrir la puerta.

—Te dejo —dije a Emma; sin esperar respuesta, corté la llamada.

CAPÍTULO
Veinticuatro

Cristina

«A ver, ¿quién se muere?», pensé abriendo la puerta, y me comí la sonrisa al ver de quién se trataba.

Aidan Cortez me miró de arriba abajo, comenzando por mis pies descalzos y mi pijama sin combinar: mi pantalón era a rayas y la camisa, rosa con muñequitas.

—Bonito atuendo, ¿puedo pasar?

—No creo que eso sea una buena idea, mejor vete.

Intenté cerrar la puerta, pero se atravesó.

—Sé que sabes quién soy. Por favor, necesitamos hablar.

Suspiré.

—Por favor.

—No hagas ruido, los niños están durmiendo. —Lo guié hasta la península de la cocina—. ¿Quieres un té?

Si iba a preparar uno para mí, qué más daba tener modales y ofrecerle uno.

—¿Té? —Arrugó la nariz.

—¿Quieres o no?

—No creo que el agua hirviendo sea buena idea, con lo que tengo que decirte.

Lo miré, pestañeé y junté la piel entre mis cejas, confundida. Saqué dos tazas y puse suficiente agua en la tetera, por si se le antojaba luego.

—Y ella sigue haciendo té.

Lo ignoré.

—¿Cómo supiste mi dirección?

—Te mandé investigar. —Esa confesión me cayó como una patada en el estómago.

—Sé a qué vienes y no va a ser fácil. Nada ni nadie me va a separar de mis hijos.

—¿De qué hablas? —Ahora el que se notaba confundido era él.

—Sabes quién soy, sabes que tienes dos sobrinos y ahora vienes con una *vendetta*... y…— Me sorprendí con lo calmada que le hablaba, mis voz no temblaba, mis manos tampoco. Inspiré.

—¿Siempre hablas tanto?

—¿Qué? —Parpadeé y di un paso atrás. Ni había notado que estaba tan cerca. Él negó como diciendo «descuida, no eres mi tipo»—. ¿De qué hablas?

—Respira, ¿sí? Y ¿me puedes dejar hablar? No vengo con una *vendetta*. —Sacó una silla alta de la isla—. ¿Por qué no te sientas? —Me soltó esa sonrisa que debía de mojar bragas, como pidiéndomelo *por favor*. Sorprendentemente, le obedecí, pero él se mantuvo de pie recostado contra el granito.

—No se parecen —comenté.

—¿Te ha dicho que soy adoptado?

Negué.

—Arabella y yo somos adoptados, de ahí la diferencia. —Se señaló de arriba abajo—. Vamos, que soy el más lindo de la familia. —No evité rodar los ojos a eso.

—¿No me crees? —Guiñó—. Algo me dice que vamos a ser muy buenos amigos. —Sonrió.

—Al grano —pedí cortante. Vi su pecho elevarse y soltó un suspiro audible.

—Alejandro estaba así de cerca —puso dos dedos juntos— de ser cirujano en jefe en D. C., y de la nada llamó y lo dejó todo. Me pregunté por qué. Solo una persona podía lograr eso: la doctora Cristina Rojas, internista en un hospital de veteranos de un pequeño pueblo de Carolina del Sur, exnovia y gran amor de la vida de mi hermano. Disculpa, le pedí a Elijah que investigara. Es que necesitaba saberlo, mi hermano es increíblemente reservado, tanto que ni siquiera sabía que tenía dos hijos contigo… —Sacó una de las sillas de la mesa y tomó asiento.

—Estoy seriamente confundida, ¿quién es Elijah?

—El guardaespaldas marinovio de mi hermana, Arabela… Eso de que son novios no lo sabe nadie. En mi opinión, lo esconden muy mal, así que cuando la conozcas haz como que no sabes nada… ¿*capisci*? —Asentí. ¿Llegaría a conocerla, como él dice?

Me pasó un sobre, lo abrí y saqué unas fotos mías con los niños; habían sido hechas días antes, cuando los llevé a la tienda de mascotas.

—¿Has estado siguiéndome? —exclamé, parándome de súbito.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo. Elijah los ha seguido a los dos. Lo que no entiendo es que Alejandro parece no saber nada, y es raro, porque conozco a mi hermano y estoy más que convencido de que nunca hubiese dejado a sus hijos. Nunca.

—Nunca se lo dije.

Sus ojos se abrieron como platos. A punto estuve de decirle que sí que lo había intentado, que le había escrito a su hermano y que este había decidido ignorarlo, cuando dijo:

—Pero lo intentaste. —No fue una pregunta, sino una afirmación—. La carta que le escribiste la recibí yo, por eso estoy aquí.

Intenté tragar, pero no pude. Sentí la boca seca como si las glándulas salivares se me hubiesen atrofiado en cuestión de segundos.

—Lo que quieres decir es que…

—… Alejandro desconoce completamente que tiene dos hijos —terminó por mí.

La tetera comenzó a pitar. Yo quise gritar, destapar mi ira, pero me sorprendí con movimientos lentos. Fui, la apagué y vertí el agua hirviendo en las dos tazas. El agua transparente se volvió turbia al instante por las bolsitas de té. Volví y me senté a su lado, pero mi mirada estaba ida en los grandes ventanales sobre el fregadero.

—Estás en *shock*.

—No. Un poco. Quizás. No sé.

—Estás muy calmada… Eso es síntoma de *shock*.

—No sé, es que aún no lo entiendo, ¿cómo?

—¿Sabes cuántas cartas de esas me llegan? Miles.

—Pero ¿cómo? Su nombre estaba en el sobre, no el tuyo.

—Joder, me creerás si te digo que no lo sé. Ambos somos Cortez, y somos médicos, y Ale me pidió que pusiera mi dirección cuando terminaron; temía perder alguna correspondencia importante mientras buscaba piso en D. C. ¿Dónde encontraste la dirección?

—Mandé el sonograma y una carta a la primera dirección que salió en Google, ¿aún la

tienes?

Se encogió de hombros, yo me tensé.

—Eres casi mi cuñi, así que no puedo tener secretos contigo. Soy medio borracho, en ese tiempo pasaron muchas cosas, y seguro que estaba borracho cuando la abrí, qué sé yo. En resumen: no, no la tengo.

Mi vista se opacó y las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro.

—Joder, lo siento… —Vino a mí, quizás con la intención de abrazarme. Se lo impedí con una mano alzada, no quería que me tocara.

—Nos arruiné —dije olvidándome de con quién hablaba; solo sabía que necesitaba desahogarme.

—Hey, hey, no llores, ¿sí? No sé cómo actuar. —Sentí su brazo caer sobre mi hombro de una manera rara e incómoda—. El que tiene la gran culpa aquí soy yo, hablaré con Alejandro y me odiará de por vida. Maldición, si al menos hubiese leído de quién era la dichosa carta... Alejandro no paraba de hablar de ti, de que te llevaría a casa, y nunca lo entendí porque, sinceramente, la monogamia no es lo mío. Te juro que estaré sobrio durante el resto de mi vida.

Se me rompió la voz. Le empujé para que me soltase y me encogí, mis brazos rodeando mis rodillas… Rompí en sollozos, no escuché nada de lo que decía; no sé si intentaba consolarme o crucificarme, su mano subiendo y bajando por mi espalda como consuelo. Mis oídos no escuchaban, y mis ojos no veían.

—Hey… Hey… Mírame...

Ni sé de dónde sacaba tantas lágrimas. Un huracán de emociones pasaba sobre mí; aunque, la verdad, siempre estuvo ahí. Nunca quise saberlo, nunca me quise decir que la única culpable de que mis hijos no tuviesen padre era yo.

—No —se me escapó un hipido— es —otro— tu culpa.

—Sí, es mi culpa… Debí haber leído esa carta, y debes saber más: él te amaba, la pasó muy mal esos primeros meses, a tal punto de que casi dejó la carrera de cirugía para volver a ti.

Volví a romper en llanto, no podía evitarlo; lo que él decía para intentar consolarme solo servía para que me sintiese más culpable.

—Yo... —inspiré hondo o no lograría decirlo— estaba embarazada antes de que Ale se fuera.

—Mi hermano no se habría ido si te hubiera creído encinta.

—Yo —inhale cerré los ojos —le mentí y le dije que no lo estaba. Él quería ir a John Hopkins, y yo ya estaba embarazada, así que le mentí.

Su mano se detuvo en mi espalda y el silencio cayó en la cocina. Después de un rato, preguntó:

—¿Por qué?

—Él me pidió que abortara.

Su rostro fue puro pánico.

—¿Mi hermano? Nunca. No te creo.

—Pues créelo, porque sí lo hizo. Además, ¿qué puedes decir tú, que te llegan cartas de mujeres embarazadas y las ignoras?

—Las ignoro porque todas esas cartas son falsas, yo no puedo tener hijos… —se justificó. Su voz era plana, sin ninguna emoción.

—Lo siento.

—No, fue decisión propia, me hice una vasectomía.

—Oh.

—¿Por qué no buscaste un abogado?, o ¿por qué no le escribiste a John Hopkins? ¿Por qué

no continuaste intentándolo?

—Al no recibir respuesta, asumí que no quería nada más con nosotros aparte de pedirme que abortara.

—Entiendo. —Se levantó y caminó de un lado a otro con las manos en los bolsillos—. Una cosa es segura: nunca me va a perdonar —se hablaba a sí mismo—. ¿Estás segura de que mi hermano te dijo con esas palabras que abortaras?

—Sí… —El solo hecho de que me cuestionara me causaba rabia y llanto, esas sensaciones volvían a mi—. Hasta que me prescribieran algo…

—Joder, lo siento mucho, perro hijo de puta... ¿Y qué dijo ahora cuando le dijiste?

—No le he dicho aún. —Se detuvo, se volvió a mi y negó.

—No es que te juzgue, pero sabes que al final la decisión es de la madre, ¿verdad?

—Si le hubiera dicho la verdad se habría quedado por obligación, se habría quedado —repetí — y hoy me odiaría a mí misma. Y, si es como dices, y Ale la pasó muy mal los primeros meses de carrera, con una noticia así...

—¿No sería el cirujano que es hoy ? —terminó él por mí, y asentí—. Ahí es donde te equivocas, no hagas un futuro hipotético con un pasado falso.

Él miró a todos lados. Ambos estábamos jodidos, Alejandro no nos perdonaría nunca a ninguno de los dos.

Su móvil vibró y de la planta alta se escucharon voces y pasos. Ambos miramos hacia arriba.

—Se acabó la paz —murmuré para mí misma.

—Será mejor que yo me vaya, si los conozco antes que él sí que nunca me perdona. —Sacó una tarjeta con su información del bolsillo—. Lo que necesites, a la hora que sea, lo que necesites.

Lo observé marcharse de vuelta a su auto por la ventana de la cocina y vertí ambas tazas de té, ya frías y sin tocar, en el fregadero.

CAPÍTULO
Veinticinco

Cristina

Un toque en la puerta tarde por la noche me sobresaltó. Hulk ladró y lo mandé a callar. La casa estaba en penumbras y fui encendiendo luces hasta que llegué a la puerta de entrada. Miré por la perilla de la puerta: Alejandro esperaba detrás. Mi corazón dio un brinco.

¿Qué hacía aquí tan tarde?

—Cristi, abre, por favor, hace frío. Sé que estás ahí.

Le obedecí pero no abrí la puerta del todo, solo mostrando mi cabeza. Nuestras miradas se encontraron. Sonrió de alivio, como si acabara de encontrar algo que buscaba hacía mucho muchísimo tiempo. Como siempre, me fue imposible no devolverle la sonrisa.

—¿Puedo pasar?

—Ale, es bien tarde. —Pero él tenía razón: hacía mucho frío, así que abrí del todo la puerta y le dejé pasar. Ya en el recibidor me dio un beso ligero y rápido en los labios y se sacudió los zapatos en la alfombra de la entrada—. ¿Qué haces aquí?

Su respuesta fue entregarme una bolsa de papel con el nombre de un restaurante de sushi reconocido de la ciudad que aún no había tenido la oportunidad de probar.

—¿Sushi?

—Adiviné que eso no te sorprendería mucho. —De su otra mano me entregó una bolsa de nailon fría.

—¿Es esto lo que yo creo que es? —Como una niña pequeña, fui hasta el sofá, dejé la bolsa del sushi a un lado y abrí la bolsa de papel. Por supuesto, era helado. Fui a la cocina a por una cuchara y otra vez me siguió, con las manos en los bolsillos y sus ojos observando mi pequeño hogar.

—Me gusta el nuevo lugar. —El tono de su voz era sincero.

Seguí sus ojos observadores con la mirada: los pisos de madera oscura, el juego de sofá grises, los techos altos con la caoba expuesta y los grandes tragaluces.

—Gracias —abrí los brazos—, a mí me gusta... Es pequeña, pero es mía. Bueno... algún día. —Abrí el helado y le pasé una cuchara—. Ahora es del banco, la estoy pagando.

—¿Aún?

—Bueno, Alejandro, no todos nacemos en una cuna de oro; algunos tenemos préstamos estudiantiles, tarjetas de crédito, que pagar los suministros, etc.

Su rostro se veía de veras apenado. Bajó los ojos a sus zapatos, moviéndose de un lado a otro.

—¿Trabajas mañana?

Asentí. Terminé de dividir el helado en dos pozuelos, tomó la pinta de mis manos e hizo el

intento de abrir el frigorífico, pero le atajé, la tomé de sus manos y la lancé dentro sin siquiera mirar.

No quería que hiciera preguntas sobre su contenido, aunque no sería necesario que mirase dentro del frigorífico, ya que si era observador todo en la casa gritaba la verdad: los calendarios escolares a un costado, las dos mochilas detrás de la puerta, los juguetes esparcidos detrás del sofá, los crayones olvidados sobre la mesa del comedor. Sería cuestión de tiempo que se tropezara con algo que le gritara la verdad, pero lo más seguro era que se hiciera el sordo.

Le hice señas para que tomase asiento en el sofá. Me quedé de pie apoyada contra la península y él palmeó el lado vacío en el sofá. Me llamó con un dedo para que me sentase a su lado y yo rodé los ojos, pero le obedecí. Me senté muy cerca, rodilla con rodilla.

—¿Qué haces aquí?

No respondió a mi pregunta. Abrió la bolsa del sushi y se entretuvo acomodando y abriendo los distintos envases de plástico sobre la mesita del café. Con sus manos de cirujano tomó los palillos chinos e hizo el intento de pasármelo a la boca, lo rechacé levantando mi cuchara llena de helado. El rollo continuó camino a su boca, abrió los labios y se lo tragó de una, casi sin masticar. De su garganta escapó un gemido que juro que me llegó justo a las bragas.

—Hmmm, esto está exquisito, ¿seguro que no quieres?

Mientras él se entretenía con la comida, yo me entretenía como una boba mirándole. Llevaba una camisa color cielo con las mangas remangadas y unos vaqueros oscuros. Cerré los ojos, no necesitaba verle para sentirle; su olor me llenaba la nariz, e incluso con ropa de por medio el calor de su cuerpo llegaba al mío y me encendía.

Tal vez lo que necesitaba era vivirle una vez más, sentirle una vez más; quizás lo que tenía eran solo ganas, como quien come algo muy sabroso y luego se acaba y quieres más. Algo como el último trozo de la torta, como la última patata de la bolsa o la última gota de la botella. Sí, quizás una última vez era lo que necesitábamos. Solo que algo nos ataba de por vida, nuestros hijos...

—Vine porque —comenzó a explicarse— no me gustó cómo quedamos esta mañana.

Tomé uno de los primeros trozos de sushi que vi y me lo metí en la boca.

—¿No dices nada?

Le señalé que tenía la boca llena y no podía hablar.

—Algo me pincha —dijo, y buscó entre los cojines. Suspiré aliviada cuando vi que era solo el mando del televisor y no una pieza de lego o un juguete. Encendió la tele, que sin duda estaba en Cartoon Network, y volvió a la vida.

—Un poco infantil, ¿no crees? —dijo sonriendo. Cambió de canal unas diez veces, casi todos canales infantiles, así que lo apagó, lanzó el mando a la esquina del sofá y se volvió a mí.

—A veces me parece —suspiró frustrado— que fue una pérdida de tiempo volver y dejarlo todo en D. C. —Calló de súbito—. Yo me desparramo el corazón y tú no dices nada.

—¿Qué quieres que te diga, Alejandro?

—Nada, Cristina, no tienes que decir nada… —Se levantó, su mano despeinando el pelo más de lo necesario—. Me siento frustrado, solo en este sentimiento; me siento un acosador buscándote, un loco, un demente, porque tú no me dices nada y siento miedo, mucho miedo de que en el fondo esto solo lo sienta yo, y…

Me moví como un rayo. Me levanté del sofá, me lancé a él de brazos y piernas, mi mano por su nuca atrayendo su boca a la mía, desestabilizándolo solo un momento. Mis piernas se cerraron en su cintura, su brazo se cerró en mi trasero llevándome con él ni sé a dónde ni me importaba. Tenía los ojos cerrados, solo quedaban nuestros labios impacientes queriendo robarle el aliento al

otro.

Sentí mi trasero caer en algo suave, en el brazo del sofá, y mantuve los ojos cerrados, concentrada solo en sentir.

Sentir cómo sus labios encajaban perfectamente entre los míos, tan suaves, firmes y dominantes a la vez. Mi labio inferior siempre terminaba entre los suyos, lo mordía y succionaba, su lengua se enroscaba con la mía una y otra vez. Sus manos subían lentas y tímidas por mis costados; llegaron a mis senos y acariciaron mi pezón por encima de la blusa, lanzando electroshocks de sensaciones que iban directas a mi entrepierna. A un deseo, a una necesidad que solo él podía aliviar. Le quería gritar que me desnudase, que me tomase, me poseyese.

Nos besamos por lo que creo fue una eternidad, cayendo en el ritmo exquisito y usual hasta que la necesidad de oxígeno ganó. Nuestros labios se separaron. Con la respiración entrecortada y su frente apoyada en la mía, preguntó:

—¿Qué significa todo esto?

—Que no estás solo, Alejandro, que hayas vuelto es lo mejor que me pudo haber pasado en muchísimo tiempo.

Asintió. Sus labios se curvaron en una sonrisa y no perdió el tiempo: volvió a aplastar mi boca contra la suya, solo nuestros labios unidos apretados para luego irnos en un beso largo, en un beso que mezclaba su alma con la mía trayéndome de vuelta a la vida una y otra vez, bebiendo la sonrisa del otro.

—Te amo, Cristi, nunca dejé de amarte.

—Yo… —Me limité a asentir, el llanto ahogado en mi garganta porque también le amaba, quizás más que la primera vez, pero mi voz no salía.

Me sentí valiente. Le saqué la camisa del pantalón y mis manos se refugiaron debajo. Nuestros besos se volvieron más carnales, más desesperados, una carrera contra el oxígeno mientras que las puntas de mis dedos intentaban memorizar cada centímetro de piel tibia.

Nuestros labios perdidos en el sabor dulce de nuestras bocas, en el placer de ese deseo que cuando se destapa se adueña de ti, te mueves por instinto, te dejas ir y eres libre. Una sola lágrima escapó de la esquina de mis ojos, y podía escuchar mi corazón en mi oído. Me sentí viva.

Pasó el brazo por mi hombro, envolviéndome por completo en él. Con la punta de los dedos recorrí su piel como un mapa, de su pecho a su espalda, y dejé mis manos abiertas ahí, reclamándolo como mío. Mi mejilla apoyada contra su pecho, nuestra respiración entrecortada, nuestros pulsos acelerados. Me acarició la mejilla con el pulgar, me besó el pelo y me abrazó fuerte, muy fuerte. Intenté abrazarlo con la misma intensidad, queriendo fundirme en él. Ni sé cuánto tiempo nos mantuvimos así, sin movernos, el único sonido nuestras respiraciones rítmicas, nuestros pechos bajando y subiendo a la vez.

—No pienses —me murmuró al oído. Me tomó de la barbilla, inclinándome hacia atrás para que le mirase; como los míos, sus ojos se veían aguados—. Confía. —El bulto de mi garganta no bajaba. Solo él podía leerme la mente. Quise decirle la frase que ensayaba en mi mente, pero mi voz no salía. ¿Y si lo perdía?

Ale, hay algo que tienes que saber…

Me dio espacio. Se agachó, nuestros ojos a nivel y ambos brazos apoyados en el mueble, rodeando mis muslos. Si alguien me hubiera dicho un mes antes que Ale volvería y estaríamos así otra vez, no le habría creído. Incluso me habría reído, pero aquí estábamos, al precipicio de algo nuevo. Moría por ver dónde nos llevaba el futuro. Sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—No sabes lo increíble que me hace sentir verte sonreír, tienes la más bella sonrisa que jamás haya visto.

Sus palabras me volvieron tímida. Me sonrojé tanto que me ardía el rostro, su pulgar acariciando mi mejilla. Algo captó su atención a unos metros de nosotros, arrugó la ceja y suspiré, porque quizás había llegado el momento. Seguí su mirada al único mueble del que no tuve agallas de deshacerme de su apartamento, una mesa para tocadiscos con toda su colección de discos de música.

—¡Aún los tienes! —Se tapó la boca con la mano, la sorpresa en el tono de su voz. Fue a ellos y los acarició con la punta de los dedos.

—No pude deshacerme de tan increíble colección.

—Veo que tienes algunos nuevos. —Sacó mi disco favorito, el que bailábamos los viernes por la tarde con una copa de vino mientras preparábamos la cena; mejor dicho, él preparaba la cena y yo bebía vino.

—Baila conmigo.

Extendió la mano a las primeras notas de una canción de Diana Krall. Me uní a él. Si los chicos no se despertaban con tanta bulla sería un milagro. Me guiaba al ritmo de la música, pero nací con dos pies izquierdos así que solo nos abrazábamos y nos movíamos de lado a lado.

Quizás solo tenía que confiar. El problema era que ya habíamos estado allí, ya habíamos hecho eso, el enamorarse a ciegas, y no había resultado. ¿Quién diría que resultaría esta vez? Aun así, cerré los ojos y me dejé llevar sin importarme que estuviéramos en un bote que se hundía, porque le echaba de menos; a él, a su calor contra mi cuerpo, a sus labios, a su voz, a sus manos fuertes, manos que me daban una vuelta y me atraían contra su pecho.

Se detuvo. La música aún sonaba de fondo y sostuvo mi rostro con ambas manos, sus dedos entrelazados en mi pelo y sus labios devorando los míos. No importaba cuántas veces me besase, la sensación siempre sería nueva. Me dejé ir en esos labios gruesos que poseían los míos de una manera delicada y exquisita, como si mi vida dependiese de ello, porque vivíamos en un sueño del que pronto despertaríamos.

—Sé mía —me susurró al oído, me besó de la oreja al cuello y me incliné hacia atrás para darle más acceso. Asentí, pero como cuando se despierta de un increíble sueño, un grito hizo que nos separásemos de golpe y supe que era el final. Creo que Alejandro se asustó más, sus ojos buscando una respuesta en los míos sobre lo que para mí ya era rutina.

Tragué en seco, había llegado la hora.

—Sígueme, hay algo que tienes que ver.

Me siguió escaleras arriba y con el corazón en la mano abrí la habitación.

—A ver... A ver, corazón, ¿qué pasa? ¿Pesadillas otra vez? —Asintió medio dormida. Tomé a una llorona Isabela en mis brazos, le sequé las lágrimas y la balanceé hasta que se calmó.

Al mirar hacia la puerta, no esperé encontrar a Alejandro recostado contra el marco, ya lo hacía al otro lado del estado. Sin embargo, nos observaba con una ceja arqueada.

Me volví a mi hija, ignorando la mirada confusa.

—¿Quieres dormir en mi cama hoy? —Ella solo asintió, frotándose los ojos. La tomé en peso y di los tres pasos hasta mi cuarto pasando al lado de Alejandro, que me seguía con la vista.

Cinco minutos más tarde, salí y dejé a una Isabela ya dormida en mi cama.

—¿De quién es esa niña? —preguntó Alejandro pestañeando confundido.

—¡¡¡Mami!!!

No habría necesidad de decirle, sumaría dos y dos al instante.

Suspiré y abrí la tercera puerta. Al ir a mi cuarto con Alexei, que iba abrazado a mí, pasé a Alejandro sin ni siquiera mirarle. Cobarde, lo sé.

Sentí su presencia a mi espalda mientras acomodaba a mi hijo dejándome algo de espacio en

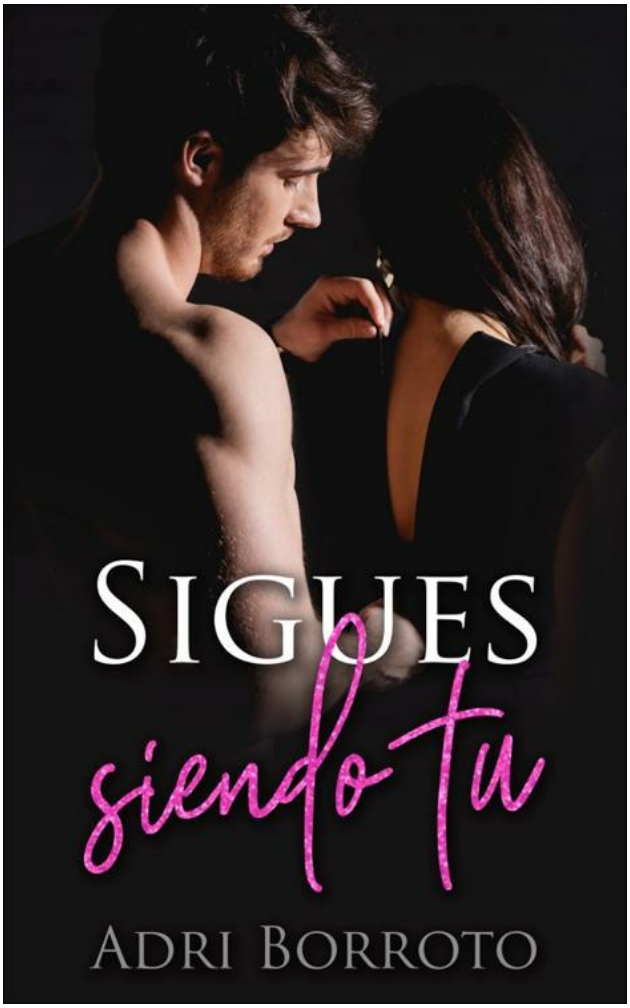
la cama para dormir yo.

Al darme la vuelta, choqué con Alejandro. Sus ojos iban por sobre mi hombro a los dos mocosos dormidos en mi cama. Le empujé y me sorprendió cuando se dejó mover.

Ya en el pasillo, le respondí con mis ojos caídos al suelo.

—Nuestros... Son nuestros, Alejandro.

Sigues siendo tu (Próximamente)



Alejandro

—Son nuestros —dijo.

Nuestros.

Nuestros.

Nuestros.

Míos.

¿Acaso hay diferencia?

Eres padre, cabrón.

—Nuestros —murmuré, notando cómo la palabra rodaba en mi lengua extraña y con un peso increíble.

Me atreví a mirarla por primera vez. Sus ojos eran dos lagunas, tanto que no pude distinguir su pupila.

Inspiré y espiré, con las manos sobre mi cintura y demorando escuchar la respuesta a una pregunta que no pensé que haría tan pronto:

—¿Soy padre?

Asintió y una lágrima se le escapó.

—Hablemos abajo, ¿sí? No quiero que se despierten.

La seguí escaleras abajo completamente fuera de mí. Al llegar a la planta baja, lo primero que hice fue tomarla del brazo y girarla hacia mí. Tomé su barbilla, obligando a que me mirase.

—Si son míos, ¿quieres decir que...? —Joder, no podía ni decirlo. Sentí que me ahogaba. Nadaba a la superficie, pero esta cada vez se notaba más lejos. Me faltaba el aire. Inspiré. El oxígeno no llegó a mis pulmones.

—Sabía que estaba embarazada cuando te fuiste, sí.

Ahí todo tomó sentido. Sí que la sangre es fuerte y llama; siempre supe que algo me ataba a este lugar, a ella. Caminé dando pasos lentos hasta que mis piernas chocaron con el sofá y me dejé caer. Escondí la cabeza entre mis piernas. La creí, seis años atrás la creí, pero me había mentido. Un sentido de culpa se apoderó de mí. Debí exigirle ver los resultados, debí ir con ella a esa cita médica. Nunca me odié más que en ese momento.

—No te preocupes —la escuché lejos—. No necesité tu ayuda antes y no la necesito ahora. —Su voz sonó confiada. Elevé el rostro y la vi entre mis pestañas, su labio inferior temblaba y no sé qué vio en mis ojos, porque desvió la mirada.

—No me mires así.

—Creo que es mejor que me vaya. —Comencé a pararme y la vi asentir como si mi salida confirmara algo que llevaba tiempo diciendo en su mente.

Le quería decir que no me iba, asegurárselo, pero expresar cómo me sentía era muy difícil en ese momento. Arrastré los pies hacia la salida con la cabeza baja, sintiéndome entumecido. Necesitaba procesar tal noticia, solo eso. Había tantas preguntas en mi mente que no me atrevía a hacer... ¿Por qué no me dijo? ¿Cómo se llamaban? ¿Se parecerían a mí? ¿Planeaba decirme alguna vez?

No recuerdo salir de la casa, no recuerdo despedirme, no recuerdo entrar en mi auto; recuerdo que encendí el coche, pero no pude marcharme. Las imágenes de esa mañana pasaban por mi mente una y otra vez. Me culpé, culpé a esa obsesión enfermiza de no ver lo que tenía justo ahí, frente a mis ojos. Mientras yo me comía el mundo, ella criaba a mis hijos sola. Rompí en llanto por primera vez, rompí en llanto porque el tiempo no volvería, porque había perdido más de lo que pensé, memorias y recuerdos que nunca viviría con ellos.

El ruido de un camión escolar me despertó; ni noté que me había quedado dormido en mi auto enfrente de la casa.

Dos niños salieron corriendo de la casa tomados de la mano, con el amor de mi vida siguiéndoles el trote. El pequeño era un saco de huesos con uniforme, el pelo negro azabache acomodado a un costado; la niña, un poco más rellena, llevaba un moño alto peinado a un costado y rizos que caían por media espalda. Ambos se veían impacientes por irse.

Vi a Cristina detenerlos. Se agachó, abrazó a cada uno y les besó en la mejilla. Los chiquillos

se notaron malcriados y majaderos; la chiquita se limpió la cara al beso de su madre, ella les dijo algo a ambos al oído y los dejó ir dentro del bus.

Sentí ira, rabia, impotencia, con ella y conmigo mismo por ser tan hijo de puta, por no haber vuelto antes, por no intuir, por no creer que ella podría mentirme. Sostuve el timón del auto con tanta fuerza que el cuero se enterró en mi piel, grite por dentro porque no los vi crecer, porque no los conocía, y me dolía mucho mas de lo que pensé, como si me habían arrancado el corazón seis años atrás.

Me bajé del coche. Ambos observábamos el autobús marcharse y al darse la vuelta me notó, pestañeó y abrió los ojos en grande, sorprendida quizás de verme.

—Estás aquí.

—Dormí en mi auto toda la noche —le expliqué.

—Oh.

—No llevas abrigo, hace frío. —Se encogió de hombros. Intenté tomarla en mis brazos, me esquivó dando un paso atrás y se abrazó a sí misma—. Entremos. —Odié mi voz autoritaria, es que necesitábamos hablar.

La vi con el ademán de dar media vuelta y pasar por mi lado, pero la tomé del brazo y la volví a mí.

—Cristina, tenemos que hablar. No puedes continuar ignorando lo que está frente a tus narices...

Ella al fin suspiró y asintió. La seguí adentro hasta la cocina.

Tomé asiento en una de las sillas de la isla de granito mientras ella se entretenía con la cafetera.

—¿Quieres café?

No sé cómo estuve tan ciego la noche anterior; ahí estaba la verdad: los calendarios escolares, los crayones sobre la meseta de mármol, libros de colores esparcidos y acomodados en una esquina, incluso el perro que dormía plácido en una esquina, ¿desde cuándo Cristina tenía perros? Les tenía pavor. ¿Cómo no vi nada de esto anoche? Quizás el ciego en toda esta historia siempre fui yo.

—¿Por qué no me dijiste? —Fui directo al grano, no estaba para más juegos.

—Simple: no los querías y yo sí. —Su respuesta me supo tan amarga y negra como ese café que se preparaba.

—¿Esa es tu simple explicación?

—Si te da positivo haz que te prescriban misoprostol y termínalo. ¿Quieres más explicación que esa? No me jodas, Alejandro.

—¿Eso te dije?

—¿Acaso no te acuerdas?

Juro que no recuerdo decirle eso. ¿Tan metida tenía la cabeza en el culo esos días? ¿Cómo no lo vi? «Los ignoraste, cabrón», dijo esa voz en mi cabeza.

—¿Ese día que volviste? ¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Sí, pero no sabía que tendría mellizos.

—Aun así, ¿por qué no me dijiste?

—Ya salías, tenías un vuelo. —Soltó el suspiro más hondo que jamás he escuchado, sus manos apretaron la esquina de la península tan fuerte que sus nudillos se volvieron blancos—. Te ibas y no quise arruinarte la vida. Mírate, eres uno de los mejores cirujanos del país, ¿crees que habrías logrado eso con dos chiquillos y yo? Te hice un favor, y ya te dije: no te preocupes, no

necesité ayuda antes y no la necesito ahora.

Me quedé atónito. No sabía cómo responder a aquello, pero la conozco; sé que se hacía la fuerte. Sus ojos evitaban los míos. Continuó preparándose el desayuno de espaldas a mí como si fuese un día cualquiera y no el día en que la tierra se salió del eje en mi vida. La vida ya nunca sería la misma.

Sí que a nuestra relación previa le faltó mucha madurez y mucha mucha comunicación, pero ya no éramos niños, no podía actuar igual que antes, ignorando la verdad y resguardándome en mí mismo, siendo egoísta y así hiriendo a quien más amo. Suspiré porque perdíamos el tiempo discutiendo, buscando una explicación, enfadándonos, exigiéndonos el uno al otro, culpándonos uno al otro... Podíamos comenzar a cambiar el rumbo de nuestra historia. Di la vuelta a la isla y quedé frente a frente con ella.

—Debiste decírmelo.

—¿Habría cambiado eso algo?

Daría lo que fuese para poder darle otra respuesta, pero bajé los ojos al piso y negué.

—El Alejandro de aquel entonces no es el mismo que tienes enfrente. —Esperaba que mi respuesta le dijese lo muy comprometido que me sentía con ella y con los niños. Joder, no me acostumbraba aún: teníamos dos hijos. Una ansiedad se asentó en la boca de mi estómago mezclada a la vez con una alegría extraña.

—Sé que me odias, Ale...

—No, eso nunca.

Ahí se equivocaba, no podía odiarla. Más bien la admiraba y me odiaba a mí mismo por ser tan ciego y no ver, no intuir. Saberla sola criando a mis hijos me causaba una ira interna.

—Entonces ¿por qué de repente estás tan calmado?

—Porque nada de esto cambia el futuro: aún te amo como no amaré a nadie, y el hecho de que tengamos hijos me causa una alegría inmensa. Ahora sí eres totalmente mía. — Di dos pasos al frente y la envolví en mis brazos, uno de mis brazos alrededor de su cintura y con la otra tomé su barbilla, inclinando su rostro para verme. Tenía los ojos enrojecidos, humedecidos y cansados.

—Anoche dijiste que te ibas, y desde que regresaste siempre vi esa conclusión: que, en el momento en que lo supieras, te irías.

—Necesité espacio para procesar, pero eres mi vida, y ahora mucho muchísimo más. Sé mi mujer, mi esposa, la madre de mis hijos... Me perdí seis años de sus vidas, Cristina, pero podemos rectificar los próximos cuarenta o cincuenta años, ser los mejores padres... Por favor. —Se me hizo un nudo en la garganta, la mirada nublada—. Los recuerdos se han esfumado; sus primeras palabras, los primeros pasos... Pero puedo estar ahí para los años de adolescente, para lo bueno, para lo malo, para ayudarlos a mudarse a la universidad, para llevar a Isabela del brazo en su boda, para llorar con ellos, para sonreír con ellos... —La voz se me quebró y juro que me bebía las lágrimas—. Te robaste el pasado, pero, por favor, te lo suplico, no te robes el futuro... Sé mía.

Agradecimientos

A todos mis lectores de Wattpad, gracias por creer que existen historias en mi dignas de leer.

A Estefanía de Jacaranda Servicios Editoriales gracias por convertir un carbon en diamante, y pulir mi historia.

A mi familia, y amigos que siempre me dicen que los sueños no son tontos.